

HELIOS

G. MARTÍNEZ SIERRA ❖

❖ ❖ ❖ «EL POBLE GRIS»



No hay espíritu de escritor contemporáneo que ajuste mejor con el mío que el de Santiago Rusiñol. Este pintor-poeta ve el alma de las cosas como yo la veo, y cuenta lo que ha visto como yo lo quisiera contar; fresca, lozana, desenfadadamente, con esa fragancia de espontaneidad que tienen las flores recién abiertas y los pensamientos nacidos al correr de la pluma.

Santiago Rusiñol, en su literatura, ama las flores, y ama los niños, y ama las sonrisas de los jardines, y ama también las ruinas, y las nieblas y los cipreses; todo cuanto es alegre y todo cuanto es melancólico: la naturaleza es su libro de Horas y su libro de meditaciones, su lira y su salterio; y es un enamorado de las puestas de sol; comulga su alma con el gran disco rojo fugitivo, nuestra gran comunión de belleza. Poeta—quiero decirle desde aquí—sabe que en la fiesta del atardecer, todos los días mi alma es hermana de la tuya, y mi entusiasmo rima con tu entusiasmo.

Por eso cada libro de los suyos que llega á mis manos cáusame un gozo íntimo y casi personal; alégrome de ellos como de una ventura que me

aconteciese, y me complazco en poner en mi lengua castellana los conceptos que él en la suya catalana cinceló, cariciosamente, escrupulosamente, palabra por palabra y vibración por vibración—la prosa de Santiago Rusiñol vibra como una música—cuidando de guardarles aquella pompa fresca, aquella euritmia desaliñada que es como perfume de rosas en mañana de primavera.

Yo he aprendido el catalán leyendo á Rusiñol y á Mosén Jacinto Verdaguer. Grata cosa es por cierto entrar en una lengua por la puerta de su poesía.—*Fanua cœli*.

Dícenme que es esta lengua catalana áspera y ruda; pero yo, aun cuando sea cierto, no lo quiero creer; antes de oirla hablar, había yo leído aquellos versos y estas prosas, y habiendo gustado en unos y en otras inefables sabores de belleza, esme difícil no encontrar suave el habla que me los supo decir; sugestiónanme ciertas evocadoras palabras catalanas; quisiera en castellano, en mi muy amado, muy noble y muy hermoso castellano, poder decir *celistia*, para decir resplandor de noche estrellada, y nombrar *moradença* á ese matiz del aire en la hora violeta del crepúsculo.

Las palabras—dice San Agustín—son vasos preciosos y exquisitos. Y pienso yo: las palabras son amigas constantes, discretas compañeras de nuestras soledades, evocadoras de músicas y de maravillosos pensamientos. Yo gozo repitiendo las palabras hermosas, como gozo mirando las flores; las hay, para endulzar las horas melancólicas, eficaces como un buen recuerdo; las hay indefinidas, como esperanzas, en las cuales es el significado cosa transitoria; parece como si aquello que significan, no es lo que debieran significar;

parece como si estuviesen aguardando nuevo sentido, el propio, el justo, el que con su belleza externa ha de formar rima perfecta. Hay palabras soberanas que están prostituidas con significados indignos ó vulgares; las hay que han caído de su primitiva nobleza y están villanamente oscurecidas ó deformadas por desinencias antiestéticas; y la misión de este que llaman modernismo literario, por no acertar con que palabra despreciarle mejor, imagino que está en el trabajo de restauración, de regeneración, de reennoblecimiento de las palabras que fueron hermosas ó que ya siéndolo deben decir belleza.

Algo á manera de esto que yo digo debe pensar Santiago Rusiñol, ya que es su prosa dignificadora por esencia. Su estilo tiene la santa libertad de una fuente que brota y dice siempre lo que quiere decir con las palabras que él juzga propias, estén ó no estén en los diccionarios, pronúncielas ó no las pronuncie de tal suerte la sabiduría oficial, signifiquen ó no signifiquen para ella lo que el poeta—este clarísimo poeta—les dió misión de significar.

«El Poble gris» es un libro que marca, amén de estos que voy apuntando, otro matiz en la personalidad literaria de Rusiñol: la ironía. Rusiñol es en sus «Oracions» y en su «Jardi abandonat» poeta; es en «Anant pel mon» y en «Fulls de la vida» narrador ameno y despertador de mansas emociones; en «Llibertat» y en «Cigales i formiges» ensalzador de nobles ideas, y en «L'alegría que passa» pintor con el vocablo de gayos y armoniosos aspectos de vida; en todas sus obras es consumado y amable ironista. Y más que en todas en «El Poble gris».

Fenómeno que parece extraño y acaso es natural, a queste caminante de la tierra, que va rezando su oración devota y conmovida ante todas las obras de Dios, llegado al hombre trueca la oración en burla donosa, observa y socarronamente sonrío. Yo tengo en mucho esta ironía mansa de Rusiñol, que me parece como brote y retoño del árbol de la sana ironía de nuestros buenos tiempos clásicos; las sales de este moderno catalán son dignas herederas de aquellas otras que derrochó en sus obras el desenfadado madrileño que tuvo por nombre Francisco de Quevedo y Villegas. Hállas semejantes en procedimiento y frescura: en este libro de que ahora estoy queriendo hablar hay de tal remembranza hartos ejemplos; el capítulo «Les velles», aquél de «El mal de poble», en el cual se describe el pendón temeroso y espe-luznante «tan feroz, tan macabro, tan de cementerio, tan de ajusticiado, tan de congregación de una sangre coagulada por el tiempo y por el Santo Oficio, de tono indefinible, de color violeta desteñida con tornasoles de hoja seca, de polvoriento de desván, de humedad de subterráneo, de lividez de reliquia, de desteñido de traje de vitrina, de sudor de enfermedad, y todo él mate como una sombra gris, y seguido por las viejas como si los guiase á la muerte, á una muerte segura, á una muerte sin vistas á ninguna parte.»

«El Poble gris» es todo Rusiñol: evocador de cosas por tantos entrevistas y definidas por tan pocos—esa sensación de la vida gris surgiendo de la visión de un pueblo abrasado por las lumbrés de un sol canicular—tierno á las veces—«Lanít de l'amor»—compasivo no pocas—«El cant del batre», «El quefe de estació», irónico, irónico,

irónico siempre—«El sant patró», «La festa major», «El Pensil», «Les mosques», «El mal de poble», ya citado, que es como resumen y alma del libro.

Todos deben leerle, este libro. Hecho por un artista y para artistas, han de gozarle ellos porque dice cosas recónditas, y descubre delicadamente repliegues sólo de ellos conocidos. La fría sensibilidad del autor ha tejido una trama de matices sutiles, una *psicología de intelectual* que tiene todo el interés de un estudio científico: «De cómo un artista ve un pueblo y de por qué le encuentra gris.» Caso es éste tan digno de interés, como el caso de cómo una mujer engaña á su marido ó viceversa, y hasta más lleno de novedad que éste del adulterio, por ejemplo, ya por ventura un tanto trasnochado.

Y deben los no artistas leer también «El poble gris», porque la sana prosa en que su autor le ha escrito, goza por natural la misma condición de la Naturaleza; á todos gusta, aunque no todos lleguen á penetrar su sentido, ni sepan gozarla faceta por faceta y matiz por matiz.

«El poble gris», tiene el encanto de un cuento de primavera contado en el atardecer de un día de otoño.



ANTONIO MACHADO ❖

❖ ❖ ❖ ❖ ❖ POESIAS

TRISTEZAS

I

*Llamó á mi corazón un claro día,
con un perfume de jazmín, el viento.
—A cambio de este aroma
todo el aroma de tus rosas quiero.
—No tengo rosas, flores
en mi jardín no hay ya: todas han muerto.
Me llevaré los llantos de las fuentes,
las hojas amarillas y los mustios pétalos.
Y el viento huyó... Mi corazón sangraba...
Alma ¿qué has hecho de tu pobre huerto?*

II

*Hoy buscarás en vano
á tu dolor consuelo.
Lleváronse tus hadas
el lino de tus sueños.
Está la fuente muda
y está marchito el huerto.
Hoy solo quedan lágrimas
para llorar. No hay que llorar, ¡silencio*

SUEÑO INFANTIL

*Una clara noche
de fiesta y de luna,
noche de mis sueños,
noche de alegría,*

*—era luz mi alma
que hoy es bruma toda,
no eran mis cabellos
negros todavía—*

*el hada más joven
me llevó en sus brazos
à la alegre fiesta
que en la plaza ardía.*

*So el chisporroteo
de las luminarias,
amor sus madejas
de danzas tejía.*

*Y en aquella noche
de fiesta y de luna,
noche de mis sueños,
noche de alegría,*

*el hada más joven
besaba mi frente...;
con su linda mano
su adiós me decía...*

*Todos los rosales
daban sus aromas,
todos los amores
amor entreabría.*

GALERÍAS

I

*Y era el demonio de mi sueño, el ángel
más hermoso. Brillaban*

como fundidos ágatas y aceros

los ojos victoriosos; y las llamas

*sangrientas de su antorcha iluminaron
la honda cripta del alma.*

*—¿Vendrás conmigo?—No, jamás, las tumbas
y los muertos, me espantan.*

*Pero la férrea mano
mi diestra atenazaba.*

*—Vendrás conmigo. Y avancé en mi sueño
cegado por la roja luminaria.*

*Y en la cripta sentí sonar cadenas
y rebullir de fieras enjauladas.*

II

Desde el umbral de un sueño me llamaron...

Era la buena voz, la voz querida.

—¿Dime, vendrás conmigo á ver el alma...?

Llegó á mi corazón una caricia.

*—Contigo siempre... Y avancé en mi sueño,
por una larga, escueta galería,
sintiendo el roce de la veste pura
y el palpitar suave de la mano amiga.*

III

*Y en una triste noche me agujaba
la pavorosa espuela de mis pasos ..*

Sentirse caminar sobre la tierra

cosa es que lleva al corazón espanto.

*Y es que la tierra ha muerto... Está en la luna
el alma de la tierra,
y en los luceros claros.*

IV

*Y nada importa ya que el vino de oro
rebose de tu copa cristalina,
ó el agrio zumo enturbie el puro vaso...
Tú sabes las secretas galerías
del alma, los caminos de los sueños
y la tarde tranquila
donde van á morir... Allí te aguardan
las hadas silenciosas de la vida,
y hacia un jardín de eterna primavera
te l'evarán un día.*



JACINTO BENAVENTE ❧

❧ ❧ POR QUÉ SE AMA

COMEDIA EN UN ACTO, ESTRE-
NADA RECIENTEMENTE EN EL
TEATRO ESPAÑOL POR LA COM-
PAÑÍA GUERRERO-MENDOZA

PERSONAJES

EMILIA .. D.^a JACOBA .. MARÍA LUISA
.. ISIDORO .. ANDRÉS .. DON ANTONIO
.. DOCTOR TRUJILLO

ESCENA I

DOÑA JACOBA Y D. ANTONIO

D. ANT.—Muy buenos días, doña Jacoba.

DOÑA JAC.—Muy buenos, D. Antonio. ¿De dar su pa-
seño como todas las mañanas?

D. ANT.—Y de recoger el correo... Esperaba noticias
de interes. ¿Y mi hija, por dónde anda?

DOÑA JAC.—Por allá dentro con Emilia ¿Quiere usted
hacer el favor de sentarse un poco más lejos? Con los pe-
riódicos me asusta usted á los pajaritos.

D. ANT.—Usted perdone. Olvidaba que son las aves
sagradas.

DOÑA JAC.—No se burle usted... Ya sé que no valen
nada. Pero son animales desgraciados, que si yo no los
cuidara no los cuidaría nadie. ¿Ve usted estos cuatro
jilgueros y este pardillo? Uno está ciego, otro cojito, á
otro le salvé de las uñas de un gato... Y se conoce que
del susto padece accidentes como una persona. Otro se
lo compré á unos granujas que lo arrastraban atado de
un cordel.

D. ANT.—¡Esto no es una pajarera, es un hospital! Y

además la perrita y los dos gatos, que también tendrán su historia lastimosa.

DOÑA JAC.—Sí, señor. A mí los animales bonitos y bien cuidados no me llaman la atención. Pero éstos, si no fuera por mí... y ellos lo conocen y lo agradecen más que las personas, créalo usted.

D. ANT.—Sí, los animales no tienen muchos medios de manifestar su ingratitud. De seguro que no le han dado á usted nunca una mala contestación.

DOÑA JAC.—¡Ay, D. Antonio! No me confunda usted con esas solteronas egoístas, que prefieren los animales á las personas. Yo he querido mucho en este mundo. Ya ve usted, he sido madre de cinco hijos. Tres viven todavía. ¿Sabré lo que es cariño?

D. ANT.—Lo ignoraba. Yo creí que era usted soltera, viuda sin familia.

DOÑA JAC.—No, señor, no. Viuda desde muy joven con tres varones. ¡Y ya ve usted! Cuando á mis años estoy separada de ellos, sirviendo de señora de compañía... Cada uno por su lado. A uno se lo llevó el cariño de una mujer, á otro el afán de hacerse rico, á otro sus estudios... Ellos hacia la vida, yo hacia la muerte... Egoísmo hubiera sido el mío en detenerlos; al contrario, yo misma los animaba... Sí, hijos míos, tenéis razón, hacéis bien en dejarme, esa es la vida... Y me dejaron alegres, sin remordimientos... Es natural. Ayer fué mi santo. De uno sólo recibí un telegrama... ¡Ya vé usted, ni su letra, ni el consuelo de besar el papel en que puso los ojos y la mano! ¡Y con todo, lloré de alegría! Diga usted, si no tengo derecho á poner un poco de cariño en estos animalitos...

D. ANT.—Sí, señora. No volveré á burlarme de su hospital. Desde hoy me parece algo simbólico, como dicen ahora... Un pájaro ciego, otro cojo, otro desplumado... A cierta edad, nuestro corazón está como esa pajarera. Cuando pienso que mi hija también me dejará muy pronto, y tampoco yo tengo otro cariño en el mundo... Diez y ocho años ya... ¡Cómo pasa el tiempo! ¡Pensar que un hombre cualquiera, un desconocido, significará más que

yo en su vida!... Y si fuera un hombre digno, honrado... Pero váyale usted al corazón con razones y con advertencias. ¿Por qué se ama? Es un sentimiento en que no hay elección. No se ama la bondad, ni la inteligencia, ni siquiera la hermosura, con ser más visible... Crea usted, que cuando pienso que mi hija puede enamorarse del primer botarate que se presente, de su primo Isidoro, por ejemplo...

DOÑA JAC.—No tenga usted cuidado. No son esas mis noticias.

D. ANT.—Bonitas cosas me dicen de él en estas cartas... Hoy debe presentarse por aquí... Y él tontea con mi hija, no sé si lo habrá usted notado...

DOÑA JAC.—Pero esté usted tranquilo. María Luisa quiere á otro.

D. ANT.—¿Cree usted que eso me tranquiliza? ¿Quién es ese otro? ¿Algún sietemesino de los que veranean por aquí? ¿Alguno tan pillo como Isidoro y más tonto que él? Porque siquiera Isidoro tiene cierto talento, muy mal empleado eso sí. ¿Le conozco yo? ¿Viene por aquí de visita?

DOÑA JAC.—Es un secreto, don Antonio. Un secreto que no debe usted saber, porque ni siquiera lo sabe su hija de usted... Y mucho menos el galán. Ya ve usted si la historia es complicada.

D. ANT.—¡Tan complicada! Y usted sola posee el secreto.

DOÑA JAC.—¿De qué me servirían mis cincuenta y ocho años? He sido espectadora de tantos amores... Conozco todos sus síntomas, todas sus manifestaciones y todos sus disfraces.

D. ANT.—Entonces, puede usted ser especialista en enfermedades del corazón, como nuestro doctor Trujillo. Pues desde ahora le confío á usted la asistencia de María Luisa.

DOÑA JAC.—No será por mucho tiempo. Dentro de un mes volverán ustedes á Madrid...

D. ANT.—¿No le ha dicho á usted nada María Luisa?

DOÑA JAC.—¿Respecto...?

D. ANT.—Si mi sobrina Emilia se casa pronto, como es de suponer, y ya no necesita de usted. ¿Quiere usted venir á nuestra casa, al lado de mi hija?

DOÑA JAC.—¿Pero usted cree que Emilia se casará tan pronto?

D. ANT.—¡Y qué ha de hacer! Viuda á su edad, sin hijos... aunque no fué muy dichosa con su primer marido, razón de más para probar fortuna con el segundo. No hay dos descarrilamientos seguidos en la misma línea. Sus relaciones con Andrés parecen formales. Un hombre de sus condiciones, de posición, de talento, que ha vivido durante dos años consagrado á los intereses de Emilia, defendiéndola en el pleito contra los hermanos de su marido, salvándola de la ruina... Y después de ganado el pleito poniendo en orden los asuntos de esta casa, bastante embrollados. Y por último, todo el mundo lo sabe, como los cuñados de Emilia son una gentuza, despechados por haber perdido el pleito, propalaban todo género de calumnias contra la reputación de su cuñada, y Andrés tuvo un lance con uno de ellos. Todo esto son cosas que comprometen, que obligan.

DOÑA JAC.—Eso sí. Y que don Andrés está locamente enamorado de Emilia.

D. ANT.—Y es un perfecto caballero.

DOÑA JAC.—Con un corazón excelente.

D. ANT.—Y un talento brillante. Es cuanto puede soñar una mujer.

DOÑA JAC.—Y muy buena figura, que suele ser con lo que más soñamos.

D. ANT.—Emilia estaría loca sino se casara con él. ¡Un automóvil!.. ¡Ha parado aquí! ¡Calle! Isidoro con el doctor Trujillo... Viene acompañado porque sabe lo que le espera.

DOÑA JAC.—No se incomode usted, D. Antonio. No ha de adelantar usted nada.

DON ANT.—Como vuelva á mirar á María Luisa... ¡No faltaba más! Es una ganga el caballero...

DOÑA JAC.—Dejo á ustedes. Me llevo á mis pobres al

jardín. A la sombra de los árboles estarán tan ricamente. ¡Pío, pío! ¡Ay, qué rico! Mire usted... El ciegucecito conoce mi voz y se acerca á besarme con su piquito... ¡Pobre, pobre!...

ESCENA II

ISIDORO, D. ANTONIO Y EL DOCTOR TRUJILLO.

ISID.—¡Querido tío Antonio! (*Viendo que su tío no le contesta*). ¡Queridísimo tío Antoñete!

D. ANT. (*Con sequedad*).—¡Hola! ¿Cómo va Doctor?

DOCTOR.—No se lo diga usted á nadie, pero esta vida de campo y estos aires de mar no me prueban nada. ¡Yo, que se los recomiendo á todos mis clientes! ¿Y Emilia y María Luisa?

D. ANT.—No tardarán.

DOCTOR.—¿Emilia, está mejor?

D. ANT.—Sí. En estos días no se ha quejado de las palpitaciones ni de los ahogos. Le sentó muy bien lo que usted le ha mandado.

DOCTOR.—¡Si no le mandé nada! Quedamos en observar...

D. ANT.—Pues le sentó muy bien que no le haya usted mandado nada.

DOCTOR.—Era nervioso, puramente nervioso. ¿Y usted, D. Antonio, sin novedad?

D. ANT.—Estoy muy bien desde que seguí sus consejos.

DOCTOR.—Ya se lo dije á usted: no trabaje usted tanto, deje usted los negocios, si no quiere usted morir pronto...

D. ANT.—En efecto. Desde que hago otra vida y dejé de ir á Bolsa...

ISID.—Entonces ya sé lo que te dijo el Doctor: la Bolsa ó la vida, y te presentó la cuenta.

D. ANT.—¡Qué gracioso! Parece mentira que tengas humor... No pensaba decirte nada y menos delante de gente, pero el Doctor es de confianza. Lee esta carta de tu padre y esta de D. Joaquín el apoderado, y esta...

ISID.—Tengo las duplicadas y no quiero leerlas. Me he propuesto no volver á tocar una carta.

D. ANT.—¡Echalo á broma! ¿Te parece bien, el dinero que te manda tu padre para recoger esas letras, perderlo así en un momento? ¿Y verte ahora en un compromiso? Porque tu padre me dice que no te dé un cuarto, aunque te vea en la cárcel ó sepa que vas á pegarte un tiro.

ISID.—Doctor, sal á mi defensa. ¿Qué me has recomendado? Que evite los disgustos y las emociones... No quieren creer que estoy enfermo del corazón... Digo, no creen siquiera que tengo corazón... ¡Vaya, tío! Hoy que pensaba yo que habláramos seriamente...

D. ANT.—¡Eres incorregible!

ISID.—Si es verdad... Jugarse el dinero de papá como un estudiante ó un cadete... ¡Pero qué remedio! Los acreedores me estrechan, me ahogan, salvo el apuro de hoy con el de mañana... ¡Si mi padre se convenciera de que sólo deseo acabar de una vez con esta vida...! ¡Si de una vez me viera libre! Pero no. Desconfía de mí, de mi arrepentimiento, que ya no es arrepentimiento, es algo más seguro: cansancio, hastío... ¡Y después de todo, si fuéramos á ver! Yo soy el que debía quejarse. Desde mi primera calaverada me considerásteis incapaz de enmienda... ¡Me habéis tratado como á enemigo!...

D. ANT.—¡No faltaba más sino que nos culparas!

ISID.—¿No le he pedido mil veces á mi padre que me empleara al lado suyo? ¿A ti, que me indicaras alguna ocupación, algún asunto? Y siempre me habéis contestado lo mismo: ¡si no sirves para nada! ¡Cualquiera se fía de ti!... ¡En buenas manos estaría! ¿No comprendes que he llegado á creer que soy una criatura inútil? ¿Que el único objeto de mi vida es heredar cuando muera mi padre? ¡Heredar! Cuando yo creo, ya ves si soy severo conmigo mismo, que no se hereda legítimamente, sino cuando se continúan, más que el nombre y la familia, las aspiraciones, el trabajo...

DOCTOR.—Murmillos de aprobación.

D. ANT.—¿Por qué no te dedicas á la política? En lo de

hablar bien y hacer mal, es para lo que revelas mayores aptitudes.

ISID.—¡Si no aspiro á nada, me doy por vencido! Pero no es mía toda la culpa. ¿Cómo me han educado? Como nos educan á todos en España, como nos gobiernan... Los padres y los superiores nos consideran siempre como á niños, como si siempre hubiéramos de vivir en tutela. Todos sus esfuerzos son para debilitar nuestra voluntad en vez de fortalecerla. La autoridad es una oposición constante en vez de ser un apoyo, y nos hacemos hombres y somos niños todavía... Y nuestras niñerías ya parecen locuras ó delitos... Y entonces quieren juzgarnos como á hombres los mismos que no nos enseñan á serlo...

DOCTOR.—Protestas, interrupciones... En la derecha, porque yo estoy conforme.

D. ANT.—¡Corriente! ¿Estás decidido á cambiar de vida? ¿Y cuándo empieza el arrepentimiento?

ISID.—¡Si no me arrepiento de nada!.. He aprendido á vivir por mí mismo. ¡Dura enseñanza, pero provechosa! Lo único que deploro es la reputación que he logrado al adquirirla... Todo por la falta de seriedad de mis estudios... ¡Ah, la seriedad! ¡La ropa negra con que se va á todas partes!

D. ANT.—Pues por falta de seriedad no ha quedado. Tus niñerías, como quieras llamarlas, han sido bastante serias.

ISID.—No lo creas. Si en vez de perder mi dinero al azar del juego, lo hubiera perdido en operaciones bursátiles, meditadas sesudamente, hubiera logrado fama de hombre de negocios. Si en vez de hablar en broma de todo lo divino y lo humano en círculos y tertulias, hubiera hablado con gravedad en el Congreso ó hubiera publicado libros con prólogos autorizados, ya sería ministrable, academizable y siempre respetable. Si en vez de pagar caro amores baratos para que me llamen primo, me hubiera casado con una mujer rica, los mismos primos de mi mujer no se hubieran atrevido á llamármelo. Pero ya es tarde para rectificar; he perdido el crédito.

DOCTOR.—Sólo un buen matrimonio puede salvarte.

ISID.—¿Oyes, querido tío? Es receta del doctor... ¡Si tú fueras capaz de creer en mí todavía...! ¡Si supieras que estoy enamorado, aún podrías salvarme! Tío Antonio, ¿por qué no había yo de casarme con María Luisa?

D. ANT.—¿Eh? ¿Qué dices? Ni en broma ni en serio vuelvas á decírmelo. ¡Vamos! ¡Con María Luisa...! Hay cosas que no pueden oirse.

ISID.—¿Y si yo me propusiera...?

D. ANT.—¿Qué?

ISID.—Que llegara á quererme, que creyera en mí.

D. ANT.—No quiero incomodarme y te dejo. Darás lugar á que no vuelva á recibirte, ni vuelva á saludarte. *(Sale muy incomodado.)*

ESCENA III

ISIDORO Y EL DOCTOR TRUJILLO

ISID.—¿Qué te parece?

DOCTOR.—Don Juan ante don Gonzalo. ¿Pero es verdad que estás enamorado de tu prima?

ISID.—Como un bruto.

DOCTOR.—Es sinónimo. ¿Y ella?

ISID.—Le habrán hablado siempre de mí como habla mi tío, como hablan todos en la familia... Así es que huye de mí, no sé si por antipatía ó por miedo. ¡Ojalá fuera por miedo!

DOCTOR.—Sí, las mujeres pierden el miedo en seguida.

ISID.—Yo no desisto. La mala fama favorece siempre. Sobre todo cuando tiene leyenda como la mía. Lo difícil es responder á una leyenda de santidad.. Nunca parece uno tan bueno ni tan malo como dice la gente... Y de malo á bueno siempre se gana algo... Si yo pudiera hablar á solas con mi prima... ¡Habría con tanta sinceridad! ¡La confesión de mis culpas sería tan completa! ¡Mis culpas...! ¡Parece que he cometido algún crimen! Que he derrochado mi dinero presente y futuro, pero mi dinero; que he sido espléndido con las mujeres, porque

yo no soy como esos *amateurs* de objetos de arte que sólo los compran cuando el vendedor está muerto de hambre y los ofrece por nada. A eso llaman saber comprar. Pues hay muchos que á eso llaman conocer á las mujeres. ¿Y qué más?

DOCTOR.—Tu escándalo con la de Renovales, eso fué lo peor. ¡Escaparte con una mujer casada!

ISID.—¡Creímos amarnos para toda la vida y me pareció más digno huir con ella que seguir dando la mano de amigo al marido y convidado á comer en su casa! A la gente le hubiera parecido mejor esto, ya lo sé, y al marido también.

DOCTOR.—Emilia y María Luisa... Si puedo facilitar tu entrevista con María Luisa cuenta conmigo. Es que me intereso por tu salud; es asistencia facultativa, no vayas á creer otra cosa. Porque de veras te digo que andas delicaducho.

ESCENA IV

DICHOS.—EMILIA Y MARÍA LUISA

EMIL.—Muy buenos días.

DOCTOR.—¿Cómo va esa hermosura? No pregunto por la salud, porque en un médico parece interesada la pregunta.

EMIL.—¡Hola, Isidoro! ¿Tú por aquí? ¿Has visto á tío Antonio?

ISID.—Sí. ¡Ya me ha dicho todo lo que tenía que decirme!... ¿María Luisa, no soy de la familia?

M.^a LUISA.—Ya te he saludado al entrar. ¡Si no te enteraste!...

ISID.—Es que me supo á poco el saludo.

M.^a LUISA.—¡Ya veo que estás bueno! Por tu vida no hay que preguntar... ¿Viene usted de San Sebastián, doctor?

DOCTOR.—De allí venimos. Todo Madrid reuniéndose y apretándose cuatro veces al día en los sitios más reducidos que encuentra. Los madrileños han nacido para eso: para matar el tiempo y el espacio.

EMIL.—¿Mucha gente conocida?

DOCTOR.—Y mucha que se va conociendo. ¡Hay una de francesas!...

M.^a LUISA.—¿Cómo no ha venido Andrés con ustedes?

ISID.—¿Conmigo? ¡Si apenas me saluda!...

M.^a LUISA.—Tendrá sus razones.

ISID.—La razón de no estar muy bien educado.

M.^a LUISA.—¡Cuánto daría yo muchas veces por no tener educación!

ISID.—¿Para no saludarme? Gracias... ¡Ay! ¡María Luisa!

M.^a LUISA.—No me mires así.

ISID.—¿Pero en qué te ofendo?

M.^a LUISA.—En todo. Me ofendes con mirarme.

ISID.—¡Pero prima!...

EMIL.—¡María Luisa!

M.^a LUISA.—Déjame en paz.

EMIL.—¡Pero María Luisa!...

M.^a LUISA.—No le puedo ver.

ESCENA V

DICHOS, MENOS MARÍA LUISA

ISID.—Lo que oye á su padre, lo que oye á todos...

EMIL.—¿Pero qué es eso, primo? ¿En qué has ofendido á María Luisa? ¿Es odio ó es amor disimulado?

ISID.—¡Amor, amor! A mí no me quiere nadie.

EMIL.—Se te saltan las lágrimas...

ISID.—¿A mí? Es humo del cigarro... del cigarro del doctor.

DOCTOR.—Si está apagado.

EMIL.—No reniegues de esas lágrimas. Y si son de amor mucho menos... ¿De veras quieres mucho á María Luisa? ¿Serías feliz si ella te quisiera?

ISID.—¡Si no es posible! Tales cosas le han dicho de mí...

EMIL.—Sí. No son para inspirar mucha confianza. Pero ¿qué sé yo? Si una mujer no se cree capaz de convertir á un hombre... ¡Es una ilusión tan dulce, aunque luego fra-

case, como todas las ilusiones!.. ¿Quieres que yo interceda por tí? Pero has de darme alguna prueba de tu arrepentimiento para que yo pueda defenderte con cierta convicción. En San Sebastián llevas la vida de siempre... Aquí tenemos noticia de hora en hora.

ISID.—¡Ya! Por Andrés que pone más empeño que nadie en desacreditarme...

EMIL.—¡Qué tontería! Justamente Andrés no habla nunca de tí.

DOCTOR.—Se dice que la boda es irremediable...

EMIL.—No hay nada acordado.

DOCTOR.—¡Se quieren ustedes tanto! Andrés, por lo menos, respondo... No habla más que de usted.

EMIL.—Me quiere mucho, no puedo dudarlo. Es un hombre ideal, que no vive más que para mí, que no piensa más que en mí. Que daría su vida por verme dichosa, estoy segura. ¡Me ha dado tantas pruebas de su cariño!... Pruebas indudables... Me quiere mucho.

ISID.—Que le quieran á uno de ese modo debe ser la felicidad.

DOCTOR.—¡Pues Emilia no parece muy convencida!

EMIL.—¿Por qué lo dice usted, doctor?

DOCTOR.—Porque repite usted tanto: ¡Soy muy dichosa! ¡Me quiere mucho! ¡Yo también le quiero!, que más que por convencernos á los demás parece que lo dice usted para convencerse á sí propia.

EMIL.—Haría usted un buen confesor.

ESCENA VI

DICHOS Y D. ANTONIO

D. ANT.—María Luisa te llama; quiere hablar contigo.

EMIL.—¿Y no se atreve á venir aquí? ¡Ya es una ridiculez!

D. ANT.—Tiene razón.

EMIL.—¡Si tú lo apruebas! Voy. Con su permiso, doctor... (A Isidoro). No me parece la ocasión más propicia, pero haré lo que pueda... Esas lágrimas que se te han saltado me han conmovido profundamente.

ISID.—No te burles...

EMIL.—No me burlo. Me intereso por tí y creo en tu arrepentimiento.

ISID.—Hay alguien que cree.

EMIL.—Quien menos importa, ¿verdad?

ISID.—Eso no.

EMIL.—Eso sí. Hasta luego. (*Sale.*)

ESCENA VII

DICHOS, MENOS EMILIA

D. ANT.—¿Qué le has dicho á María Luisa? Ha venido á buscarme hecha un mar de lágrimas...

ISID.—¡Esto ya es intolerable y no lo tolero! No la he dicho nada, sobre todo, nada que pueda afligirla de ese modo. Si llora, será... ¡Vaya usted á saber por qué llora! Y tú eres un majadero en venir á pedirme cuentas, como si yo tuviera la culpa de que María Luisa esté muy nerviosa y muy mal educada.

D. ANT.—Como no estás acostumbrado á tratar más que con cierta clase de gente...

ISID.—Con la que trata uno en presidio, de donde acabo de salir. ¿No es eso? Estamos conformes. Hemos concluído. Hasta nunca. (*Sale muy enfadado.*)

ESCENA VIII

D. ANTONIO Y EL DOCTOR TRUJILLO

D. ANT.—¿Qué le parece á usted?

DOCTOR.—Que se ensañan ustedes con el pobre Isidoro. Yo le aseguro á usted que Isidoro está verdaderamente enamorado de María Luisa. Cuando habla de ella parece otro hombre.

D. ANT.—Sí. Es la solución más agradable que ha creído encontrar para que le paguemos las trampas y además le señalemos una renta. ¡Qué más quisiera él!

ESCENA IX

DICHOS Y ANDRÉS.

ANDR.—Señores...

D. ANT.—Adelante, Andrés, adelante...

DOCTOR.—¡Querido amigo!

ANDR.—¿Tú aquí? ¿Está peor Emilia? ¿Te han llamado?

DOCTOR.—Tranquilízate; es visita de amigo. He venido con Isidoro.

ANDR.—¿Isidoro está aquí? Entonces era él el que paseaba con Emilia por el jardín... Los ví desde el coche, á lo lejos...

D. ANT.—Avisaré á Emilia; no quiero que pase usted mal rato.

ANDR.—No, D. Antonio. Precisamente deseaba hallar á usted solo. Tengo que hablar con usted.

D. ANT.—Usted dirá.

DOCTOR.—Un momento... Andrés deseaba hallar á usted solo, y estoy yo aquí...

ANDR.—¿Te has molestado?

DOCTOR.—¡Qué tontería! Estás enamorado. Para mí, el amor es una enfermedad como otra cualquiera... Y los enfermos no me molestan nunca.

ESCENA X

DON ANTONIO Y ANDRÉS.

ANDR.—Lo siento, pero me alegro. Así podemos hablar con más libertad. ¿Emilia le habla á usted de mí algunas veces?

D. ANT.—Muchas. Y siempre me demuestra que le estima á usted, que le quiere...

ANDR.—Sí, lo se. ¿Pero no le ha indicado á usted nunca un plazo, una fecha más ó menos próxima para nuestra boda?

D. ANT.—Todos suponemos que será muy pronto.

ANDR.—Emilia me responde con evasivas cuando le hablo de esto.

D. ANT.—¡Melindres femeninos! Pregunte usted con decisión y le contestará sin rodeos.

ANDR.—No somos dos chiquillos, y á nuestra edad y en nuestra situación, la gente podría interpretar mal unas relaciones prolongadas. Debemos poner término.

D. ANT.—¿Quién lo duda? Habla usted resueltamente y es cosa hecha... Si usted no se atreve yo me encargo de la comisión, en la seguridad de quedar muy lucido.

ANDR.—Si usted supiera... Me muero de impaciencia. estoy seguro del cariño de Emilia, todos ustedes me distinguen con su simpatía...

D. ANT.—La que usted se merece.

ANDR.—No hallo contrariedad alguna, y sin embargo estoy desconfiado y receloso, como si presintiera un peligro imprevisto, de esos que burlan todas las esperanzas y todas las previsiones humanas. ¡Qué se yó! Una catástrofe cualquiera, la ruína, una enfermedad, la muerte...

D. ANT.—¿Por Dios, quién piensa en eso? Piensen ustedes en disponerlo todo para la boda, y nada más.

ANDR.—¡Si no pienso en otra cosa...! Nadie lo sabe, Emilia, menos que nadie. Es una sorpresa. He transformado mi casa por completo, mi casa, que yo quisiera convertir en un paraíso para ella... No le oí una vez á Emilia indicar una preferencia por un estilo de muebles, por un color, por un objeto de arte, que yo no recogiera muy atento, para que viera un día como los menores detalles son recuerdo de palabras suyas, que ella creará olvidadas por insignificantes... Yo soy un chiquillo en el fondo, D. Antonio. La vida no ha gastado mi corazón; yo no le ofrezco á Emilia desilusiones y cansancios. No. Son todas mis ilusiones, mis esperanzas, toda la juventud de mi alma... Su cariño es para mí algo igual á los cariños más grandes y más santos de mi vida: al de mi madre, al de mis hermanos; así la quiero.

D. ANT.—¿Cómo no ha de quererle Emilia?

ESCENA XI

DICHOS Y EMILIA

ANDR.—Emilia... ¿Cómo está usted? ¿Está usted mejor?

EMIL.—¡Sí, no fué nada! ¿Y usted Andrés?

ANDR.—¡Figúrese usted! Un día sin vernos... De todos modos, debe usted cuidarse.

D. ANT. (*Bajo á Andrés.*)—¿Se atreve usted ahora? Les dejo solos.

ANDR.—Sí. Es preciso.

D. ANT.—¿Qué te quería María Luisa?

EMIL.—Nada. Ya la he reñido seriamente. Su conducta con Isidoro, y la tuya también, permítame que te lo diga, no es caritativa... El pobre muchacho no merece esos desprecios...

D. ANT.—Emilia no sabe... ¡Eres de una tolerancia y de una bondad... Tengamos lo que sucedió con esas señoras del hotel antiguo... Si Andrés no te advierte á tiempo que eran unas trapisondistas, ya las hubieras franqueado tu casa.

EMIL.—¡Eran tan agradables, tan cariñosas!... ¡Si se fuera á hacer una información para cada persona que se saluda y se trata, y hubiera que responder de los actos ajenos...!

ANDR.—Ha sido usted siempre demasiado tolerante para admitir á ciertas personas en su intimidad. Y en la situación delicada de usted...

EMIL.—Yo sé que he conseguido quedarme sin amigos, gracias á la selección escrupulosa de usted.

ANDR.—¿No lo agradece usted, Emilia?

EMIL.—Sí, agradezco y comprendo su interés...

ANDR.—Yo no quisiera que ni con el pensamiento pudiera nadie manchar á usted.

D. ANT.—Isidoro ha dado en visitarte con demasiada frecuencia. Ya sabemos que no viene por tí, sino por María Luisa, pero con su reputación es un hombre que compromete.

EMIL.—Está bien. Despídanle ustedes, díselo de mi parte, que no vuelva á poner los pies en esta casa...

D. ANT.—De tu parte, no; de la mía. Verás que pronto.

ESCENA XII

EMILIA Y ANDRÉS

EMIL.—¿Está usted contento?

ANDR.—No, Emilia, no me hable usted así, como quien se resigna, como quien soporta. Yo quiero que usted comprenda que es por cariño, por el interés que usted me inspira... D. Antonio tiene razón; no le conviene á usted la intimidad con Isidoro.

EMIL.—¡Pero ya es injusto el ensañamiento! Yo no sé que haya cometido ningún crimen.

ANDR.—No, Emilia. Yo sólo hablo de lo que á usted se refiere. Le considero como un galanteador de oficio... Considero que las gentes juzgan por apariencias...

EMIL.—¿Y las apariencias son de que él me galantea y de que yo admito sus galanteos..? ¿Quiere usted decir eso?

ANDR.—No, Emilia.

EMIL.—Hablemos de otra cosa. Se lo suplico...

ANDR.—¿Se enfada usted conmigo?

EMIL.—Es que hay advertencias que ofenden, porque indican desconfianza.

ANDR.—En usted no, en los demás.

EMIL.—Los demás no debían importarles, si estuviera usted seguro de mí.

ANDR.—Usted sabe que de los demás han estado pendientes su tranquilidad de usted, su reputación...

EMIL.—Y mi fortuna. No lo calle usted por delicadeza. Lo sé. Y á usted se lo debo todo.

ANDR.—No, Emilia. Me responde usted siempre como si la gratitud contuviera sus palabras. Y yo quiero que me hable usted como usted sienta: con indignación, con enojo, con desprecio... pero con verdad.

EMIL.—¿Con verdad? Pues bien; sé que nadie me ha querido, que nadie me querrá como usted. Pero sé que

no es usted feliz queriéndome de ese modo; se atormenta usted de continuo. Por eso es mi tristeza. Si estima usted en poco el cariño que yo puedo ofrecerle, quiérame usted menos, si es posible, porque no me resigno á ser dichosa, si por quererme es usted desdichado.

ANDR.—Veo que no comprende usted mi cariño.

EMIL.—Comprendo que estoy destrozando su vida, que no piensa usted, ni vive usted más que para mí... Que soy para usted una inquietud constante, que se mortifica usted aún más de lo que manifiesta por temor á parecerme enojoso. Y crea usted; yo sé que el corazón no sabe callar, que todos esos disgustillos, esos recelos, esas inquietudes que va usted guardando, hablarán un día con violencia, con odio acumulado... Sí, acabará usted por odiarme.

ANDR.—¡No me hable usted así! ¿Que yo puedo odiar á usted? ¿Puede usted pensarlo, puede usted temerlo?

EMIL.—Del corazón lo temo todo. No es que engañe, es que nos engaña; ese es el peligro.

ESCENA XIII

DICHOS Y MARÍA LUISA

M.^a LUISA.—Creí que estabas sola... ¿Estorbo?

EMIL.—No, querida. Al contrario...

ANDR.—¿María Luisa...?

M.^a LUISA.—¿Como ustá usted, Andrés? Ayer no vino usted á vernos, á ver á Emilia...

ANDR.—Estuve muy ocupado.

M.^a LUISA.—Me lo dijo Emilia.

ANDR.—A propósito. No hemos hablado, el asunto de la expropiación está resuelto.

EMIL.—¿Tan pronto? ¡Todos decían que era tan difícil!

ANDR.—Si lo era. Era de justicia y por lo mismo había que conseguirlo por favor.

M.^a LUISA.—Para usted no hay nada imposible.

ANDR.—Tiene usted que firmar esta exposición que enviaré hoy mismo á Madrid con unas cartas mías.

EMIL.—¿Dónde firmo?

AND.—¡Aquí!... ¿Me permite usted? (*Se sienta á escribir.*)

M.^a LUISA.—¿Tiene usted buena luz?

ANDR.—Gracias.

M.^a LUISA.—Está usted muy incómodo en esa silla, es demasiado baja...

ANDR.—No.

M.^a LUISA.—¿Quiere usted otra?

ANDR.—Gracias.

M.^a LUISA.—¿Le estorban á usted esas flores?

ANDR.—¡Por Dios!...

M.^a LUISA.—Usted perdone, le he tropezado. ¡Dios mío!, usted perdone...

ANDR.—Sí, hija sí...

M.^a LUISA. (*A Emilia.*)—¿Por qué te ríes?

EMIL.—Por nada... ¿Recuerdas la canción de *Carmen*? «*L'amour est enfant de Bohême, il ne connaît pas de loi...*»

M.^a LUISA.—¿Por qué lo dices?

ANDR.—¡Ay!...

EMIL.—¿Qué le pasa á usted?

M.^a LUISA.—¿Qué es eso? ¿qué tiene usted? ¡Está usted muy pálido!...

ANDR.—Nada, un mareo... Nunca me ha sucedido.

EMIL.—¿Pasó ya?

ANDR.—Sí, se me fué la vista...

M.^a LUISA.—¿Quiere usted una taza de té? ¿Caldo con jerez?... Y que venga el doctor... ¿Está ahí?

ANDR.—No, por Dios, no den ustedes importancia...

M.^a LUISA.—Voy corriendo. (*Sale.*)

EMIL.—¿Qué ha sido?

ANDR.—No se lo diga usted. Pero fué esa criatura que me ha mareado con tanta solicitud... Cuando escribo no puedo soportar que ande nadie á mi alrededor...

EMIL.—Somos ingratos, sin saberlo.

ANDR.—¿Por qué lo dice usted?

EMIL.—Porque á usted le parece que yo no sé apreciar bastante su cariño, y usted no se ha enterado siquiera del gran amor que tiene usted tan cerca.

ANDR.—¿Yo?

EMIL.—Sí, María Luisa... ¿no lo ha conocido usted?

ANDR.—¿Qué tonterías! Son bromas de usted...

EMIL.—Como usted quiera... Yo soy leal en advertír-selo. Ya sabe usted dónde tiene la felicidad,

ANDR.—¿Sin usted? No lo diga usted, ni de burlas, Emilia. (*Vuelve María Luisa.*)

M.^a LUISA.—Huela usted... Aspire usted... son sales inglesas...

ANDR.—No, deje usted... Si no necesito nada y el olor me molesta...

M.^a LUISA.—¡Muchas gracias!

EMIL.—¿Andrés, vamos... es interés por su salud!... ¿Qué trabajo le cuesta? Aspire usted, aspire usted... Y salga usted al jardín con María Luisa... que le dé á usted el aire... Yo también tengo que escribir una carta... Acompaña á Andrés...

M.^a LUISA.—¿Yo?

EMIL. (*Bajo á Andrés.*)—Sea usted amable.

ANDR. (*Bajo á Emilia.*)—No se burle usted de mí...

M.^a LUISA.—Andrés no quiere separarse de tí.

EMIL.—Si yo voy en seguida...

M.^a LUISA.—No tardes.

ANDR. (*Bajo á Emilia.*)—¿Como usted quiera! Basta que le divierta á usted...

EMIL.—Sí me divierte... me divierte mucho... Vaya usted, vaya usted... (*Salen Andrés y María Luisa.*)

ESCENA XIV

EMILIA, Y DESPUÉS ISIDORO

ISID.—¿Emilia?

EMIL.—Me disponía á escribirte.

ISID.—¿Tú? Yo venía á hablarte. Tío Antonio me ha dicho...

EMIL.—Que no volvieras por aquí, ¿no es eso? Eres terrible... Parece ser que comprometes á las mujeres sólo con mirarlas... ¡Qué fama te has ganado, primito! ¡Y pen-

sar que entre todas tus conquistas no habrá una que valga la pena!

ISID. - Puedes jurarlo.

EMIL.—Y que muchas veces habrás sido tú el seducido...

ISID.—La mayor parte. Pero comprende que la historia de José, aparte lo sagrado del texto, ya nos hacía reír en el colegio.

EMIL. — Y á nosotras también.

ISID.—Pero tío Antonio me ha dicho que tú...

EMIL.—Que yo le había dado el encargo de decirte que no volvieras. ¿Es eso?

ISID.—Así es. Y como la única persona que me ha tratado con algo de simpatía en la familia... la verdad... me extraña...

EMIL.—Es que lograron ponerme nerviosa. Por eso te escribía. Y siento que hayas venido... Hubiera preferido decirte por escrito lo que deseaba, porque es algo muy serio, muy serio...

ISID.—¿Han conseguido indignarte conmigo.

EMIL.—No. Han conseguido que haya hecho cuestión de amor propio demostrar á todos que no mereces ser tratado de esa manera, que tu arrepentimiento es sincero, que estás decidido á cambiar de vida, á ser otro hombre... Ya ves si es empeño el que tomo á mi cargo. Ahora falta que tú me dejes mal.

ISID.—¡Emilia!

EMIL.—Para que en nadie, ni en nosotros mismos, cupiera recelo al interpretar mis sentimientos, bien sabe Dios que en este instante quisiera ser tu padre, tu hermano ó tu mejor amigo, pero un hombre...

ISID.—Estás muy bien así...

EMIL.—Es que no sé cómo decirte... ¡malditas conveniencias!... Y yo quiero salvarte á pesar tuyo, á pesar de todos, digan y piensen lo que quieran.

ISID.—Nadie me ha hablado así.

EMIL.—Dime, Isidoro, ¡quisiera preguntarte tantas cosas!... Dime ante todo, porque yo no te creo un malva-

do... En cuanto he oído decir de tí no hallé nada que te hiciera aborrecible, ni despreciable.

ISID.—¿Verdad que no?

EMIL.—Pero he llegado á creer que hay algo que no pueden decirme, que tú no me confesarás tampoco, alguna grave falta en tu vida, alguna aventura de serias consecuencias... ¿Lo ves? ¡Quién fuera hombre!... No sé cómo decírtelo.

ISID.—Ya entiendo, Emilia... Voy á confesarme contigo. Sí, algo hubo en mi vida, y eso es precisamente lo que ignoran... Una aventura, como tú dices, de serias consecuencias; la única... Una mujer, ya apenas me acordaba de su nombre, me llamó un día á su lado, una criatura dormía en sus brazos... Pude dudar de lo que aseguraba, como otros muchos en mi caso, por no perturbar su vida y la tranquilidad de su conciencia... Aunque hubiera dudado, no vacilé... Verdad ó mentira, nunca he sentido tan honda emoción como ante el sueño de aquella criatura que nadie había llamado á la vida, en quien nadie había pensado... Más desvalido, más indefenso entre los hombres que el último animalillo al nacer.. Toda la responsabilidad de aquella vida pesó sobre mi corazón en un momento... Nada dije... Fui á besarle y antes que mi primer beso dos lagrimones lo despertaron al caer sobre su carita... Vivió poco tiempo, quizás porque era mi mayor cariño, y la única razón de vivir que comprendí en mi vida... Y ya ves, cuando puedo contártelo á tí que nada sabías, que nunca lo hubieras sabido, es porque puedo recordarlo sin remordimiento, seguro de haber cumplido con mi deber. Que si puede la conciencia reprocharme muchas ligerezas, no puede acusarme de ninguna infamia.

EMIL.—Sí, eres bueno...

ISID.—¿Lloras?...

EMIL.—No sabes cuánto agradezco esa confesión. Ahora ya puedo hablarte con franqueza. Si de una vez te vieras libre de trampas vergonzosas, si hallaras una situación decorosa en que emplear tu vida...

ISID.—No deseo otra cosa. Pero tú lo sabes, nadie confía en mí, nadie me prestaría apoyo...

EMIL.—Cuenta contigo mismo primero. Piensa que lo difícil no es emprender, sino perseverar.

ISID.—Ayer acaso no me hubiera atrevido á responder de mí. La hostilidad, la desconfianza de todos, nos hacen perder la propia estimación; hoy, cualquiera ocupación, cualquier trabajo, serían gustosos para mí.

EMIL.—¿Has pensado en algo?

ISID.—¡En tantas cosas!

EMIL.—¿Con qué cuentas?

ISID.—Precisamente pocos días antes de venir á San Sebastián, encontré en Madrid á un amigo, un muchacho muy emprendedor y muy inteligente... Me habló de un negocio; una fábrica inglesa de maquinaria le ofrecía la representación en España en condiciones excelentes. Pero él no contaba con capital, me propuso el asunto... Yo le dije cuál era mi situación, me indicó que le hablara á mi padre... ¡Figúrate!... Contestaría lo de siempre...

EMIL.—Yo pongo á tu disposición cuanto necesites.

ISID.—¿Tú? No, Emilia, no puedo aceptarlo.

EMIL.—¿Por qué?

ISID.—El que no hayas pensado por qué me prueba lo sincero de tu ofrecimiento, que agradezco... no sabes cómo lo agradezco. Pero yo sí debo pensar... No es posible, no puedo aceptarlo.

EMIL.—¿Lo ves? ¡Quién fuera hombre!

ISID.—No. Sólo una mujer como tú es capaz de tan noble desprendimiento... Tan generoso, tan sin calcular, que no has pensado siquiera que comprometes tu reputación.

EMIL.—¿Por qué? ¿No soy dueña de mis acciones?

ISID.—Hay alguien que tiene derecho á juzgarlas y que ya juzga mal que me recibas en tu casa. No puedo ofenderme, pero menos puedo aceptar de tí nada que él no consienta. Y mucho menos si él lo consintiera.

EMIL.—¡Oh, el sentido moral de los hombres! Si nuestra conciencia está tranquila, ¿qué mala interpretación

puede importarnos? Si yo estuviera casada con Andrés, si como por tantas otras sintieras el capricho de enamorarme, seguramente no atenderías á tantas consideraciones, ni á engañar su amistad, ni á comprometer mi reputación, ni á desafiar la murmuración de las gentes. ¿Y para lo bueno y honrado hemos de ser más cobardes cuando todo lo más arriesgaremos lo mismo y siquiera nosotros podremos despreciar á los que murmuren?

ISID.—No, Emilia. La lógica del corazón no es la lógica de la vida. No puedo aceptarlo, no insistas.

EMIL.—Está bien, mal respondes á mi confianza. Al rehusar es que temes obligarte.

ISID.—No lo estaría más de ningún modo. Te debo la única satisfacción de mi vida en mucho tiempo. Viviría eternamente. y el día de hoy no se borraría nunca de mi memoria. Emilia, ¡un día dichoso...!

ESCENA XV

DICHOS.—MARÍA LUISA, ANDRÉS Y EL DOCTOR TRUJILLO.

M.^a LUISA.—¡Podíamos esperarte...

ISID.—¿Cómo va, Andrés?

ANDR.—Bien, gracias.

EMI.—¿Está usted mejor?

ANDR.—Ya lo ve usted.

DOCTOR TRUJILLO.—Trabaja demasiado, ya se lo digo.

ISID.—¿Pero tú no tienes otra receta? Que no se trabaje, que se distraiga uno, que no se tome uno disgustos, que viaje, que se divierta... Esa receta no se despacha más que en el Banco de España... ¡No tendrás consulta para los pobres!

DOCTOR TRUJILLO.—Los pobres enferman seriamente, no tienen tiempo para otra cosa y les receto en serio. Pero á los ricos con darles el pretexto para hacer su gusto, ya están contentos... En verano, balnearios y playas, los más alegres y donde más se juegue... En invierno, ruletas más templadas y salones más abrigados... A los padres les aconsejo: ¡Que no estudien mucho estos chicos! ¡Casen ustedes á estas chicas!... A los casados aburridos

les recomiendo distintos climas. A los políticos una vida activa: ministerios y direcciones... A los artistas, vida de sociedad y poco trabajo; á ellos les luce más y también al arte.

ISID.—Pero eso es descubrir la trampa.

DOCTOR.—No importa. La tontería de la humanidad se renueva diariamente... Más antiguo es el timo de los perdigones y todos los días llegan forasteros.

EMIL.—¿Qué te ha dicho Andrés?

M.^a LUISA.—Ha estado muy amable conmigo. ¡Es natural! ¡No le he hablado más que de ti! Es el modo de tenerle contento... ¡Ya puedes estar ufana!

ANDR. (*al doctor*).—Tengo que pedirte un favor. Llévate á Isidoro con cualquier pretexto, tengo que hablar con Emilia.

DOCTOR.—El pretexto mejor es llevarme á María Luisa...

EMIL. (*á María Luisa*).—Vas á hacerme un favor. Por una vez sé amable con Isidoro, dígale que te acompañe con cualquier pretexto, tengo que hablar con Andrés.

M.^a LUISA.—¡Por tí solamente! Pero me servirá el doctor, yo no se lo digo...

EMIL.—Como quieras...

M.^a LUISA.—¿Doctor..?

DOCTOR.—¿María Luisa?...

M.^a LUISA.—¿Qué quiere usted?

DOCTOR.—No, usted primero...

M.^a LUISA.—De ningún modo.

DOCTOR.—No faltaba más.

M.^a LUISA.—Como usted quiera. Necesito que me acompañe usted á dar una vuelta por el jardín... ¿Y usted, qué quería decirme?

DOCTOR.—Eso mismo.

M.^a LUISA.—Pues hemos estado perdiendo el tiempo... Pero haga usted porque venga Isidoro.

DOCTOR.—¿También usted? Está visto, es mi especialidad... (*Alto.*) ¡María Luisa! ¿No dijo usted que iba usted á enseñarme...? (*Bajo.*) ¿Qué digo?

M.^a LUISA.—(*Bajo.*) Lo que á usted le parezca...

DOCTOR.—Eso no...

M.^a LUISA.—¡Ah, sí! El acuarium... Venga usted, venga usted...

DOCTOR.—Isidoro, ¿no has visto el acuarium? Ven. ¿Hay muchos peces, verdad?

M.^a LUISA.—¡Preciosos!

DOCTOR.—Ya lo oyes. Nunca habrás visto tantos peces juntos.

ISID.—Sí, voy... ¿Si no le molesta á María Luisa?

M.^a LUISA.—¿A mí? ¿Cuándo me has molestado? ¿Qué cosas dices!... ¿Molestarme, tú?...

ISID.—¿Qué vientos han soplado?

M.^a LUISA.—Hasta luego... (*Salen María Luisa, el Doctor é Isidoro.*)

ESCENA XVI

EMILIA Y ANDRÉS

EMIL.—¡Si no necesita usted hablar!... Pues elige usted muy mala ocasión, porque estoy muy alegre, contenta de mí misma, en uno de esos momentos en que nos importa muy poco la opinión de los demás, porque estamos seguros de haber hecho bien. ¡Y esa seguridad la tiene uno tan pocas veces!

ANDR.—¡Más vale! Siendo usted dichosa...

EMIL.—¿Se convenció usted de lo que le dije?

ANDR.—¿Qué me dijo usted?

EMIL.—Que María Luisa está enamorada de usted.

ANDR.—¡Mal pude conocerlo! No me habló más que de usted en todo el tiempo...

EMIL.—Por serle á usted más agradable... Ese es el verdadero amor, el que solo procura la felicidad del ser amado!

ANDR.—Ya lo sé. Pero yo prefiero que me atormenten.

EMIL.—¡Atormentar! El papel de inquisición no le va á mi carácter.

ANDR.—Si lo que deseaba usted era cambiar de conversación...

EMIL.—¿Dónde dejamos la que á usted le interesa?

ANDR.—En saber por qué era su alegría después de haber hablado largamente con Isidoro.

EMIL.—¡Ah! Ya se va usted explicando... En efecto, con Isidoro...

ANDR.—¡Sí! Cuando entramos parecían ustedes muy emocionados... No había sido una conversación indiferente...

EMIL.—No me interrogue usted con los ojos, más que con las palabras. ¡Si no hay secreto! Todo lo sabrá usted por mí. Me he propuesto salvar á Isidoro, casarle con María Luisa; me he convencido de lo injustos que son todos con él.

ANDR.—Se ha propuesto usted jugar con el peligro.

EMIL.—¿Qué peligro! ¡Pobre Isidoro! ¡Si usted lo hubiera oído!...

ANDR.—¡Ya! Le contó á usted alguna triste historia; la historia de Otelo... Y para usted, como para Desdémona, ya no hay negrura que valga...

EMIL.—¿Pero no sabe usted que Isidoro quiere á María Luisa? ¿Que yo le tengo sin cuidado? No se apasione usted al juzgarle.

ANDR.—Quien se apasiona por él, es usted.

EMIL.—Por él, no. Me apasiono por la verdad. Piense usted lo que dice.

ANDR.—¿Por la verdad? ¿Quiere usted saberla? Los demás sólo juzgamos por apariencias, usted sola conoce á Isidoro... ¡Sí, su primo es digno de que usted le quiera y le proteja..! ¡Si debe usted casarle con María Luisa... ya que no se case con usted como él pretendía...!

EMIL.—¿Quién? ¡Ah! ¡no!

ANDR.—Nunca debí decirlo... ¡Es una indignidad: pero por usted me olvido de todo. Usted sabe que Isidoro era antes gran amigo mío... usted no pensará que nuestra amistad haya podido entibiarse porque á mí me importen sus calaveradas... Algún motivo más serio debe usted suponer... Ese motivo es usted, sí, usted... Cuando yo me encargué de defender á usted en el pleito con sus cuña.

dos, Isidoro, Isidoro... una ligereza suya..., en el fondo no es malo...

EMIL.—¡Acabe usted!

ANDR.—Un día, siempre en broma, me dijo: procura ganar ese pleito, porque entonces mi prima será un gran partido y puede ser mi salvación.

EMIL.—¡Oh!

ANDR.—Poco después, repitió la broma por escrito, en una graciosísima carta... Yo las conservo todas, si quiere usted leerla enviaré por ella á Madrid, y se convencerá usted de que Isidoro merece toda su consideración y todo su cariño..., porque su maldad es forma... pura forma., pero en el fondo, ¡oh!, en el fondo...

EMIL. (*rompiendo á llorar*).—¡Dios mío!

ANDR.—¿No se indigna usted? ¡Llora usted! ¡Emilia! Cree usted conocer á los demás, y á sí misma no se conoce. ¡Si lo sentía desde hace tiempo! El cariño es algo que se respira, que nos envuelve. Y por instinto sentimos cuando se aleja... Su cariño de usted se alejaba de mí, quizás sin que usted misma lo advirtiera... Pero yo sí. Por eso mi inquietud, mis celos, que yo no podía fijar en una persona determinada, porque usted tampoco había fijado su cariño... Pero ahora sí; ahora ya no dudo.

EMIL.—Andrés, ¿qué dice usted? ¿Usted cree? ¿Entonces ha sido por celos por lo que ha dicho usted lo que me ha dicho?

ANDR.—¡Ah! ¿Prefiere usted que sea invención mía? ¿Un recurso de amante despechado para desengañar á usted? Verá usted esa carta; sabrá usted lo que significa usted para ese hombre.

EMIL.—¡No Andrés! Muchas pruebas me ha dado usted de cariño... Pero esa prueba no; se lo suplico.

ANDR.—¿Porque es indigna de mí, no es verdad? Fué una confianza de amigo, á que no debí hacer traición...

EMIL.—No, Andrés. Es que no debió usted dudar de mí. No le agradezco á usted esa verdad.

ANDR.—No agradece usted nada, ya lo veo.

EMIL.—Ahora es usted el que habla de agradecer.

ANDR.—Sí, de agradecer. Porque su cariño era sólo agradecimiento, mezquino disfraz del amor...!

EMIL.—Lo dije... Acabaría usted por odiarme. Yo hubiera dado mi vida por verle á usted dichoso con mi cariño; no lo era usted. Era natural que mi cariño huyese como huye el malhechor cuando hizo el daño. Si mi cariño sólo sirvió para atormentarle, ¿qué importa que se aleje? Ya ve usted que no miento. Usted me dijo la verdad; con la verdad respondo. ¡Llegó su hora triste! Eso há conseguido usted...

ANDR.—¡Emilia! ¡Emilia! ¡Qué triste verdad!

ESCENA XVII

DICHOS Y D. ANTONIO

D. ANT.—¿Se fijó la fecha? ¡Qué es esto! ¿Emocionados como dos chiquillos...? No es para tanto... ¿Qué les pasa á ustedes?

ANDR.— ¡Déjeme usted, D. Antonio, déjeme usted! (*Sale*).

D. ANT.—Emilia, ¿qué le sucede á Andrés?

EMIL.—¡No me preguntes nada, tío Antonio, no me preguntes! (*Sale*).

ESCENA XVIII

D. ANTONIO, DOÑA JACOBA y después ISIDORO

DOÑA JAC.—Corre un vientecillo por el jardín... Recojo á mis inválidos.

D. ANT.—¡Isidoro anda por medio, no le quepa á usted duda! ¡Isidoro!

DOÑA JAC.—¿Qué le pasa á usted?

D. ANT.—¡Isidoro! Allí le veo, con María Luisa... Tendré que matarle... (*Llamándole*) ¡Isidoro! ¡Isidoro! ¡Venga usted acá!

DOÑA JAC.—¡Por Dios don Antonio, está usted muy alterado!

D. ANT.—¡No me contenga usted, doña Jacoba!

ISID.—(*Entrando*). ¿Qué se te ofrece?

D. ANT.—Tú sabes algo... ¿Verdad? No me lo niegues...
El disgusto de Emilia y Andrés.

ISID.—Disgusto... ¿Dónde está Emilia?

D. ANT.—¡Ah! ¿Qué le decía yo á usted? Mira, Isidoro.
Toma el portante ahora mismo, si no quieres...

ISID.—No te contesto como debía, porque es más
grave de lo que piensas eso que me has dicho.

DOÑA JAC.—¿Que Emilia y Andrés han tenido un dis-
gusto? ¿Qué me dice usted?

D. ANT.—Acaban de marcharse cada uno por su lado,
llorando como dos criaturas... Y no era de alegría como
yo creí.

ISID.—¿Y no te ha dicho Emilia?

D. ANT.—Nada. Tú eres el que vés á decírmelo.

D. ISID.—(*Llamando*) ¡Emilia! ¡Emilia!

D. ANT.—No. A ella no. A mí ahora mismo.

ISID.—Déjame... ¡Emilia!

DOÑA JAC.—¡Ay! ¡don Antonio! ¡Qué disgusto tengo!

ESCENA XIX

DICHOS Y EMILIA

EMIL.—¿Porqué me llamas?

ISID.—¿Es verdad lo que me ha dicho tío Antonio?
¿Has tenido un disgusto con Andrés? ¿Por culpa mía?

D. ANT.—¡Tenía que ser!

ISID.—Haz el favor de callarte. Contesta, dime... ¿Por
culpa mía?

EMIL.—¡Por culpa tuya, sí! No por lo que tú crees. ¿Re-
cuerdas haber hablado de mí con Andrés algunas veces?

ISID.—¡Tantas veces!

EMIL.—¿Recuerdas todo lo que pudiste decirle?

ISID.—¿Por qué lo preguntas?

EMIL.—¿Recuerdas una carta en que le comunicabas
un proyecto de boda?

ISID.—¡Ah! Te ha dicho...

EMIL.—¡Era verdad! Así me estimabas...

D. ANT.—¿Qué significa?...

ISID.—¡Te lo dijo por celos! Fué por celos... ¡Y lloras!... No. El miserable soy yo, sí, yo, que no merecí nunca que te compadecieras de mí... ¡Emilia, Emilia, no me perdones! ¡Nunca me despreciarás lo que yo me desprecio!

D. ANT.—¿También éste llora?

DOÑA JAC.—¡Y yo también, sin saber por qué... ¡Pero en viendo llorar!...

ESCENA XX

DICHOS Y ANDRÉS

ISID.—¡Ah! ¿Tú?...

AND.—¿Qué quieres?

EMIL.—¡Isidoro!

ISID.—Sé cuanto debo á tu amistad...

AND.—¿Tu amistad?... No la invoques. Sólo valía mi traición, si traición te parece.

ISID.—¡Por mí, no! Porque ofendiste á Emilia con tus celos.

ANDR.—¿Y eres tú quien debe pedirme satisfacción?

EMIL.—No. Ni usted exigirla. Porque ya no tiene usted ningún derecho para juzgar mis actos. Usted, celoso, supo leer en mi corazón mejor que yo misma... Demos por terminadas nuestras relaciones.

D. ANT.—¡Emilia!

DOÑA JAC.—¿Oye usted?

D. ANT.—No es posible... Piensen ustedes...

ANDR.—No... Dice bien... He visto claro en su corazón. Emilia quiere á otro hombre... El es quien puede pedirme explicaciones... Estoy á tu disposición.

ISID.—¿Andrés?

D. ANT.—¡No es posible... no se irá usted... ¡Emilia!

ANDR.—Ya lo ve usted. Ni una palabra. Ni cariño, ni gratitud... El amor arrojó su disfraz. (*Sale.*)

ESCENA XXI

DICHOS MENOS ANDRÉS

D. ANT.—¿Pero has pensado? ¿Es posible?... ¡No puede ser, no será!

EMIL.—¡Júrame que no tendrás un duelo con Andrés!

ISID.—¡Si él no desiste...

EMIL.—Aunque se obstine. Sólo así podré perdonarme.

ISID.—¿Perdonarte tú?

EMIL.—Sí. Perdonarme la ingratitud de mi corazón que bien merece otra ingratitud.

ISID.—No. ¡Mi vida y mi alma entera por merecer tu estimación!

D. ANT.—¿Ha visto usted, doña Jacoba? ¡Tenía razón Andrés...! ¡Es que se ha enamorado de ese bandido...! ¡Vea usted!

DOÑA JAC.—¿No preguntaba usted por qué se ama?

D. ANT.—¡Pero doña Jacoba...! Entre uno y otro... ¡Es preciso estar loca!

DOÑA JAC.—¡Ay! El corazón no es el reino de la justicia, y el de la mujer mucho menos. Las mujeres preferimos siempre hacer limosnas á dar premios. ¿No es verdad, Emilia?

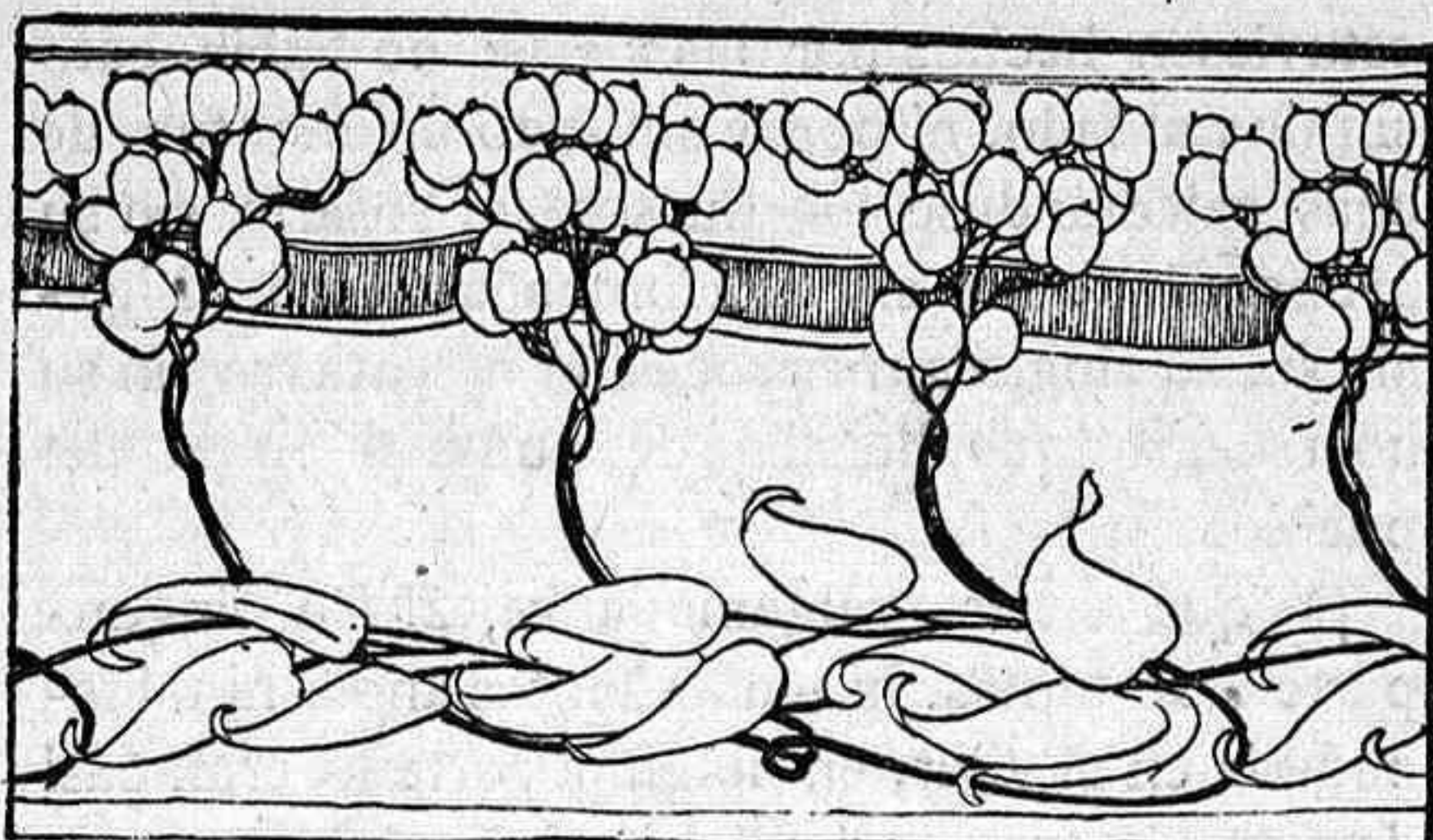
EMIL.—¿Qué?

DOÑA JAC.—Que no se ama á los que nos hacen dichosos, sino á los que nosotros podemos hacer que lo sean.

ISID.—¿Entonces?...

EMIL.—Ya lo oíste. Sé muy dichoso... ¡Comprenderás por qué se ama...!

TELÓN



SANTIAGO RUSIÑOL ❖ ❖

❖ ❖ ❖ ❖ LAS VIEJAS

DEBE ser que los hombres están en el campo, que los jóvenes son soldados, que las mujeres envejecen deprisa; acaso las aguas, acaso la demasiada salud; acaso la pereza de morirse; no sé en qué consiste; pero en ninguna parte se ven tantas viejas como en los pueblos, y en ningún pueblo hay tantas como había en este *mi pueblo*.

En cada casa había por lo menos dos: la suegra y la resuegra; en algunas tres, porque la joven ya se empezaba á tornar vieja: en muchas lo eran todas. No se miraba portal en que detrás de la puerta, acurrucada y quieta, no se viese por lo menos una; no había rueca que no llevase su vieja; no se gastaban calcetines ni medias en el pueblo, y había bastantes que los gastaban, que no

estuviesen hechos por las viejas; no había gato sin una al lado, ni hogar sin todo un montón de ellas calentándose los huesos, ni rosario sin su grupo, ni muerto sin su acompañamiento, ni iglesia sin su ringlera, ni procesión ni entierro sin su cola negra que llegaba de punta á punta del pueblo.

¡Y qué viejas, válgame la vejez! En ninguna parte eran tantas, ni tenían tantos años, ni tal tozudería en el vivir; en ninguna parte lo eran casi de nacimiento como allí, siéndolo durante toda su larga vida, ni en parte alguna si había de sacarse una partida de bautismo se hallaba tan mohosa y comida de ratas, por los tiempos casi históricos que habían pasado en el registro. Habíalas que no tenían época, que hubieran perdido hasta la memoria de sus padres si aun no los tuviesen vivos: que tenían nietos viejos, que eran tradiciones en vida, leyendas de cuerpo presente, cuerpos incorruptos, con derecho natural y legítimo á santidad de conservación, á la vida perdurable ejercida en nuestro valle de lágrimas.

Algunas parecían troncos de olivos viejos y carcomidos, enroscadas sobre sí mismas; algunas un terrón con el mismo color de la tierra; otras se apergaminaban, convirtiéndose en momias de vitrina; habíalas que se iban arrugando, tanto que era imposible contarles las arrugas, sin perderse en aquel mapa intrincado que ya no tenía forma humana; las que se conservaban eran las que daban más pena; la carne les sobraba, como queriendo huir de la carne; y á todas, los huesos parecía que les traqueteasen, esperando el soplo de la muerte para caer desplomadas de un golpe lo mismo que un montón de ceniza. ¡Pobres vie-

jas! ¡Y qué inconsciencia en el vivir! Con las manos cruzadas, con los ojos de lámpara apagada, velados y muriéndose de sombra; con el pecho como un osario, con el cuerpo de madera carcomida aún se arriesgaban á andar por el pueblo; aún medio dobladas, y apoyándose en las paredes tan carcomidas como ellas, y con tanta pátina como ellas iban viviendo por costumbre de vivir: aun estaban en el mundo, pero no hacían más que estar en él: ya eran el escaño, el baúl del desván, el vestido de la cómoda vieja, los rosarios de la casa, la sobra polvorienta y veneranda, á la cual, ya que no de padres á hijos, se guardaba respeto de hijas á madres y de madres á bisabuelas.

¡Pobres viejas! Ya todas iban de negro como si todas llevasen luto por sí mismas: ya todas llevaban un luto de tiempo de años y años, de tristeza vieja; un luto que no tiene remedio, ni esperanza ni consuelo; una negrura de viudedad definitiva, de aquella negrura verdosa que ya va dejando de serlo á fuerza de tantos años de ser negrura, y de aquella negrura de paño de funeral, llena de cera y pelada por tantas rodillas que la han rozado y tantos labios y tantas lágrimas que la han hecho tornarse lustrosa. Eso sí; a queste lustre no podía estar más remendado; siempre creían ellas que el vestido que llevaban sería el último vestido, y la ropa íbales durando más que la misma vida, con todo y tenerla de tan buen durar. Llevaban mantellinas que podían ser de museo, y eran del día de su propia boda, medias negras, que echándoles de nuevo el pie después de la pierna y la pierna después del pie, ya no podía sospecharse dónde había empezado la media: zapatos de pana, que todavía eran de pana, des-

pués de haber perdido tantas suelas en el largo camino de la vida; y en clase de ropa blanca, todos los olores de todas las manzanas, de tantas y tantas cosechas se habían en ella acumulado, perfumándola del incienso del campo, de la fragancia áspera, del aroma de virtud que tiene la tierra cuando no está demasiado pisoteada, y eso que la tierra no había sido demasiado buena, ni demasiado generosa para ellas; habíalas dejado vivir, eso sí, á fuerza de penas; habíalas mantenido; les había dado hijos, demasiados hijos; pero como las había esclavizado, agobiándolas á toda hora, no dándoles más goce que aquel vivir, aquel perdurar, aquel estarse más tiempo sobre los terrones hasta confundirse con ellos.

Y ellas allí se estaban. ¡Y tantos años, y tan sin darse cuenta, ni casi saber que vivían! Se hacían viejas, más viejas, con la igno sciencia serena del que espera la puesta del sol; íbanseles los ojos hundiendo poco á poco, como enterrándose antes de tiempo; iban perdiendo las chispas del fuego que en ellos había anidado; se les iba inclinando la cabeza, como buscando inconscientemente el rinconcito donde adormirse, teniendo por almohada aquellos terrones que les reclamaban el rédito del favor de haberlas dejado despertar; y como una luz que se apaga, no sintiendo ya amor, no suspirando, no ambicionando, haciendo estorbo en el mundo, siendo un trasto viejo, un mueble usado, habiendo perdido el reír, habiéndoseles secado las últimas lágrimas, habían olvidado la alegría, parecía que escuchasen el llorar de la campana, por si tocase á Viático; á su Viático que les avisase tristemente que habían de despedirse.

Y allí en la iglesia acurrucadas al pie de un altar para calentarse el espíritu, que ya se les iba enfriando, poquito á poco, tomando una chispa de vida en aquel brasero del alma, se las veía rezando, rezando siempre, sin suspirar, casi sin fe, por rutina pulsando aquel último remedio de la última esperanza, pero sin ilusiones de milagro. Allí era su último refugio, y desde aquella sombra tibia veían entre claridad un poco de resplandor espiritual; allí no estorbaban á Dios; la Virgen era joven y hermosa, y, por viejas que fuesen, las esperaba á todas horas con los brazos abiertos y azules, y ellas la vestían, á la buena Virgen! La calzaban, casi la fajaban como á una niña celestial que les recordaba otros tiempos, aquellos tiempos que habían de reflorar en la alta gloria; y como criaturas negras que ya han jugado demasiado á ser niñas, se dormían por los rincones á compás del arrullo del rezo, y del sonsonete de las campanas.

De allí no salían más que para ir á un entierro, ó á una profesión, ó á un Viático, ó allí donde fuese con ellas acompañándolas y á su lado la sombra de la muerte. Cuando había pasado la Custodia, llena de luz y resplandor, las niñas vestidas de blanco, tirando flores y besos de alegría y perfumes de esperanza é incienso de ilusiones; cuando habían pasado los niños, como enjambre de pájaros, puestos en filas con su charloteo en voz baja; los pendones flameantes, los hombres vestidos de limpio, las casullas y las capas bordadas; allí, detrás de todo, sin luz, caminando como si se sostuviesen cuerpo con cuerpo, y tambaleándose todas juntas, como si un temblor desazonado las tuviese á todas ligadas, pasaban ellas, pasaban las viejas, siempre negras, siempre enlutadas,

siempre fúnebres, nublado de crepúsculo y sombra del atardecer que se extendía por el pueblo como cinta negra de retablo misterioso, onda de sombra, de monótona igualdad, niebla de invierno que pasaba baja á ras de las casas, á ras de la gente, á ras del cuerpo, y dejaba en todo el pueblo una frialdad espeluznante.





JUAN R. JIMENEZ ❧ ❧

❧ ❧ ❧ ❧ NOCTURNOS

Un piano ha llorado, á lo lejos, la Serenata de Schubert.

*El piano que ha llorado
la divina serenata,
me ha matado dulcemente
en la noche perfumada.*

*Y al triste son de sus notas,
muerto y solo con mis lágrimas
he descendido al jardín
á consolar á mi alma.*

*Dulce piano, ¿qué tienes
dentro de tí que así matas
al corazón que te escucha
tras la entreabierta ventana?*

*¿Qué es eso que desde tí
tan tristemente me llama
y me hace bajar llorando
al jardín lleno de almas?*

*La noche sufre en silencio;
tibia noche de nostalgias
¡qué amarga es tu primavera
de brisas y de fragancias!*

*¿Quién piensa en el cuerpo? Todo
esta noche tiene lágrimas,
las estrellas están tristes,
la luna muerta, y el agua*

*de la fuente llora tanto
que da fatiga escucharla:
lloraré como la luna
y las estrellas y el agua.*

*Hay que llorar... El piano
preludia ya otra sonata;
mi corazón siente frío;
noche, llévate mi alma*

*adonde vayan las notas
del piano, adonde vayan
tus ténues brisas, adonde
vayan tus finas fragancias.*



*Siento esta noche en mi frente
un cielo lleno de estrellas;
bajo la luna poniente
están las cosas tan bellas!*

*Los campanarios lejanos,
las arboledas dormidas,
(yo no sé qué blancas manos
acarician nuestras vidas.)*

*El jardín que se despierta
y se duerme; la canción
de la fuente, copla muerta
que no olvida el corazón.*

*Y la sombra que florece,
y las rosas que dan una
fragancia azul que parece
nacida para la luna.*

*El jardín... La dulce estrella...
Juraría que es verdad
que he muerto... La luna be la
muere sobre la ciudad.*



*Para dar un alivio á estas penas
que me parten la frente y el alma,
me he quedado mirando á la luna
á traves de las finas acacias.*

*En la luna hay un algo que sufre
entre un nimbo divino de plata,
hay un algo que besa los ojos
y que seca llorando las lágrimas.*

*Yo no sé lo que tiene la luna
que acaricia, que duerme y que calma,
y que mira en silencio á los tristes
con inmensas piedades de santa.*

*Y esta noche que sufro y que pienso
libertar de esta carne á mi alma,
me he quedado mirando á la luna
á través de las finas acacias.*



*La lluvia ha cesado; huele
á tierra mojada el aire;
la noche llena de azul
todo lo gris de la tarde.*

*He salido á ver el cielo:
las gotas de lluvia caen
de las ramas, y á lo lejos
se anima el limpio paisaje.*

*Las estrellas se han dormido
en el f.mdo de los árboles.
Mañana veré mis flores
en la frescura del parque.*





*Yo me moriré, y la noche
triste, serena y callada,
dormirá el mundo á los rayos
de su luna solitaria.*

*Mi cuerpo estará amarillo,
y por la abierta ventana
entrará una brisa fresca
preguntando por mi alma.*

*No sé si habrá quien solloce
cerca de mi negra caja,
ó quien me de un largo beso
entre caricias y lágrimas.*

*Pero habrá estrellas y flores,
y suspiros y fragancias,
y amor en las avenidas
á la sombra de las ramas.*

*Y sonará ese piano
como en esta noche plácida,
y no tendrá quien lo escuche
sollozando en la ventana.*



*Mi balcón esta noche luciente
ha teñido su piedra de blanco:
he salido; sonrío á la luna
y respiro el olor de mis nardos.*

*Pienso en todo; la noche es amiga,
y al abrir los cristales soñando,
ha llegado á mi alma en la brisa
la sonata de un triste piano.*

*Junto á mí miro un sitio vacío,
y esta noche divina he pensado
que debiera leerme mis rimas
una novia vestida de blanco.*

*Es que hay besos en mí que no tienen
unas alas para irse volando;
pobres besos que sueñan con ojos,
con mejillas, con pechos y labios.*



*Mi alma ha dejado su cuerpo
con las rosas, y callada
se ha perdido en los jardines
bajo la luna de lágrimas.*

*Quiso mi alma el secreto
de la arboleda fantástica;
llega... el secreto se ha ido
á otra arboleda lejana.*

*Y ya, sola entre la noche,
llena de desesperanza,
se entrega á todo, y es luna
y es árbol y sombra y agua.*

*Y se muere con la luna
entre luz divina y blanca,
y con el árbol suspira
con sus hojas sin fragancia,*

*y se deslía en la sombra,
y solloza con el agua,
y, alma de todo el jardín,
sufre con todo mi alma.*

*Si alguien encuentra mi cuerpo
entre las rosas, mañana
dirá quizás que me he muerto
á mi pobre enamorada.*



ALEJANDRO SAWA ❖ ❖

DIETARIO DE UN ALMA (1)

AYER una carta de Rubén Darío—«Mariano de Cavia se muere, se está muriendo. Vamos á verlo.» Y abandonando citas, compromisos, quehaceres improrrogables, fui á su casa como quien va á un entierro...

Por esta vez la alarma del corazón fué falsa. El enfermo no se quejaba de ninguno otro mal sino del insomnio. «No puedo dormir, mis nervios se burlan del cloral y de la morfina.»—Y al pasar por sus ojos—¡quién sabe!—quizás una idea de muerte, tuvo en los labios esta exclamación, tan propia de Atenas como de Beocia: «¡Cuán poco somos!»

Luego dijo que aquello le había herido como una puñalada, que se sintió muerto, que se vió morir. Los periódicos habían hablado de una fiebre catarral. Realmente fué un ataque de neurosismo. Rubén me contó, á ese propósito, historias de Pantagruel, que á Rabelais hubieran desazonado...

(1) Véase el número 7 de HELIOS.

Muchos se placen en ver al ático cronista— ¡cuán justo ahora, aquí, el adjetivo!—vestido con la camisa del hombre feliz. Dice en sus decires cosas aparentemente alegres: tiene popularidad, cosa que para muchos, para casi todos, es el ideal y el fin de una vida: gana, dadas las sórdidas costumbres literarias del día, ampliamente su vida: fué amigo de Lagartijo y Gayarre: *El Imparcial* respeta sus genialidades: en los cafés y en los corrillos de la Puerta del Sol, que son los únicos centros intelectuales de la Corte, se cita elogiosamente su nombre y se comentan sus gestos—y sin embargo, ¡qué melancolizante visión la de ese joven pálido, viudo de todos los amores, que hace, al decir de sus comentaristas, de su casa una Trapa, permaneciendo en ella largas temporadas sin salir, que prefiere la luz del gas á la gloria del sol, y el cinc de los mostradores venenosos al ancho panorama de los campos brindando amores y salud y vida!

Muy triste visión la de un hombre que pudo ser amado del Amor y de la Gloria—y que por poco se nos va de entre las manos expulsado por el empujón de un tabernero.

¡Esta tortura de vivir en el café y en la calle!— ¿por qué no habría podido condenárame á otros lugares de destierro—teniendo cuidado, viviendo obseso por la idea de que la sonrisa que forma parte de mi máscara social, no llegue á parecerse demasiado á un rictus doloroso ó á una mueca de desprecio!

Cristo en la cruz no ha conocido el suplicio de verse forzado á decir «gracias» á sus sayones, ni

«camarada» al bruto bilateral, cuyo único lazo de compañerismo con el Dios-hombre consistió en morir á su lado, aunque con menos afrenta, de la misma muerte.

Vivir es atacar. Vivotear es resistir.

En el teatro Eslava, durante el ensayo.

Bajo la luz difusa del alto tragaluz se agitan silenciosamente en el patio, con movimientos de larvas bien halladas en su elemento, grupos de coristas que forman borrones de negro en la decoración espectral, aguardando la voz de mando que las llame á escena.

Aquí nada que recuerde á la vida: parece mentira que luzca un sol allá fuera...

Me asaltan ideas de desastres, de muchedumbres diezmadas, de inanidad y de tedio. En la escena los cómicos canturrean malos versos y prosas rastreras con tonos soñolientos de sacristanes malhumorados. Se masca el aire que se respira; tan pesado es. También se masca el aburrimiento.

Una figura de mujer viene á sentarse á mi lado, en las butacas. Va vestida de negro, con tocas negras, con faldas negras, con guantes negros, con pelo negro, con ojos negros—con una sonrisa negra que hiela. ¿Será la Muerte?

Luego, á una voz imperativa que viene del fondo del escenario, la mujer se levanta y se va. Una sombrilla que esgrime me hace lanzar un grito involuntario. ¡Dios mío, si será una guadaña! Pero no hay que temer por esta vez, porque la mujer, al subir á escena, chuchotea un aire

musical canalla y hace ademán de levantarse las enaguas. ¡Qué horrores ocultarán sin parecerlo! No, no es S. M. la Muerte, es S. M. el Tedio.

El Tedio que recibe en sus aposentos: un teatro.

Acabo de conocer á un español bien educado. Dios mío, ¿si será cierta la desaparición total de este pueblo?

5 de Enero.

En un periódico madrileño de nutrida clientela, acabo de leer un artículo que es un alegato en regla contra la juventud contemporánea.

Se la acusa de egoísmo, de indiferencia por la cosa pública, y se la echa en cara su vehemente devoción por aquél que en los pleamares de su conciencia supo levantar como una afirmación y como un reto la imagen del Super-hombre.

Y tiene fundamento la acusación. Y de ella recabamos un virrón de gloria. Le inspira, en efecto, á la juventud contemporánea tedio la política, rencor sus hombres. ¿En qué sazón ha protegido aquí el Estado las manifestaciones intelectuales ó artísticas de las cabezas flameantes que guardan bajo sus bóvedas los verbos imperativos de mañana? Cuando no las ha quebrantado en brote con sistemáticos desdenes, las ha tronchado en flor con vesánica inconsciencia... Ciertamente que no debe concebirse al Estado como una gran nodriza dotada de dos ubérrimas mameas: que es preciso reaccionar también contra la pereza de confiarlo todo á su pretendida misión providencial, que tan lesiva es al desarrollo del individuo; pero todo

ello á una condición: la de que no se cite para nada la panacea inglesa. ¡La donosa ocurrencia! Inglaterra es, en su aspecto político, el país del *Self government* y del *Habeas corpus*, mientras que aquí el Estado parcela nuestra actividad, codifica nuestro corazón, legisla nuestros placeres, rotura nuestra conciencia y, absorbente como un pólipo de mil patas, llega hasta á encerrar en moldes curialescos las fórmulas que acompañan á los tremendos imperativos del nacer y del morir. ¿Con qué lógica se habla entre nosotros del arrogante gesto individual con que los hombres del Norte señalan los nuevos derroteros de la vida? ¿Acaso se puede honradamente gritar ¡habla! á la pobre criatura mortal sujeta al ludibrio de la mordaza, y no es una condición esencial del movimiento la de no tener los miembros aprisionados en una camisa de fuerza?

No: ni brotan en los arenales lirios, ni el águila lanza su verbo penetrante y audaz como un clarín de guerra en las charcas tan propicias, sin embargo, á la alegría de vivir de palmípedos y batracios. Lo primero que hace falta á un pulmón para funcionar libre y sanamente, es aire, el buen aire respirable. ¡Pero si se lo limitan ó se lo empuercan...!

No creo yo tampoco que la juventud española contemporánea transcurra su vida interna iluminada por ese sol de media noche que en nuestra constelación intelectual se llama Federico Nietzsche.

Jamás la gente moza que en los días equinociales de la Historia asalta alcázares y fortalezas de instituciones ó de ideas, ha seguido á otros hombres que á los que rotunda y hasta brutal-

mente afirman con el alma ó con la espada. Ni Voltaire ni Momo serán nunca las divinidades consagradas de un pueblo. Y al revisar las lívidas frases del pandemonium nietzschiano, más literarias que filosóficas, más retóricas que sentidas, las unas haciendo guiños, las otras retorciéndose en convulsiones epilépticas, la grave amonestación de Pascal se nos viene invasoramente á las mientes: «ingenio burlón, mal ingenio.»

«Matemos con la risa y el sarcasmo»—profirió Nietzsche;—y tan hondamente llegó á incrustar en la práctica su teoría, que frecuentemente no acertamos á decidir si el extraño alucinado ríe ó llora.

«Yo no puedo creer sino en un Dios que sepa bailar»—dijo.—¿Es que aquí ríe?

—«Ser malo, esa sería nuestra verdadera bondad»—añadió.—¡Ah, pues entonces, aquí sí que llora, positivamente!

No, la juventud intelectual contemporánea no vive influida por el evocador del Super-hombre. Con toda su innegable grandeza, Nietzsche producía al agitarse un vago ruido de cascabeles que hacía esperar, temer la pirueta. No fué un portalluz. Ni iluminó, ni se abnegó. A nadie se le ocurriría, á presencia del obstinado exaltador del egoísmo, gritar una frase que se pareciese á esta: «¡con tal que la antorcha difunda la luz, qué importa si quema la mano que la enciende y la agita!»

La juventud española contemporánea se muestra adusta y desdeñosa con sus mayores, y yo sé bien por qué.

Era en Marzo de 1898. La leyenda de bravura y lealtad española estaba en entredicho. Los Estados Unidos alargaban sus tentáculos hacia nues-

tras antiguas colonias, y de allí volvían en lúgubres caravanas flotantes, como coágulos de nuestra hemorragia, por centenares, por miles, los mismos soldados, que al son de las charangas emborrachadas por el *himno de Cádiz*, habían partido poco antes acompañados hasta los muelles por vocinglera multitud que los vitoreaba. Los periódicos continuaban no obstante ocupándose de cuestiones personales de nuestra baja, misérrima política. Tal bracerero del género lírico era nuestro Hugo Fóscolo y Perico *el ciego*, nuestro Teodoro Koerner.

Pero he aquí que *Frascuero* se siente enfermo, que *Frascuero* se agrava, que *Frascuero* se muere. ¡Fué de ver entonces el llantear patrio ante tamaña catástrofe! Todo el celo reporteril de centenares de muchachos bien habidos con sus piernas, no bastaba para satisfacer el ansia de detalles con que el público quería tener, hasta el hipo que acompaña al hartazgo, noticias de su héroe nacional.

La Corona y el Gobierno no eran de los menos preocupados en el asunto.

Mientras tanto, quiero decir que en aquellos mismos días, un sabio español murió y en la indignancia. Tuvo para sus restos una fosa cualquiera y un ataúd de pino regateados por la caridad—que «al que se muere lo entierran»—y para su nombre una vaga necrología estrujada entre seis ú ocho líneas sin emoción, como paletadas de tierra, en la tercera plana de los periódicos. ¡Claro! Aquel sabio, por serlo, era extranjero y extemporáneo en la tierra donde nació, mientras que *Frascuero* fué como un símbolo jacarandoso y vivo de la idiosincrasia encarnada y amarilla que nos sofoca y nos mata.

¿No ha sido por mucho tiempo la principal figura de los salones madrileños un duque de Alba, á quien no se le conocía mejor afición que la de guiar coches, atado en el pescante y el Gran Elector de Madrid, aquel pobre Felipe Ducazcal, empresario de festivales, no siempre délficos y la cantante más famosa la *Parrala* y el poeta más celebrado Grilo y el artista más admirado Juan Brevia y el centro de la buena sociedad la taberna-burdel denominada *La Taurina*, y *Lagartijo* y *Frascué-
lo*, por último, las dos más altas eminencias de la encumbrada meseta castellana? ¿De qué trabajos ni de qué estudios han habido menester tal prócer ó tal juglar para ser reconocidos como grandes primates en el légamo de nuestras costumbres contemporáneas?

Esos, esos recuerdos—y la rebelde é impía terquedad de los viejos en no ceder los puestos que contra toda ley moral y natural ocupan como por usufructo vitalicio, es lo que forma el sedimento rencoroso de la juventud de ahora. ¡Es que carece de estímulo, de protección, de ambiente, de sol y de justicia, de aire respirable! Todo le está permitido, le dicen—¡menos el vivir...!

Parece como si la historia de España hubiera concluído hace muchos siglos...

Dos días seguidos con un fuerte ataque de reuma en ambas piernas y obligado á salir á la calle, sin embargo. ¿Que cómo? Arrastrándome. ¡Yo que á menudo siento dolores en los costados, como si me quisieran brotar alas!

La preocupación fija de todo intelectual cuan-

do rinde sacrificio—¡divino sacrificio!—á Baco, consiste en dominar al potro salvaje, en manejarlo como á corcel de circo, en hacer ver que la voluntad y no el alcohol es quien dibuja el gesto y combina el alfabeto decisivo de la acción.

¡Vanidad de vanidades! No hay fuerza humana que iguale al poder expansivo de la pólvora, ni voluntad que no se disuelva—¡la mísera!—en el ácido de la uva fermentada.

Sin embargo, Dionisios es, con tanto imperio, creador, como Júpiter ó Apolo. ¿Las más bellas acciones de la vida no han surgido de un sueño, del sueño de Alguien?

Hoy mi situación de alma es la de un hombre que está en capilla para ser ejecutado al día siguiente: cumplen mañana plazos improrrogables de mi vida y no sé cómo darles cara. Yo me desangraría y me haría descuartizar y vendería mi carne á pedazos, si en ello viera medicina para mis males. Yo me desangraría y me haría descuartizar, sobre todo, por evitarme el oprobio, de hoy, como ayer, y mañana como hoy, tener que solicitar del azar lo que por fatalidades de mi sino el trabajo no ha querido concederme. Pero es baldía la protesta. Y como todos los desgraciados, rezaré preces á la Casualidad, á ver si me salva...

Nada, nada, *nihil*. He aumentado mi galería de bellacos, tan prieta, que tendré que prensarlos para poderlos contener en un circo, grande como una plaza de toros, con un nombre más, el de Fulano Cualquier Cosa, gran señor de la truhanería andante. Ese tal me había prometido, á

cuenta de trabajos futuros, ponerme hoy en condiciones de que gente mal avizorada no llegara á tomarme por un bergante, y á pesar de las seguridades que me había dado, su cara no cambió de color cuando hace un instante—y á hora ya en que toda acción me era imposible—me anunció «que no podía complacerme».

Irme, irme. Ya no sueño sino con eso. Irme á una tierra cualquiera donde la villanía no sea el estado social de todo el mundo, donde á lo menos las afirmaciones y las negaciones tengan el sentido filológico que todos los léxicos les prestan, donde el honor se asiente en las almas y no en los labios. Irme, huir de aquí, por dignidad, por estética, por instinto de conservación. Es que yo me noto aún, sano eternamente, en esta Sociedad de leprosos.

¡Qué hermosos días, qué espléndida primavera anticipada, y qué frío hace aquí, en mis entrañas!

Hoy cumple años la muerte de Verlaine, y pienso en él, en París, en aquel gran pedazo de mi vida que la eternidad tragó y que no volverá á resurgir sino en mis recuerdos.

Ciertos hechos coetáneos de su muerte los recuerdo como si fueran de ayer... Aquel día del mes de Enero, era llorón y triste, y desde la cama lo sentía yo transcurrir, ansiando su fenecer. De pronto, el dueño del hotel donde me hospedaba, un Mr. Robert, que había sido pródigo para la penuria y paciente para los arrebatos nerviosos de Verlaine, entró en mi cuarto sin anunciarse.

—Mme. Krantz me ha enviado aviso de que Verlaine está expirando. ¿Quiere usted acompañarme?

Mme. Krantz fué la postrera mujer íntima del poeta.

Ya había muerto Verlaine cuando llegamos á su último refugio mortal, al otro lado de la montaña Santa Genoveva, en la rue Descartes.

¡La infecta calle y el triste fin de aquel doloroso soberano!

Al besarlo en la frente, la noté tibia aún. Madame Krantz me confirmó, en efecto, que aquella caparazón inerte, aquellos despojos, habían sido todavía un hombre muy pocos momentos antes...

Mendés el divino, que llegó en aquella sazón, expresó maravillosamente lo que por mí se difundió, al tocar—¡Dios sabe con que piadosa emoción!—mis labios la frente aquella. Dijo...—«Un amigo se inclina y lo besa en la frente. Yo estrecho la mano del muerto, una mano pequeña, muy pálida, un poco encogida y tibia aún, *como si en ella quedara todavía amistad,..*»

La habitación estaba casi á obscuras. Alguien aviva la luz que arde sobre una cómoda, un pobre quinqué de bazar barato, que es la única nota viva de la estancia, con su pantalla roja de papel rizado.

Poco á poco, y á medida que van recibiendo la noticia, acuden los amigos ilustres ó desconocidos del glorioso muerto, Mallarmé, Coppée, Lepelletier, otros: Mallarmé, faunesco y sacerdotal, se mostraba inconsolable, no tanto, sin embargo, como Mendés, que no podía contener las lágrimas...

Montesquieu, Fésénzac, poeta y conde, lucía su

pena como un diplomático turco sus condecoraciones.

Mallarmé habló y dijo:

—Sí; Paul Verlaine fué un gran poeta. La poesía, que era rica hasta la erudición en la época en que Verlaine apareció, fué enriquecida por él y templada en el más melodioso manantial que haya jamás existido. Como se sigue el curso de un arroyuelo, así Verlaine siguió á su alma, un alma primitiva é ingénuo, arrojando lo inútil y lo excesivo del saber de nuestro tiempo. Sólo que, aunque admirablemente sencilla, su poesía hace á cada instante comprender—por un signo, por un rasgo, por un nada—que si quisiera, podría desenvolverse en toda su magnificencia orquestal.—Lo amaba también, á pesar de nuestras diferencias. Cuantas veces he ido á visitarlo en las distintas estaciones de su calvario físico, nuestros paseos á través de los jardines dolientes se animaban con sus tiradas de frases, sus exclusivos monólogos. Era, en efecto, un admirable soliloquista, siempre dispuesto á hacer su *odelette*, pero sin la afectuosa intención de establecer corriente con su interlocutor. Nunca he sentido cerca de él el contacto anímico. Lo amaba, sin embargo. A menudo me inducía á establecer ciertas comparaciones entre él y el exquisito Villiers. En cuanto á admirarlo, siempre lo he hecho sin ninguna suerte de reservas...

Y como Mallarmé, todos, en ardientes frases de consagración que se estamparon al día siguiente en los periódicos. Aquel hombre yacente fué grande, con la doble grandeza del genio y del dolor. ¡Oh, el triste!

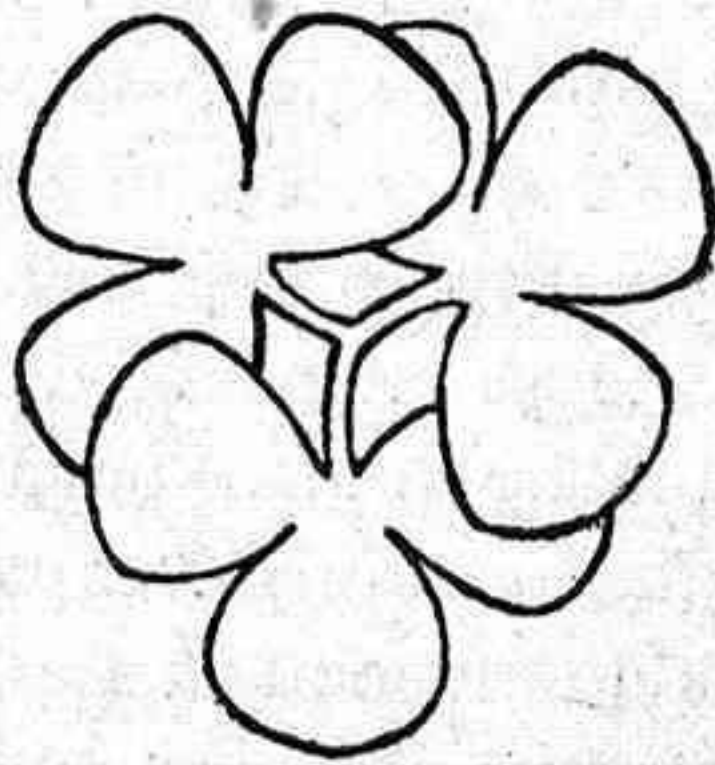
Me place evocar su recuerdo en este día verle-

niano en que sólo me siento acompañado por el dolor...

6 de Febrero.

¡Este pobre dietario! ¡Cuántos días sin manchar de negro una sola página! Durante ellos ¡qué sé yo! Ha llovido fuego del cielo sobre mi cabeza, he empeñado mis muebles para que no me expulsen de la casa, he sufrido hambre de pan y sed de justicia, me he sentido positivamente morir, sin acabar de fenecer nunca...

Ya no pido sino sueño. Quiero dormir.
Dormir.





❖ ❖ MAURICIO LOPEZ-
ROBERTS ❖ EL PORVE-
NIR DE PACO TUDELA ❖

VIII

DESESPERACIÓN, TRISTEZA, MELANCOLÍA

MUCHAS tardes de otoño vieron á Paco en la Moncloa. Creyendo reconquistar su dicha perdida, el joven acudió al desierto parque, esperando hallar allí á Castita, por cuya casa no se atrevía á volver. Pero fué en vano. Las plazoletas estaban desiertas, las tristes calles extendían sus filas de árboles en líneas monótonas de troncos escuetos y áridos. En las fuentes lloraban ténues hilillos de agua que fluían murmurantes, royendo poco á poco las máscaras risueñas de los faunos, enverdecidos por los líquenes. El paisaje era el mismo, las hojas se desprendían sobre el cielo enrojecido, graznaban ásperos los cuervos, pero la dulce figura de Castita faltaba.

Aquellas paseatas melancólicas rendían el espíritu y el cuerpo de Paco, quien de vuelta á su casa hundíase en el

silencio, sin contestar apenas á doña Irene. Sobrado lista era la señora para no comprender cuanto aquel mutismo significaba, y no necesitó que nadie le dijese nada. El cambio de vida de Paco, sus murrias, su abatimiento, el no salir de noche, mil y mil detalles, bastaban para que doña Irene se juzgara victoriosa. A fuer de consumada política disimuló su triunfo, y sin decir palabra ni expresar alegría, siguió solapadamente su campaña.

Dejando al tiempo el cuidado de cicatrizar las heridas de Paco, extremó la viuda, los mimos y halagos de que rodeaba á su hijo, quien disfrutó, sin apenas notarlo al principio, de refinadísimas comodidades. En la mesa aparecieron muy á menudo los manjares que más agradaban al enamorado, todos los bártulos de su cuarto estaban ordenadísimos, la cama parecía hecha por ángeles del cielo, de tal manera mullíanse sus colchones, se entibiaban y perfumaban sus almohadas y sus sábanas.

Tudela se dejaba querer sin que su alma reparase en tales menudencias, indignas de su profundo dolor. Pero el cuerpo las agradecía mucho, aprovechándolas y gozándose con ellas. La impresión de bienestar material aumentaba todos los días, y uno llegó en el que el espíritu de Paco cayó en la cuenta.

Ello acaeció en el anochecer de un día de lluvia, frío y desapacible. Atormentado por sus recuerdos, Paco recorrió aquella tarde la Moncloa y volvió á su casa hecho una sopa, lleno de barro de pies á cabeza. Se mudó de traje, trocó las botas empapadas por calientes zapatillas y entró en el comedor. Una atmósfera tibia le envolvió, y cuando se sentó en el butacón, donde su cuerpo aspeado descansaba con deleite, encontróse tan bien, tan al abrigo del frío, del ruido y de la lluvia, que no pudo menos de suspirar, entregándose al abrazo del cómodo mueble.

Llovió también al día siguiente, y al otro, y al otro, y Paco no abandonó el comedor. Oyendo el chascar de las gotas en los cristales, pensaba en la soledad de los bosquetes desnudos, en el lagrimeo lento de las fuentes

rotas, en el abandono de las pobres estatuas mutiladas. Algún remordimiento experimentaba al pensar que aquellas tardes quedaríase la Moncloa sin su visita. «Todo estará desierto», pensaba su espíritu, gozando del romanticismo tristón de aquellos recuerdos, desde un retiro abrigado.

Tales ocios soñadores convenían tanto á su alma apática, que en ellos encontró Tudela alivio á sus murrias. El visitar á Castita, el tener que acompañarla, toda la sujeción blanda del noviazgo, habían desaparecido con la ruptura, y Paco, pensando en los tiempos que fueron, espantábase de que él, tan metido en sí, tan diferente de lo vulgar, hubiese arrastrado cadena tan odiosa. Amaba á la niña de Muchamiel, la quería con toda su alma, pero ahora que la magia dulce de su figurilla faltaba, abominaba de las mil sujeciones que el amor le trajo.

El tiempo reconcentró el dolor de Paco, y sin dejar de ser fuerte, no fué tan absoluto como antes, dejando sitio para otras preocupaciones y cariños. El primero que entró en el alma del joven fué el de su madre.

El afecto filial hizo que Tudela reconociese la verdad de las razones de doña Irene, aquellas palabras que tanto quebrantaron su voluntad la tarde de la entrevista. Pero por muy razonables que fuesen los argumentos de doña Irene, no compensaban la pérdida de Castita, tan buena y amante.

Y Paco pretendía luchar. ¿Cómo era posible que no existiera algún medio, alguna componenda para compaginar su porvenir y su amor? La voz de la viuda sonaba otra vez, repetíanse consejos, y cayendo sobre el alma del joven como losas pesadas, le abrumaban y entristecían, produciéndole la impresión desoladora de lo irremediable.

En efecto, aquellos amores rotos parecían no tener arreglo posible. Las semanas pasaban y cada día separaba más á los novios. Castita callaba; las cartas que Paco le dirigió quedaron sin respuesta. Aquel mutismo enfurecía á veces á Tudela, y entonces pensaba que Castita no le quiso nunca, que se burló de él, que amaba á otro.

Cuando le acometía uno de estos accesos de furor, huían por algún tiempo los sueños melancólicos, las agridulces remembranzas de su pasión vencida, pero en el alma de Paco no perduraba mucho la furia, y pronto volvían á apoderarse de ella las soñadoras tristezas, los esfumados dolores, tan agradables al muchacho por su imprecisión y vaguedad.

Mientras, doña Irene seguía su táctica. Tras los primeros halagos, llegaron otros en forma de amplia libertad, dinero abundante, sonrisa y aprobación perpetuas. Cuanto Paco hacía, estaba bien hecho, cuanto decía, era digno de ser admirado. La conversación versaba, casi siempre, sobre las prendas del joven, y la alcarreña, con delicadeza y arte admirables, aludía discretamente al porvenir que esperaba á Tudela, haciendo vibrar, con sus augurios, la cuerda de la vanidad, sentimiento que mueve en el alma otros muchos. La charla de la tribu Broquel regocijaba el comedor, cuyos ecos repercutían alegres las carcajadas de las catalanitas, que gorjeaban aturdidas como pájaros nuevos. Poco á poco revivía la casa antes triste, y el mismo Paco sentía: e más animado.

Con la calma recuperada llegó también para el joven un ansia de expansión y de movimiento que le hizo dejar aquella atmósfera apacible y dolorosa donde vivía. Como abandonó los jardines melancólicos de la Moncloa, se alejó del cuarto tranquilo y silencioso en donde su desgracia le emperezaba, emprendiendo largas caminatas por parajes distintos de los que le vieron vencido por Castita.

Los barrios nuevos que se forman por el Este de Madrid, las llanuras yermas y polvorientas del Pacífico, de las Ventas, tan distintas de la extensión verde y quebrada de la Moncloa y el Pardo, recibieron la visita de Tudela. Por allí discurría sin temor á recuerdos enojosos. En aquellos parajes, que son medio aldea, medio capital, la vista del enamorado no tropezaba con ningún detalle evocador de la niña de Muchamiel. Castita no aparecía por allí; su imagen quedóse bajo los árboles lejanos del

jardín melancólico, ahuyentada, sin duda, por el bullicio de las gentes que bailaban en los merenderos al bullanguero estrépito de los organillos.

Las puertas abiertas de los figones y los intersticios de las vallas dejaban ver grupos animados que comían sobre tosquísimas mesas de pino, perdidas en la semiobscuridad de la tienda ó empotradas en el suelo polvoroso de los míseros jardinillos, bajo el mústio toldo de alguna parra. Sobre los tableros, hondos platos chorreaban salsa y pringue por sus bordes gruesos, y en la oquedad de la arcilla se amontonaban negruzcas aceitunas, pálidas rodajas de escabeche, ó cuajábase la espesa y rojiza salsa de un guiso de callos; los vasos llenos de vino, amorataban la madera apenas desbastada de las mesas, y en un extremo, abríase un enorme melón, que dejaba escapar de sus entrañas apelmazada madeja de áureas pepitas. Sonaba una voz de mujer cantando amores, cantando penas, la madre muerta, el amante preso, y el angustiado y triste canto se coreaba con seco palmoteo, gritería alegre, olés, vivas, que restallaban al concluir la copla, revolviendo y mezclando el dolor pasado ó futuro con el júbilo presente.

El contento popular, tan comunicativo y contagioso, hacía sonreír á Paco. Aquellos seres, pensaba, eran felices, y comparando su pena con aquella alegría, veíala elevada y refinadísima. Experimentaba una extraña impresión de dolor, mezcla de pena y de goce, y la amargura real producida por su ruptura con Castita endulzabase con una melancolía romántica que lisonjeaba su amor propio, y le hacía ver su sufrimiento como muy distinto y por encima de los de las demás gentes. Según Paco, los dolores vulgares se consolaban con cantos y meriendas, sólo las almas escogidas penaban en silencio, sin comunicar sus pesares al mundo.

Un anochecer, fatigado Tudela de pisar eriales, se metió en el Retiro y llegó al paseo de coches. Los carruajes huían rápidos hacia Madrid, estrellando la obscuridad naciente con el brillar de sus faroles. Siguiendo aquella

fuga, Paco tomó por la calle de árboles que bordea la calzada, en dirección á la puerta. Al lado del joven pasaban paseantes andando á prisa, sombras confusas apenas entrevistas, que se perdían en la noche, alejándose al taconear de sus pasos. El enamorado caminaba más lento, absorto en la remembranza de sus desdichados amores, cuyos recuerdos, abandonando filosofías romancescas, se impregnaban ahora de tristeza. La soledad en que poco á poco quedaba el parque, el misterio que envolvía los prados dormidos y las mudas enramadas, despertaron el alma del joven, ahuyentando su soñolienta conformidad.

Aquella impresión de silencio y de abandono devolvió á la pena de Paco su pasada fiereza y la hizo erguirse terrible y atormentadora como en los primeros días. Al empuje de aquel pesar renaciente huyeron las componendas resignadas, se disiparon las acomodaticias filosofías, todo desapareció, y quedando solos el dolor y la pasión, reconquistaron aquel alma y la hicieron suya. El ímpetu salvaje del amor sopló cual huracán sobre paja sobre los halagos de dona Irene, sobre las quejas románticas, sobre todo el artificio con que quisieron adornar su cadáver, y aquella sacudida titánica originada por la evocación de otros crepúsculos parecidos á aquel, hizo por un instante de Paco un hombre enérgico.

Su voluntad vigorizada le impulsó á casa de Castita. Apretó el paso. Se veía hablando con la niña, convenciéndola, imponiéndola á doña Irene. Su imaginación agigantaba los posibles acontecimientos y, extraviándose, le sugería ideas de violencia, de raptó, casi de asesinato.

A impulso de aquella resurrección, Tudela andaba de prisa, sin ver ni reparar por dónde iba, fija su mente en un solo pensamiento, cuando sonaron pasos presurosos detrás de él y una voz gritó:—¡Caray, chico, qué modo de correr! Hace media hora que vengo detrás de tí sin poderte alcanzar. Para, para, ó reviento.

Era Félix Torresano. Paco, deteniéndose, le contestó:

—Pero, hombre... ¡Cuánto me alegro! ¿Dónde te metes? Hace un siglo que no te veo.—Mientras decía esto con

voz tranquila, su espíritu experimentaba la sensación de un choque, y ante aquél grano de arena se detuvo el impulso de su energía momentánea.

El otro respondió:

—¡Qué desahogo! ¡A ti es á quien hay que preguntar dónde te metes! ¿Qué has hecho desde que no te veo? Pregunté á López Honesto, á Braulio, á todos los amigos, y nadie me ha dado razón. Por el Ateneo no vas, hoy es el primer día que te he visto en el Retiro. ¿Qué demonstres te pasa?

Por un instante pensó Tudela en confiarse á su amigo; pero un sentimiento de vergüenza ató su lengua y, aprovechando la primera idea que le pasó por la cabeza, dijo:

—Pues... te diré... he estado... ya sabes que... ¿No te acuerdas de aquel drama? Sí, hombre... *La Sierpe*. Me parece haberte hablado de él y aun haberte leído algunas escenas... Pues eso, eso me ocupa. Tengo hecho el plan, dos actos casi escritos...—Y concluyó con modesta confusión:—Pero, no sé, Felix, no sé qué tal estará. Dudo, temo...

Torresano recordaba el drama. ¡Ah!, sí, sí, *La Sierpe*. Obra moderna, adulterio; perfectamente... Una parienta pobre recogida por un alma generosa.

—Eso precisamente. Carmen ampara á Ernestina, y ésta le roba luego él...

—No me digas más—interrumpió Félix.—Es una obra tendenciosa, influída por el teatro dinamarqués, algo simbólica.

Simbólica, precisamente, no podía decirse que fuese; por lo demás, Torresano tenía buena memoria. Obra moderna, con tesis, tendencia, adulterio y suicidio.

—Perdona, Paco, pero me parece...—dijo el otro.—A ver, explícame, cuenta.

Tudela narró el drama lenta y minuciosamente, asombrándose él mismo de la calma que reinaba en su espíritu, de donde había huído el huracán de marras. Y engolfándose en aclaraciones, respondía á las preguntas de

su amigo, recitando parlamentos, retratando caracteres, mientras las manos esbozaban gestos y actitudes.

Cuando terminó, Félix le dió un abrazo apretadísimo.

—¡Magnífico, sorprendente, colosal! ¡Eres un hombre! ¡Pero qué bien, chico, pero qué bien! ¡Y te estás así con esa calma, sin terminar esa obra maestra! Paco, eres un zulú.

El melancólico pretextó sus quehaceres, sus asuntos...

—¡Qué asuntos ni qué calabazas! Es preciso concluir *eso*. ¿Lo oyes? Y en cuanto esté, se lo llevamos á mi amigo el empresario del Artístico, que quiere representar obras de *jóvenes*.

—¡Oh, no por Dios! No, no.

Era demasiado pronto... Paco no se atrevía aún á lanzarse al teatro.

—Hijo, tú no te conoces. Eres un apocado y un pisa hormigas. Con ese carácter y esa timidez de modista sensible, no saldrás nunca adelante. Pero yo me encargo. Yo te empujaré, te empujaremos todos, y quieras que no... ¿No te anima la idea de un éxito?

—Animarme... ya lo creo. Qué más quisiera yo. Pero eso es muy difícil. Tú eres un atolondrado, te figuras que todo se arregla en seguida, y mira, por muy llano que sea el camino, es preciso andarlo.

—¡Pues se anda, qué caramba! Si no andas ahora, ¿cuándo lo vas á hacer? A más, las condiciones presentes son favorabilísimas. Méndez Arbueso, el empresario del Artístico, quiere estrenar mucho, pues conoce al público y sabe que va adonde le dan obras nuevas, reputaciones vírgenes, carne fresca de autor novel. Como hasta ahora ninguna de las obras estrenadas se han sostenido en el cartel, á pesar de estar escritas por nuestros mejores literatos, el hombre quiere probar fortuna. Prepara una comedia regional, un drama socialista, un disparate cómico en cuatro actos... qué se yo; la mar, Tu obra es fácil de poner en escena, tiene pocos personajes. El papel de Carmen le va como anillo al dedo á la Olmo, y el de Alberto á Espejer. La Barceló estará muy bien en el de Ernesti-

na, y Morales será un D. Pío perfecto... Ves, ya está hecho el reparto. Concluye *La Sierpe*, púlela, eso es cuestión de días, en seguida te presento á Arbueso, y dentro de un mes ó mes y medio te aplaudimos como autor dramático. ¿Estás conforme? ¿Qué dices, sí ó no?

Y como en su espíritu mandaban todos menos él, Tudela dijo que sí.





GLOSARIO DEL MES

Los viejos libros, allá, en los puestos de las ferias, hacen pensar en la brevedad de las humanas ilusiones y en lo inútil de nuestros afanes. El tiempo es cruel; su paso deja una huella en todo; se marchitan las flores; las mejillas de vuestra amada marchítanse también, y los bellos libros en que depositásteis las emociones, los anhelos y las ansias de vuestra vida, los pequeños cuadernos de versos, que fueron suspiros, y los grandes infolios minuciosamente escritos, recientemente escritos, llenos de saber, de erudición laboriosa, yacen en esos puestos de los que acaso no haya mano que los redima.

Algunos me eran conocidos; los miré con tristeza y los he saludado espiritualmente; algunos me habían prestado agradable compañía; otros me habían sugerido múltiples ideas; otros me renovaron dulces sensaciones; los había de esos cuya lectura deja mala impresión, ó no deja impresión alguna, libros insustanciales y baldíos... Levántase de una rápida ojeada por la exposición de viejos libros

una polvareda de recuerdos... Son antiguos conocidos que me acompañaron en horas de tedio, en esas largas horas de tedio, monótonas y lentas.

Acuden los bibliófilos á las ferias en busca de libros curiosos ó de raras ediciones. Revuelven, husmean, compulsan; miran con recelo á los demás compradores, van en pos de una voluptuosidad nueva, á gozar delicias inefables; repasan, rápidos, las hojas, miran las datas; leen, cuidadosos, el pie de imprenta; cuando se van con el libro deseado, deben de sentir que llevan consigo un «poco» de ideal, y como si de las amarillentas páginas surgiesen ténues efluvios espirituales...

Libros de literatura, viejos libros místicos en que se narran éxtasis y milagros, ó aventuras de hidalgos cortes y damas melindrosas; la *Divina Comedia*, al lado de las comedias de Eguílaz; un libro de cocina junto á la colección de la entretenida revista *L'ami du Clergé*.

He ahí el triste porvenir de las producciones de esos hombres que escriben afanosos, incesantes, libro tras libro, sin darse un punto de reposo; allá van en tumulto, ostentando muchos de ellos en la primera página una *expresiva* dedicatoria...

Y los sueños de gloria se desvanecen y se piensa con melancolía en lo efímero de nuestras vanidades...

COMO el otoño está pintado con ténues tonalidades—gris, rosa, amarillo, violeta,—yo hago siempre muchos versos para el otoño: paisajes de lluvia y de tristeza, rimas de sombra y de sueños, preludios de ruiseñor y trovas de rosas muertas.

Cuando viene el otoño, yo siento en mi alma un rejuvenecimiento de primavera.

ESTOY leyendo á D'Annuncio en un camerino tibio donde me he procurado una luz bastante pálida; claridad sin brillo. Del libro se desprende un aroma evocador de jardines cuasi marchitos, y la imaginación se recoge como para una plegaria que no se dice. El libro me

X

copiada

O

habla *sotto voce* de un pasado no muy lejano. Y es más fuerte el aroma, siempre delicado. Surge un parque en la tarde. La tierra está muy blanca; entre los arrayanes oscuros hay un secreto, una misteriosa incubación de sombras. Es el trabajo del jardín. Es el silencio de la noche que nace. ¡Morir un poco!... Vago deseo de algo que no está aquí. Dulce tormento de las almas sensitivas. Meditación que empieza sobre algo, y no sabemos dónde termina. Momento en que el ánimo se ha ido para volver, sin decirnos de dónde viene... Una cara muy blanca y unos ojos muy tristes que miran sin ver. Tristeza de todo y de nada. Hora del alma. Ha sonado una nota lamentosa demasiado melíflua. Vuelvo á recogerme á una tristeza positiva, á un recuerdo determinado. Pero no lo consigo, ahora mi corazón está vacío. No siento nada, y sin embargo una ternura y una amargura infinitas me invaden, me envuelven... Pero como si no fueran mías, como si estuvieran en el aire del jardín, en el aroma de este libro tranquilo y melancólico.

Ahora no es la flauta melíflua, sino el cuerno de caza agrio y melodiosamente salvaje. La tierra polvorienta, cálida, recién abandonada por el sol que traspone la loma... La cigarra calla, y los bosques empiezan á despertar y el agua á escucharse. El paisaje ha cambiado. El campo desnudo, grande, verde y rojo. Es la tierra con sus viejos valles, sus llanuras, sus montañas admirables, el campo, el campo de cosecha y de batalla que jardinea Dios, riega el cielo, alumbran las estrellas y barre el huracán. La solana y la umbría, una blanca, harta de luz, sedienta, la otra, húmeda, negra, misteriosa; pero grandes, incultas, tendidas hacia el sol y la providencia.

Estoy leyendo á saltos, brillantes páginas de Hugo el noble, el fuerte. Su verso magnífico me da calor como el sol, y su ternura viene á refrescarme como aura de la noche...

No puedo, no puedo, mi alma inquieta de los secretillos viejos y de misterios no muy pavorosos, amables penum-

bras busca. Vuelvo á descansar en los bancos de mármol, á recorrer despacio la avenida de acacias, con su suelo blanco, pisado muchas veces por los hombres y las mujeres.

ESTA tarde, al volver de las calles bulliciosas, encuentro sobre mi mesa flores nuevas—rosas, heliotropos, nardos,—y cartas de letra conocida y amada. La primera que abro viene llena de versos, muchos versos floridos, fragantes, penumbrosos de ensueño y de nostalgia, versos de poeta, en fin. Y la carta dice así:

«Querido—aquí mi nombre propio—:

Ahí le dejo esos versos. No estoy del todo descontento de ellos, porque me parecen tan disparatados como sinceros. Yo procuro calcar la línea de mi sentimiento y no me asusto de que salga en el papel una figureja extraña y deforme, *porque eso soy yo*. Tiempo tendremos de escribir para el alma ómnibus de los profesores y de la chusma, y entonces nos llamarán sinceros, y seremos pulidos, retóricos y hasta castizos.

Suyo, suyísimo,

Fulano de Tal.»

Los versos son maravillosos; yo me complazco en decir que son maravillosos. Este gran poeta hermano mío, dice las cosas de su alma con una galanura de parques de primavera. Y yo sonrío y gozo todo el ensueño de la tarde, entre estos versos, estas flores y esta pena tranquila de mi corazón.

Mañana iré á ver á mi amigo. Y en algún jardín nos contaremos nuestras melodías. El jardín tendrá sol poniente, y nosotros tendremos el alma llena de estrellas. Y entre sol poniente y estrellas, hablaremos con ternura de nuestro libro...

HE aquí que dos profesores búlgaros salen de su país y caminan por tierras que ellos juzgan hermanas, en busca de auxilio. ¡Pobres sabios, caballeros andantes

de una patria que es malaventurada! Dicen que Miletich es filólogo y Georgof filósofo: uno y otro creen sin duda en el sentido de las bellas palabras y en la realidad de los nobles sentimientos. Pero Europa es vieja y se ha olvidado ya de muchas cosas; de los sentimientos, conserva las palabras, y de las palabras el sonido; gusta de rimar versos á la misericordia y sabe escribir prosas que hablan de la justicia; pero tiene el corazón duro y la inteligencia llena de niebla: es vieja, ¿para qué le pedís entusiasmos? Harto hace con obstinarse en vivir y con mirar su historia—rostro arrugado y amarillo—en el espejo de sus recuerdos. Sabios peregrinos, volved á vuestra tierra y no contéis la historia de vuestra peregrinación; que á los que saben cómo se sufre, parecerles ha extraño que haya quien olvidó como se compadece.

LA infanta Paz ha mandado unos versos—unas coplas de ciego—al alcalde de Zaragoza, con motivo del viaje del rey á la ciudad muy noble, muy heroica, muy invicta, etc., etc., y de la visita del rey á la Virgen del Pilar. Y en *El Imparcial*, D. Mariano de Cavia ha dedicado á los versos de la infanta Paz unos elogios bastante sinceros, bajo el título de *Españolería andante*. Estos aragoneses son atroces.

Y al día siguiente, ó el mismo día—tales cosas se suelen olvidar,—otro periódico ha publicado más coplas de ciego Sr. Celorrio, ó cosa parecida, con el mismo motivo poco más ó menos. Entre éstos y aquellos cantares había para llenar una columna, y entre todos—más lo del señor Cavia—había para llenar de oprobio á este pobre pueblo español, tan flamante de santos, de infantas y de cople-ros destemplados.

LA capilla está en silencio; en la nave oscura parpadean breves luminarias; el altar mayor resplandece en una fiesta de áurea luz, que se advierte, radiante, á través de sutil nébula de incienso. A la derecha del altar, sobre una pequeña credencia, la imagen descarna-

da, de rostro pálido y barbas luengas, ojos hundidos en amoratado cerco.

Esta imagen representa al seráfico hermano San Francisco de Asís. Es una mala interpretación de la noble y bella figura: ese rostro pálido no tiene el vivo destello de alegría que iluminaba su rostro. El buen San Francisco, el tierno amador de las bellas criaturas, vivía alegremente, con la alegría del que ha puesto su alma á la par del alma humilde y escondida de las cosas.

Del púlpito desciende, suave, la voz del orador: dulce, musical, voz que dice prodigios y taumaturgias. Esta voz, vibradora de emoción, se encarna, en viejos, obsoletos vocablos, que se enlazan en ritmos ondulantes. Y es la gracia primitiva é ingénuo de la *Leyenda áurea*, del amable Jacobo de Voragine; y es el ténue aroma de las humildes *Fioretti*, aroma de flor marchita, que viene en efluvios de lejanos tiempos; y es la luz de oro de los pinceles de Fray Angélico de Fiésole, y la luz de cielo, de los poemas de Giotto.

Por las puertas del templo entra el confuso rumor del hablar gentil de los alegres pájaros. Y el buen hermano que dice su panegírico, recordará las palabras del fundador—según Tomás de Celano:

—«Queridos hermanos, ahora me toca á mí: escuchad las palabras del Señor, y callaos hasta que el sermón se haya terminado.»

X CARTA de Rubén Darío.—Hoy ha sido un buen día; Por la mañana me han traído tres libros nuevos—luego he salido á ver el cielo de la tarde, y en una librería he podido comprar otro libro; y al volver, por la noche, he encontrado sobre mi mesa más libros nuevos. Los he abierto todos con mucho cariño, después de lavarme y perfumarme bién las manos.—Decía que he tenido carta de Rubén Darío. El admirable poeta de Nicaragua me dice, entre mucha belleza: «Voy á pasar el invierno á Andalucía, á Málaga. Ya le avisaré cuando parta.»

Y he gozado con el pensamiento de poder apretar mi corazón contra su corazón.

POBRE Eugenia de Fougère! El caballero de la Muerte se enamoró de tus floridas piernas, y te ha matado en la sombra del otoño. El viento negro te llevó como una hoja seca. ¡Qué obscuro será el paisaje que se ha quedado dentro de tus ojos!

Para tu sepulcro:

Sus rosas frescas cayeron
en otoño; las quimeras
negras de su vida, fueran
un luto de primaveras.

Por sus piernas que trenzaron
tantas danzas, nuevas rosas;
por sus ojos que clavaron
tantos dardos, mariposas.

Por lo negro de sus ojos,
por lo blanco de sus piernas,
pidamos a Dios de hinojos
que a sus piernas y a sus ojos
dé las caricias eternas.

Quien guste más de labios que de ojos, puede hacer esta variación de color:

...por sus labios que besaron
tantos labios, mariposas

Por lo rojo de sus labios,
por lo blanco de sus piernas,
ofrendemos desagravios
al que a sus piernas y labios
puede dar flores eternas.

EN el jardín que veo desde mi balcón, cuida las flores un viejo jardinero. Tiene una lengua barba blanca. Y en la mañana llena de sol—un sol tibio sobre la humedad del suelo—el viejo jardinero anda entre sus flores. Su barba blanca es dulce entre las rosas rosas de otoño que van a deshojarse. Triste idilio de fragancia y de blancor. ¡Y qué ternura tiene el pobre viejo para las pobres rosas!

HELIOS

LA VIDA LITERARIA

UN PASEO Y UN LIBRO

ACABO de dejar á mi hermano y á un amigo que es también mi hermano intelectual.

Veníamos charlando arte y literatura y criticábamos á un viejo crítico, el más viejo de todos.

Al embocar en Recoletos, desde la Cibeles, señalando á la carrera de la derecha, dijo el amigo:

—Por allí hace sol.

—Y por aquí *hace* gente—observó mi hermano. Seguimos, sin embargo, la acera de la izquierda, no muy animada todavía. Las cinco de la tarde, y luego en Colón cruzamos á la derecha. No habíamos evitado la gente ni íbamos á ahorrarnos el sol, por lo visto. Para el caso que nosotros lo hacíamos...

Al despedirnos para mañana, mi amigo me dejó uno, de dos libros que había comprado, *Antonio Azorín*, de Martínez Ruíz. La obra de un joven sesudo, de aspecto misántropo, nada misántropo él. Un libro tibio, callado, un tanto seco, con descripciones de tierra pobre de Castilla y de almas serias, un tanto inquietas, sobre todo la del protagonista Azorín, José Martínez Ruíz. Libro bien escrito, sin adjetivos ni desvaríos de imaginación, muy cerca del verdadero saber de arte. Las descripciones de campo, sin embargo, me parecieron sobradas de verbos. Las plantas, montes y ríos de su paisaje manchego *hacen* demasiadas cosas y eso no me gusta. Pero á rasgos también está bien dada la sensación de quietud, que pacifica mi alma de verdad, como cumple á un buen paisaje grisote y tranquilo de los que él cultiva, siente y habita durante muchas temporadas del año.

Todo esto vi abriendo el libro, con una tarjeta que



saqué de la cartera cuando emprendí solo el camino del sitio adonde pensaba ir desde esta mañana...

Pero la posesión del libro, la tranquila y buena curiosidad que me inspiraba y la calma del día que se iba, me pusieron tan bien con mi soledad ambulante, que decidí no ir á ver más gente y emprender la vuelta á mi casa por caminos poco frecuentados y largos, para tardar mucho y gozarme toda aquella tarde pacífica y mi buen libro hasta donde pudiera.

Y como el que deja la brida suelta á la cabalgadura, nada inquieto del paso ni de la ruta, me dejé ir por una de las transversales de la Castellana que van á la calle de Almagro, y con un vago designio de pasar luego por el paseo del Obelisco ó del Cisne, antiguos barrios míos...

El libro iba alimentando en mí la tranquila disposición de contemplar. Desinteresadamente y sin gran curiosidad.

De cuando en cuando, al terminar un capítulo, reconocía los sitios por donde iba pasando y saludábalos según se me presentaban. Otras veces, abstraído en las elucubraciones del buen Azorín, pasaba sin ver, y sólo el olor me daba la sensación de cambio de lugar; las calles huelen de modo diferente, aunque mal casi todas. Paseaba lee que te lee sin mirar alrededor, como caminante acostumbrado ó indiferente.

El ansia de paz y de vistas inofensivas y algo sosas que padece Antonio Azorín en sus cartas á Pepita, se me comunica dulcemente—á mí sin angustia—y no dejo de saborear lo solitario y tranquilo de mi itinerario, bien iluminado y no muy caluroso, gracias á la próxima puesta del sol de hoy.

Ahora son las calles de Orfila, Zurbano, Doña Blanca de Navarra, Monte Esquinza, todas iguales, todas solitarias y tranquilas, con ese aspecto recogido de las barriadas ricas. Alguno que otro cochero, en traje de faena, limpia unos arreos, prepara un coche. Aquel tiene puesta ya la corbata blanca, y el estirado cuello y el sombrero de copa, mientras en mangas de camisa da la

última mano á los metales de un collarón... Por lo demás ni un alma, las ventanas cerradas. Las puertas cocheras, color sepia ó siena, festoneadas algunas por hiedras ó parras, se abren como un bostezo en el fondo de los patios, cuyo suelo de granito está siempre lleno de agua...

Algunos hoteles rodeados de jardín, un jardín pobre, avergonzado de verse así en mitad de la calle; otros jardines, muy pocos, á la andaluza, están dentro de las casas como un amable secreto y se columbran por tal cual ventanilla entreabierta.

En la calle, nadie. Ante un gran portalón un coche parado.

Vuelvo mis ojos al libro y Azorín sigue presentándome el alma turbia y resignada de las llanuras manchegas. La costumbre de la muerte. La conformidad de la inopia. Y pasan páginas sórdidas con viejas y viejos labriegos pobres y menguados. Un cuadro ancho de paisaje con muy pocas figuras, como conviene al asunto, que es la soledad y la tristeza de la meseta.

La figura animada de Pepita, con ojos prometedores y labios rojos, es lo único que vive en el cuadro parduzco en que se mueve Azorín.

A mí tampoco me llama la atención nada de cuanto me rodea. El libro y el Madrid que recorro son de una calma absoluta, y cuando llego á la amarga protesta de Verdú contra la vida parda y sórdida á que está condenado, cuando llego á sus ansias de juventud eterna y sus angustias por el espíritu que se le va, me quedo algo asombrado y separo la vista del libro para dejarla caer sobre el paisaje.

Ahora he llegado á la esquina del paseo del Cisne, que ocupa inmenso taller de cantería. Los gruesos bloques de caliza y granito ya algo regularizados, tendidos en el suelo, llegan á la cintura de los hombres que los labran con grandes cinceles y martillos de hierro. La postura de estos obreros, es quizás la más antigua *pose* de los hombres. La del primitivo trabajador megalítico. El taller es un inmenso campo estéril cubierto de arena de

silice y lascas de caliza y rodeado de una pequeña muralla ciclópea.

Al fin la presencia de un hotel de muy mal gusto en forma de castillo medio eval, que á mí me gustaba mucho hace quince años, me advierte que he llegado al paseo del Obelisco. Los arbolillos me han acompañado en dos hileras á derecha é izquierda durante casi todo el camino, y están aquí también, como invitándome á seguir entre ellos, con un engaño de sombra á lo largo del antiguo paseo tan conocido mío.

Continúa todavía el buen aspecto de estos arrabales, pero ya estoy casi fuera de la población. No hay que pensar en trenes de circunvalación y ferrocarriles de cintura. Hay, sin embargo, un viejo tranvía polvoriento que pasa cada hora. Lo acaban de establecer y parece ya una institución antiquísima. Es virtud de la tierra. Leo Azorín. Se enfrasca en disquisiciones sobre agricultura, industria y clericalismo. Mis ojos columbran también aquí dos ó tres chimeneas de fábricas y las muestras de algunas industrias extranjeras. Y por todos lados conventos, oratorios con sus iglesias y capillas. Uno de frailes, otro de adoratrices, que es muy aristocrático, el de San Fermín, las Reparadoras, el oratorio de...

Un acontecimiento en mi paseo. El hotel de La Institución Libre de Enseñanza donde yo me eduqué. La vieja casa tiene también su gran jardín interior; pero este jardín no es como los otros un secreto para mí. Es un viejo amigo. Yo lo he corrido mil veces, lo he cultivado, cavado, podado... ¡Oh días benditos! ¡Oh casa bendita por la presencia del santo Giner de los Ríos, el maestro adorable y adorado!..

La vieja plancha de metal sobre la ancha puerta verde con su letrero, ha despertado en mí el mundo de hace quince años y al saludarle, casi llorando de cariño, he visto el timbre que tocábamos para entrar, alzándonos sobre las puntas de los pies. Ahora está ya mucho más bajo... Es decir, yo no tendría que empinarme para alcanzarlo.

Otro convento, y desemboco en la Glorieta de la Iglesia. Chamberí. Otra cosa. El barrio populoso y obrero. Los árboles ya no están contentos aquí. Las calles se pueblan de gentes pálidas y sucias. Pero hay gente, tiendas, industrias. Se acabaron los hoteles, ahora son grandes casas de muchos pisos, grupos á la puerta, tranvías, carros, algún coche.

El día se vá acabando, y leo apresuradamente el final de mi libro encantado con Sarrió, que come bien, es generoso y no se preocupa de nada.

Olores acres me advierten el cambio de lugar. Una frutería, una tienda de ultramarinos, tabernas, estancos...

A la puerta de una tienda retozan unos aprendices que han dado ya de mano. Al verme tan ensimismado en la lectura, empiezan á sisear con objeto de reirse á mi costa si vuelvo la cabeza.

Pero yo he terminado ya, cierro mi libro, lo guardo, recompongo mi aire de transeunte vulgar, y ya con el paso de el que va á algún sitio, cruzo á la calle de Fuen-carral y me meto en casa.

Mi madre está encantada con la florescencia de un jazminero que ella tiene en el balcón, un milagro, una cosa inverosímil, jazmines aquí, en Madrid.

Pero yo vengo dispuesto á no saber de nada, sino escribir algo sobre el libro que me ha acompañado á paseo. Y escribo mucho y lo rompo, y por fin, encarándome con Azorín, le digo:

Tiene usted razón. El país de Castilla es pobre y perezoso y tiene que estar triste naturalmente. También es rutinario, la inocencia antipática de la rutina. Está desocupado y preocupadísimo. Se inquieta de la muerte y no de la vida. Y esto es congénito en él. Y Madrid es la digna capital de ese pobre pueblo.

Pero es muy hermoso el cuadro en que usted lo pinta así, y usted ha hecho lo que le competía. Esté usted tranquilo.

M. MACHADO.

HOMENAJE A JUAN MARAGALL

ESTOS son unos cuantos jóvenes que llevan en su alma el noble sentimiento de la admiración. Los jóvenes éstos han leído en una revista de Barcelona—*Catalunya*— que se preparaba un homenaje al mágico poeta catalán autor de *Poesías* y de *Visionsi Cants*, á ese gran bardo que esculpió en marmóreos versos la plácida serenidad de la *Vaca Cega*,—y han escrito en un papel su adhesión á ese homenaje.

He aquí cómo contesta el gran poeta, en esa breve carta espiritual y entusiástica, llena de dulce y noble simpatía, de anhelo de puro arte, de grave y cordial afecto:

“Muy estimados amigos: La carta que ustedes me dirigieron publicada en la revista Catalunya durante mi ausencia de Barcelona, y que ayer me entregó original el amigo Carner, me ha llegado al alma. Quisiera ser digno de ella y saber contestarla dignamente.

Al considerar que lo que de mí conocen puede haber producido una impresión de arte vivo en hombres como ustedes, hasta el punto de determinarles á decirme lo que me dicen, no sé lo que me pasa: me siento en pleno reino de los misterios de la simpatía y recibo en sus sombras abrazos inefables de hermanos largo tiempo presentidos. ¡Oh, cómo devuelvo el abrazo á cada uno, y cómo siento crecer mi fuerza á cada abrazo!

Luego, en la consideración de un espíritu peninsular integrado por la variedad de sus gentes, encuentro una amplitud de horizontes como suele revelarse en el cielo á cada nueva aurora. Y una gran esperanza me inunda, un sueño de unión espontánea entre pueblos que se sientan libres en su amor.

Ustedes me parecen los profetas de ese ensueño: Ustedes la nueva aurora que va á extenderse rápidamente por nuestro cielo.

Ay! Cuánto querría decirles, amigos míos, y cuán poco puedo en comparación con lo que querría! Pero todo vendrá: Ya que, gracias á su generoso impulso nos hemos encontrado, no nos abandonemos. Sigamos hablándonos de la belleza de la tierra y del amor del mundo, y nuestras palabras, como brotadas de la fuente misma de toda creación, trascenderán á todo después de ennoblecernos á nosotros mismos, y por el mero hecho de nuestra elevación espiritual.—Adiós.

JUAN MARAGALL

Barcelona, 14 Octubre 1903.

Este homenaje á Maragall, nos ha parecido obra de justicia.

Nosotros, pues, queremos suscribirlo con nuestros nombres, y con otros muchos de amadores de la belleza, que ven con gusto ese acto de admiración.

En el próximo número de HELIOS aparecerán las firmas, firmas de gentes sinceras que saben que no hay nada que supere en valor y en belleza á una canción, á una de esas canciones entonadas por unos hombres—*los más sabios y los más ingenuos de la tierra*—á quienes llamamos poetas, y que esos buenos hombres que van por el mundo diciendo canciones, son unos *mágicos prodigiosos cuyas palabras misteriosas son creadoras de vida.* (1)

Poeta, hemos oído la música de tus versos.

(1) Lo impreso con cursiva pertenece al *Elogio de la palabra*, leído por Maragall en el Ateneo Barcelonés, el día 15 del corriente.

INFORMACION LITERARIA

... .. LAS TONADILLAS INTERRUMPIDAS... ..

ESTE es el título de una que hubo de representarse á fines del siglo XVIII, y que, como todas ellas, carece de importancia desde el punto de vista literario; pero ofrece datos interesantes al estudio de las costumbres de aquella época.

Ya sabemos que la tonadilla era una composición musical cantable, que se ejecutaba en los entreactos, y muchas veces también al final de la función. Los directores de compañías cómicas del siglo XVIII, comprendiendo la dificultad de presentar al público novedades á diario, dada la escasez de buenos autores dramáticos, fomentaron la constante afición que por la música demostraban los espectadores á este género de espectáculos, haciendo representar con frecuencia tonadillas nuevas, como aliciente para favorecer los rendimientos del despacho de billetes. Y el Ayuntamiento, compenetrado de esta idea, y secundándola con plausible acierto, contratava músicos reputados, obligándoles á componer durante la temporada cierto número de tonadillas; así conserva hoy la Biblioteca municipal 1873 á despecho de lo abandonado que durante algún tiempo estuvo este preciado tesoro de música popular genuinamente española.

En la época á que nos referimos hubo empeño entre los literatos eruditos de inclinar la opinión pública en favor del gusto francés que había prohijado la tragedia clásica: hicieron muchos ensayos, algunos con regular éxito; pero la languidez de que generalmente adolece la tragedia, la cadenciosa monotonía del endecasílabo asonantado que se empleaba en este linaje de composiciones y la elección de asuntos poco en armonía con el espíritu pi-

caresco de los *mosqueteos*, parte del público que decidía del éxito de las representaciones, fueron motivo suficiente para que el neoclasicismo se hundiera tras una lucha que no duró menos de medio siglo.

Excusado parece añadir que los galómanos anatematizaban las comedias de nuestro gran teatro del siglo XVII, llegando al extremo de prohibir la representación, cuando dispusieron de medios para ello, de las mejores comedias de Lope, Calderón y Tirso. A tales desatinos conducen las exageraciones de escuela.

En este estado de cosas aparece D. Ramón de la Cruz con sus graciosos sainetes y sus cuadros de costumbres, cautivando desde sus primeros ensayos la opinión de los *mosqueteros*. Cruz copiaba la naturaleza con novedad y valentía; Cruz encauzó el teatro español y señaló el camino que había de seguir Bretón de los Herreros en el siglo siguiente; Cruz fué un reformador, y los galómanos, presintiendo que el modesto sainetero había de derrotarles, declaráronle cruda guerra, procurando desprestigiar el género chabacano, así le llamaban, de aquel genio superior que no llegaron á comprender. En folletos, en periódicos, en conversaciones particulares de saraos y botillerías menudeaban las diatribas contra D. Ramón de la Cruz á las que este contestaba ya con francas defensas ya con alusiones é indirectas en sus sainetes, loas é introducciones.

Sábese que Don Ramón escribió muchos libretos de tonadillas; pero desgraciadamente entre las que se custodian en la Biblioteca municipal no existe una sola en que se haya anotado el nombre del autor de la letra. La tonadilla que tiene por título el epígrafe con se encabezan estas líneas pudiera muy bien ser de Cruz ó de alguno de sus amigos: en ella se ridiculiza á los que como D. Nicolás Moratín y demás concurrentes á la famosa tertulia del café de San Sebastián, zaherían á D. Ramón.

Figuran en la composición, con sus nombres propios, Catalina Tordesillas, llamada *Catuja*, y Sebastián Briñoli, que estuvieron contratados juntos en las compañías có-

micas de Martínez, de Ponce y de Ribera, durante los años de 1779 á 1791, por lo que puede atribuirse esta fecha á la composición.

He aquí la tonadilla:

CATUJA. ¡Qué insufrible carga!
¡Qué penoso afán
es en los teatros
tener que cantar!

Mientras que el ensayo
se va á principiar
una tonadilla
voy á repasar.

Mucho temo, Catuja,
que has de quedar mal.

(Toma unos papeles de encima de la mesa.)

(Hablado.)

Principia así:

(Música.)

Hay gentes en el mundo,
tan indiscretas
que tiemblan de lo mismo
que ellas fomentan.

Supongo muchas madamas
que tienen miedo á un ratón,
y no tiemblan que las roan
los cortejos el honor.

Supongo muchas usías...

(Hablado.)

BRIÑOLI.—Ataja la voz, Catuja, no prosigas.

CATUJA.—¿Por qué causa?

BRIÑOLI.—Porque algunos eruditos de moda por Madrid hablan muy mal de las tonadillas de crítica.

CATUJA.—¡Qué bobadas!

(Música.)

BRIÑOLI. Dicen que son insolentes,
muy pesadas, coloradas,
y que aquel que la escribe

debiera quemado estar.
¡Qué bien dijo aquel que dijo
que amargaba la verdad!

(Hablado.)

CATUJA. Puesto que los eruditos
escrupulosos se han vuelto,
cantaré otra tonadilla
al gusto de su deseo.

Esta empieza así:

(Música.)

¡Qué descuidados muchos
vivimos siempre,
estando condenados
todos á muerte!
A muchos les viene estrecha
del mundo la vanidad,
y en un hoyo de dos varas
después de muertos cabrán.
Mil grandes del mundo suèlen...

(Hablado.)

BRIÑOLI.—Mujer, mujer... ¡Por Dios!... Calla...

CATUJA.—¿Por qué motivo?

BRIÑOLI.—Porque los críticos hablan mal de estas tonadas también.

(Música.)

Dicen que al teatro no vienen
á misiones, ni á sermones,
que la Doctrina cristiana
no es para aqueste lugar.
¡Qué bien dijo aquel que dijo
que amargaba la verdad!

(Hablado.)

CATUJA. Pues la de moral no encaja
cantaré esta que es de maja.

(Música.)

Aunque la Tordesillas
parece sosa

sabe hacer cuando quiere
una majota.

En tan delicado asunto
¿qué me aconsejas que haga?

BRIÑOLI. Que de todo cantes siempre
como no sea de maja.

CATUJA. Pero, los que nos critican
¿son sujetos de talento?

BRIÑOLI. Hay quien á unas seguidillas
las ha llamado soneto.

CATUJA. Y esós críticos ¿qué cosas
dicen de nuestras comedias?

BRIÑOLI. Hablan mal de las antiguas
y peor de las modernas.

CATUJA. Dime, pues, por vida tuya,
qué les gusta á esos sujetos.

BRIÑOLI. Todo lo que viene á España
de países extranjeros.

Cantan unas seguidillas dirigidas al público y se da fin.

La colección de tonadillas que la Biblioteca municipal posee, constituye un tesoro de noticias de indiscutible importancia. Quieran los dioses Penates que se despierte la afición á rebuscar entre aquellos olvidados papeles, datos interesantes y artísticos para el estudio de las costumbres madrileñas de fines del siglo XVIII.

CARLOS CAMBRONERO

... .. EL POETA ALBANÉS
 JERÓNIMO DE RADA

II

POEMAS

A los pocos años de la *Odisea*, que, como hemos dicho, (1) fué su primer ensayo poético, compuso Jerónimo de Rada el *Milosao*, que por primera vez se publicó en Nápoles el 1836 en idioma albanés y en italiano.

La concepción y la forma de este poema están inspiradas en los cantos populares de Albania, y su fondo es una historia de amor con aires de primavera, rumores de fiesta y fervores patrióticos...

He aquí un fragmento: «Despierta—dicen las vírgenes albanesas al héroe del poema,—oye nuestros augurios... ¡Ojalá puedas caminar como estrella que no pierde la luz en su camino! ¡Ojalá vengas como viene de lejos la voz del amante que pasa!» Y otro:—«Virgen santa de mi patria, mañana será domingo, será tu fiesta, y á tí se volverán las mieses para crecer, las vacas para alentar y las familias y las casas para no vestir de luto... Y todos dirán: custódianos.» Véanse también unas imágenes:—«Las jóvenes parecían cuatro rubias y maduras espigas.—Descansa en la ciudad como el vino y el pan en la mesa.—A la luz de la mañana la tierra y luego el mar, se descubren como un gozo que llega á la vista...»

Juzgando de esta obra, que es la más conocida y célebre del autor, si no la más genial, Lamartine escribió que la poesía había venido de las orillas de la Hélada y á ellas debía volver; Víctor Hugo veía en el *Milosao* el complemento del romanticismo, y Mistral dijo al poeta:—Vuestras creaciones están llenas de encanto, de frescura y de calma evangélica, tienen á veces el perfume de los idilios bíblicos, y poseen el jugo de las lenguas vírgenes...

(1) Véase el número VII de HELIOS.

Siete años después del *Milosao*, Jerónimo de Rada publicó un poema corto titulado *Serafina*, y cuyos cantos, previamente aligerados de la multitud de imágenes que abrumaban la acción, fueron luego refundidos por el autor en otras obras, cuando á *Serafina*, en 1847, siguió la *Albania*.

Forman este poema cuatro historias de mujer inspiradas en las tradiciones y leyendas de la patria. En todas ellas se respira dolor y tristeza. Anmaria, la protagonista de la primera historia, muere por desposarse con un extranjero; Delia muere también bajo el recuerdo perenne de su desventura y la de la Albania; y muere Adina, que semeja una encarnación á la manera de Fray Angélico, inmaterial, todo espíritu evanescente, porque rehusa desposarse con el hijo del Pachá turco; y Videlaide, en fin, porque tiene la debilidad de consentir en ser la sultana del Bósforo.

Después de *Albania* viene en la serie de estos poemas *Skanderberg*, la obra maestra de Jerónimo de Rada.

La base de *Skanderberg* es la historia de Albania en el siglo xv, esto es, en su período épico. El poeta la diseña con toques amplios y magníficos, con colores plenos, con rasgos trágicos. Es un pueblo de leones que lucha con indomable vigor contra el turco, disputándole palmo á palmo el suelo patrio con el hierro, con el fuego, con los dientes, con las uñas, poseído de una fe inextinguible en Dios y en su propio derecho. Hay guerreros poderosos y nobles héroes, henchidos de odio contra el extranjero, hay historias peregrinas de amores y traiciones, hay batallar de altas ideas, hay grandezas y dulzuras de sentimiento...

La obra consta de más de ocho mil versos. Propúsose el autor retratar, cantando la grandeza muerta de su patria, los diversos aspectos del mundo en aquella época; pero la crítica pudo poner reparos á la forma en que quedó realizado tan magno proyecto y, entre otros defectos de menor importancia, censurarle el abuso de.

sentimiento religioso, que en muchas ocasiones apaga el tono lírico del poema, las consideraciones ascéticas, que en más de un momento culminante detienen la acción y la mezcla de ciertos elementos de Filosofía y Estética, que truecan el deleite espiritual de la lectura en materia de estudio, enigmática á las veces.

La figura del glorioso guerrero conserva en los versos de Rada toda la pujanza y todo el carácter heroico que le da la historia. Radavane, también personaje principal del poema, es otro héroe digno de Homero. Astire resalta por dos íntimos sentimientos, amor y patria, que le conducen á la muerte: «Dáme, ¡oh Dios mío!, dice, aquello que aún poseen las fieras, campo libre y abierto, y, después, ¡que en mi corazón no resplandezca jamás la grandeza de la tierra y que tus rayos me anonaden y destruyan!»

De la galería femenina, que es más rica y más vivaz, y más varia y distinta en el color, destacan Vautisana, noble princesa turca, delicada y cambiante figura de mujer; Olimpia, sombra fugaz que se diluye rápida en las tinieblas de la noche trágica; Dorotea, mártir de la fe de Cristo; Imotée, imagen noble, pero iluminada por luz siniestra; la niña Aidea, palpitante de ternura; Gavrila, en fin, creación de las más finas, una de las mujeres más humanas de la poesía moderna.

La caída de la corte de Albania es otro poema inspirado también en sentimientos patrióticos, y en el cual lucen cuadros y escenas con potente brillo entre no poca escoria.

Después de él publicó Jerónimo de Rada *El espejo del humano tránsito*.

La protagonista de esta obra es una mujer, que ya aparece en obras anteriores del poeta (1), Serafina Thópia, princesa de la Alta Albania, enamorada y heroica.

Hay en este poema una serie de historias que parecen animadas por un demonio maligno. La tierra entera se

(1) *Serafin i Sknderbeg*.

obscorece, y la única claridad, la claridad que la rodea, es círculo de acero frío é inmóvil, dentro del cual relampaguean, sobre la negrura del fondo, todas las pasiones de la vida. Y la triste princesa pasa por las alturas á que la eleva su espiritualidad, dulcemente heroica en el sacrificio de su vida entera.

Asegura el doctor Marchianó que tanto en la literatura clásica como en la moderna, sería difícil hallar una poesía cuyo aspecto se asemeje al género de las de Jerónimo de Rada.

El *Milosao*, que se presenta como poesía lírica, es una serie de cuadros que participan de la lírica y de la narrativa con intermedios de forma dramática. Sólo las canciones populares que el autor intercala en el texto pueden considerarse dentro del género lírico propiamente dicho. En la *Albania*, la acción y el movimiento quedan anulados por la minuciosa descripción de las almas. En el *Espejo*, donde el poeta ha querido dar unidad á sus creaciones sin conseguirlo completamente, la narración es pobre y con escaso movimiento, y de todas suertes los tonos épicos resuenan muy lejos (1).

Caracter peculiar de estas poesías es también la dramatización que el poeta ha querido obtener con el diálogo, perjudicial no pocas veces á su obra. Responde esta ten-

(1) Los versos en la poesía albanesa no tienen otro ligamen que el del ritmo, porque, en general, no existe la rima más que para producir algún efecto retórico. En los poemas de Jerónimo de Rada sólo aparece una vez la rima, en una breve canción octosilaba del titulado *Serafina*.

Otra característica de la métrica albanesa, no extraña á dichos poemas, es una combinación de dos versos, que forman una cadencia particular, llamada por el docto Sr. Marchianó «disonancia vocal», y que consiste en que estos dos versos acaban con dos vocales largas de diverso sonido. La comunidad rítmica de ambos versos combinados se establece por el tono de la voz, que cae al final de ellos con igual lentitud y demora.

Esta disonancia vocal de los dísticos, por cierto muy usada en los cantos populares del país, produce á menudo brusco y desagradable efecto rítmico, y á las veces truncadas cadencias, llenas de vigor y energía.

Los versos de Rada son de ocho sílabas, de siete, de seis y hasta de cinco, dentro de los cuales rige un variado sistema de acentuación. También el poeta usa el endecasílabo, pero esto solamente en la dicha combinación de los dos versos.

dencia á la idea que Rada tiene de la vida, llena de terribles contrastes, de angustiosos dolores, de violentas agitaciones. En sus libros jamás se halla la expresión completa de la risa y la alegría, sino la del llanto y el dolor. Pero hubo otra causa para ello, y fué que los cantos populares de Albania, que él desde muy joven empezó á recoger, tienen todos forma dramática, y por patriotismo se ajustó á ella, bajo la impresión magnífica de que todos eran fragmentos de un solo poema, donde maravilloso poeta había encerrado el alma de la patria...

De común con los verdaderos poetas tiene este la idealidad en la vida. Jerónimo de Rada ha nacido para cumplir una misión: la regeneración y el renacimiento de Albania. En setenta años de labor y noventa de vida, no le ha sonreído gratamente otro pensamiento. En todos sus poemas. lo mismo que en su obra política y filológica, respira el odio al extranjero, al salvajismo turco, que trata de destruir ó enervar la fibra guerrera de sus gloriosos esclavos. Y puede afirmarse que si con sus campañas políticas ha planteado ante la Europa diplomática la cuestión albanesa, con sus poesías ha dado vida espiritual á su pueblo...

Especialísima tendencia del poeta es su inclinación á la rica hembra, á las damas aristocráticas, cuyo trato personal frecuentó en la alta sociedad napolitana. De una de las mujeres de sus poemas, de Gavrila, dice:

—No era como las que crecen al sol; pero respiraba una dulzura de milagro, una dulzura que parecía iba á convertirse, con sólo la palabra, en un cielo.

La representación viva de la vida humana y del mundo, donde se mueve, se halla también contenida en los poemas de Rada á la manera vasta de los más preclaros ingenios, aunque á menudo con incoherencias que quitan unidad de composición al cuadro.

Pero el dón más precioso, la cualidad más relevante de este poeta es, á juicio de todos los críticos, la originalidad en la más amplia acepción de la palabra. Es original en la concepción, en las ideas, en las imágenes.

OTRAS OBRAS DE JERÓNIMO DE RADA

Uno de los empeños con más amor sentidos y más brillantemente realizados por Jerónimo de Rada, ha sido el de reconstruir y unificar el idioma albanés, después objeto de muy eruditos estudios por parte de Hahn, Bopp, Beuloew, Meyer y otros varios hombres de ciencia. El halló las relaciones de parentesco que existen entre dicho idioma y el viejo lenguaje pelasgo, y merced á su tenaz y profunda labor, el material léxico de aquél aumentó de manera tan extraordinaria, que no parece extraño que alguien repunte á Rada como verdadero creador de su lengua albanesa.

Es autor de una tragedia de estilo y corte clásicos escrita en prosa italiana; de la *Rapsodia*, colección completísima de cantos populares albaneses; de los *Principios de estética*; de los *Estados representativos*, en que examina con brillantez de juicio, pero con puntos de vista reaccionarios, la situación política de Europa, y especialmente de Italia; de su *Autobiografía*; de una *Antología* de escritores albaneses. Merece ser citada con especialidad *Fiámuri Arbërit* (La bandera de la Albania), revista mensual creada y escrita por él, que ha influido grandemente en el desarrollo de la cuestión albanesa, hoy puesta de actualidad por la guerra entre turcos y macedonios.

Tal es la obra de Jerónimo de Rada; obra de poeta que ha extraído de la vida ricas flores de luz oriental; de sabio, que á fuerza de ciencia ha repetido en su país el milagro de Lázaro en la conciencia de Europa, y de patriota, que, después de resucitar al cadáver, le ha dado un ideal.

J. RUIZ-CASTILLO

Este trabajo ha sido escrito antes de la muerte de Jerónimo de Rada, ocurrida recientemente. El poeta ha muerto en la miseria y casi olvidado de sus compatriotas. Un su anciano servidor le dió para sus últimos días asilo en una cabaña. Para honrar la memoria del poeta se ha pensado en erigirle un monumento, que se costeará por suscripción particular. El Sr. D. Juan Pedro Aladro, ha iniciado la lista con un donativo de 1.000 liras.

FEMINA

POR LA ESPAÑA IGNORADA

ATIENZA

(Para Eduardo Contreras)

VIAJANDO por España encontraréis esas ciudades grises que ocultan una belleza desolada. Primero os parecen muertas. Pero luego el adobe nuevo que rellena sus tapias carcomidas—junto á un camino que parte no se sabe adónde,—ó el humo de las chimeneas que reviven, ó cualquier detalle, comienza á ponerlos en extraña relación con la ciudad, que vive lentamente su vida antigua y castellana. Atienza es así.

Un alma de poeta—cantora ignorada y grande artista—me lo dice con palabras intensas, en las que se adivina el espíritu todo y la vida de la vieja ciudad.

Atienza está olvidada; lejos de la corte, de su misma capital provinciana, de todo centro de importancia. Los viajeros son raros; los habitantes poco curiosos; las tradiciones, si las hubo, se han perdido... El pueblo lleva en sus costumbres y en su lengua misma el sello de los tiempos de atrás, pero sin conservar su recuerdo; para él la antigüedad tiene apenas cien años, y con trabajo su mirada indiferente cae alguna vez sobre los restos silenciosos de una historia desconocida. Caen los viejos paredones, y con ellos datos y recuerdos que nadie recoge y supervivencias de un arte que nadie examina...

Si miráis al viejo castillo—en su origen, tal vez fortaleza romana,—os impondrá con su vetusto torreón, fuertemente construído sobre la roca, y que hoy, sin embargo, parece desplomarse falto del espíritu de sus antiguos constructores.

La iglesia—*Santa María*—se enlaza con él por casi

cegado subterráneo. Es un templo notable: por fuera es románico; tiene una portada curiosísima, otra mucho más curiosa, con una inscripción gótica casi ilegible; su única torre pudiera haber sido la plataforma de una fortaleza...

Se sabe que dentro oculta un misterioso antro, ignorado calabozo quizá, donde no penetra ni el aire respirable... Por fuera, de alto á bajo, atraviesa á la torre una línea siniestra, rígidamente impresa por un rayo que la hendiera á lo largo del muro. Parece la huella de un castigo del Hado.

La Trinidad es otro templo. El viajero se detiene ante una de sus puertas, cerrada hoy, olvidada, misteriosa. Está en la parte más baja, como en la base del edificio, y es un extraño arco de medio punto, sin clave y cerrado por dos dovelas... ¿Quién hizo aquéllo? ¿En qué tiempo? Acaso los visigodos, bárbaros sin cultura propia, intentaron imitar allí, una vez más, el arte romano, desconociendo ó desfigurando sus principios. Y así es todo. Todo indica un pasado, una historia que nadie registró... No hay un templo, un lienzo de muralla, una casa, una piedra que no esté enlazada con algún hecho del pasado, pero con un hecho desconocido... ¿Qué hizo este pueblo de sus tradiciones?

.....

A veces un cementerio es una clave: á veces los muertos hablan; aquí los muertos callan, como callan las ruinas. Aquí duermen el último sueño hombres que figuraron en la Historia. ¿Dónde están? Más aún... ¿quiénes fueron? En los libros parroquiales, abiertos al terminar el siglo xv, no hay inscripciones notables; en las iglesias hay tumbas numerosas sin epitafios... En la parroquia de San Juan se vé una losa sepulcral con una figura de hombre toscamente esculpida... ¿y el nombre? No está en la piedra, ni consta en parte alguna... Por lo demás, el cementerio es moderno, para el arqueólogo es mudo. Tan sólo algún detalle olvidado entre sus cruces despierta apagados perfumes de recuerdos y de nostalgias... En uno de sus nichos cierta inscripción en lengua extranjera nos

dice un nombre: PAUL CAMBRONNE... LE 24 SEPTEMBRE 1899... Se nos dice pertenece á un joven geólogo francés que vino á estudiar la mineralogía de la sierra y á quien la muerte sorprendió aquí, lejos de su patria, de los suyos... Y aquí continúan sus restos, sobre los cuales la pequeña inscripción le perpetúa. ¡Una inscripción que los habitantes del pueblo apenas pueden pronunciar!

Así es Atienza, y así nos la hace sentir un alma de artista, un alma soñadora, de poeta, grande por su intuición, sepultada como la de Carolina Coronado en el mayor olvido, y que á veces nos envía desde su retiro melancólico, ecos delicados y adivinaciones admirables...

Enviemos nosotros el saludo de todos para la escritora modestísima, para la ignorada ISABEL MUÑOZ CARAVACA, cuyos son los sentimientos y cuyas las palabras con que he descrito esta ciudad gris de la España olvidada y saudosa.

VIRIATO DÍAZ PÉREZ

Madrid, Octubre 1903.

LETRAS DE AMÉRICA

MÁS ALLÁ

El distinguido escritor venezolano Rufino Blanco Fombona, acaba de publicar en Madrid (en la casa editorial de la Viuda de Rodríguez Serra), un libro titulado *Más allá de los horizontes...*, libro que recuerda á veces por su plan y forma el *Journal intime* de Enrique Federico Amiel, y libro que pudo también llamarse, como uno de sus capítulos, *Viajes sentimentales*, porque el propósito del autor es revelarnos sus impresiones en los varios países donde ha vivido. No empero las vulgares impresiones de viaje de ciertos caminantes que escogen de antemano en las guías é itinerarios los sitios en que forzosamente ha de arrobarse el alma, ó en las antologías clásicas las obras de arte que necesariamente llaman la atención é inducen á reflexionar. Blanco Fombona sigue el buen ejemplo de no trasladar al papel sino aquellas impresiones que tienen el sello exclusivo de su propia personalidad, y logra de este modo matizar las páginas del libro con escenas, por decirlo así, íntimas y con esbozos de toques originales.

En sus primeras mocedades, si mis recuerdos son exactos, el autor tuvo veleidades de poeta decadente, simbolista, impresionista ó colorista á la manera francesa (léanse si no sus *Trovadores y Trovas*), y escribió de vez en cuando, á la falda del Avila, versos que parecen cincelados á la margen del Sena en compañía del Baudelaire de las *Flores del mal* y del Verlaine posterior á los *Poemas saturnianos*. Pero en el extranjero se ha transformado, ha vivido por cuenta propia, y su nombre figura ya entre los más notables de escritores americanos.

Otros siguieron imitando en Sudamérica una literatura que, si bien se explica en ciertos medios de París, es exó-

tica en el medio social de nuestros países,—imitación digna de entendimientos débiles, volubles y estériles. Blanco Fombona (¿errará aquí el cariño que le profeso, no obstante que de él me separan algunas teorías fundamentales?) empezó á ser original cuando salió de su tierra, donde solía ver las cosas del extranjero con anteojos prestados. En esa transformación, si no completa todavía, al menos ya acentuada, percibo yo una prueba de su talento, y otra en que no se dedica al estudio de una sola literatura. Familiarizado con lo que se escribe en América, en Francia, en España, en Inglaterra, en Italia, en Alemania, puede comparar fácilmente las diversas manifestaciones de la belleza intelectual, y continúa, si no me equivoco, aquella tradición cosmopolita que hace más de diez años iniciaron sus compatriotas Luis López Méndez, Lisandro Alvarado, César Zumeta y algún otro, la cual consiste en vagar por las letras extranjeras para gustar de todas ellas lo más exquisito, pero sin olvidar dos cosas esenciales, á saber: el amoroso respeto á la lengua nativa y el deber incontrastable que nos arraiga en la patria.

Más allá de los horizontes es un libro en prosa; pero libro de poeta, de poeta que traduce en frases selectas y á menudo melodiosas sus sensaciones del momento, preocupándose no tanto de la unidad de fondo cuanto de la unidad de forma. Esta es bellísima. Otros dirán sus primores. Yo, más adicto por costumbre profesional á examinar ideas, voy á seguir al autor en su peregrinación espiritual, parándome aquí y allí á espigar observaciones que merezcan comentario y valiéndome también de recuerdos de nuestros coloquios en Caracas, Londres, París y Roma. De este modo tal vez logre apuntar los rasgos salientes de su personalidad literaria.

En la *Carta á la primavera* y en las *Notas de amor*, révelase el alma inquieta que busca la razón definitiva de una antinomia acaso consubstancial con la naturaleza humana,—la discrepancia entre la realidad y el ideal, entre el amor difuso que no logra condensarse sobre una sola mujer hermosa á tiempo que se siente atraído por todas

las mujeres hermosas, y el amor exclusivo, purificado en su esencia, el amor de Romeo por Julieta, fundido con el de Dante por Beatriz. ¡Oh, poetas! Hay tres métodos de comprender el amor: ó analizarlo en su propio fondo de locura sensual á ejemplo de Lucrecio en el libro IV de su inmortal poema... *Hæc Venus est nobis, hinc autem est nomen Amoris...*; ó experimentarlo á ciegas en la posesión del cuerpo amado; ó relacionarlo con otra aspiración peculiar de los artistas, la de descubrir la belleza abstracta y confundirla con la gloria misma de haberla descubierto. A propósito se me vienen á la memoria ciertas frases escritas muchos años atrás: «La vida del pobre artista, enamorado de un ideal impalpable, sería un martirio eterno si no la alimentase la esperanza de sentir al fin sobre la frente, en cambio del beso de la mujer amada, los besos de la gloria. Y quién sabe si la gloria y la mujer ideal no son más que dos imágenes del mismo sér abstracto, reflejadas, en horas distintas de la inspiración, por el espejo del ingenio».—Sea lo que fuese, los caballeros errantes de la belleza andan rezando en todos los templos del ideal, se arrodillan ante todas las estatuas de *Venus*,—*hominum divumque voluptas*,—y después, en las noches de soledad y tristezas, se quejan amargamente de no ver encarnada en el primer cuerpo que pasa la imagen perfecta que evocara el espíritu.

Blanco Fombona, nacido bajo el sol de la zona tórrida, meridional hasta la médula de los huesos, siente amores intensos y odios profundos. Como buen venezolano, odia la tiranía, ¡ha sido tan frecuente!, detesta á los tiranos, ¡ha habido tantos!, y no vacila nunca en aventurar la vida por sus amores y por sus odios. Por quítame allá esas páginas, se bate en Venezuela al fusil y al revólver—armas nacionales—y á la pistola ó á la espada en París. Recuerdo también que una vez, prendado de cierta Magdalena tizianesca, se batió á puñal en Venecia.

Ama ú odia lo mismo á los hombres que á los pueblos. Al llegar á Polonia exclama: «Amo con amor de lástima á esta pobre tierra ilustre, á esta generosa tierra de la

desgracia, que ayer venció á la barbarie con la espada de Juan Sobieski, victimada al presente por una gavilla de autócratas.» Grita airado contra la conquista, sin distinguir siempre entre la conquista destructora y la ola inevitable de la civilización que nuestro filósofo Pedro Gual llamaba «empuje de raza activa y emprendedora que viene sobre otra estacionaria.» Es, en efecto, por lo menos problemático que los pueblos tengan el derecho natural de quedarse rezagados, ni el de aislarse. Blanco Fombona piensa que es «obra santa» «el destruir á los fuertes» ó «reducirlos á una impotencia relativa», y añade (pág. 85): «El veneno, el puñal, la dinamita son loables, como son loables todos los medios conocidos de destrucción, y los que yazgan en la conciencia de futuros descubridores, para destruir esas grandes unidades de pueblos, agresivas y feroces, como Inglaterra, Francia, Rusia, Alemania, los Estados Unidos». Si los débiles tienen el derecho de destruir, ¿no será porque los fuertes tienen también el derecho de dominar? En otro pasaje de su libro nuestro poeta se eleva á reflexiones menos dogmáticas. Viajando por Holanda y recordando las crueldades de los españoles, apunta la siguiente distinción sensata: «*Crímenes son del tiempo y no de España*, cantó el poeta; pero los crímenes no fueron sólo del tiempo, como no fueron sólo de España. Los crímenes de la Fuerza son de la Fuerza misma; son efecto irremediable, fatal. Un terremoto no es bueno ni es malo, es terrible. La guerra es una forma del poder terrible de la naturaleza.» Lo propio me hace pensar á mí que es preciso domar las fuerzas nocivas de la naturaleza, en el hombre y en la sociedad, aunque para ello no es indispensable odiar á un pueblo porque es fuerte, ni menos destruirlo. Sólo el amor es fecundo—el amor entre los pueblos se llama ahora solidaridad, expresión más comprensiva que la de fraternidad. El odio es destructor, ó substituye el mal con el mal, y si es por efecto del odio ó la guerra que van á desaparecer las nacionalidades «agresivas y feroces», fatalmente se prepararían así otras no menos feroces y agresivas.

Cuando pasa de la cuestión internacional á las cuestiones sociales, el autor apunta otras consideraciones que tal vez parezcan contradictorias ó ilógicas (págs. 120-121). No obstante su odio á la iniquidad y su entusiasmo por las causas justas, piensa que los «intelectuales»—según dicen ahora en París y Sudamérica—experimentan al contacto del pueblo «sincera é invencible repugnancia»; pregúntase si será porque «el pueblo de ahora, moral, intelectual y físicamente, dista más de un legislador, de un filósofo ó de un poeta, que en los días de Atenas ó de Roma», ó porque la educación de las «clases directoras» las aleja del pueblo, y concluye diciendo que «el más feroz propagandista de la idea, es capaz de afiliarse en las filas conservadoras el día de la revolución futura, para no sentir el mal olor de los harapos; para no ver junto á sí barbas incultas, para no estrechar manos sucias y repugnantes». En la pág. 172 se lee además: «Odio al populacho por imbécil é inmundo.»

¿Será todo eso ilusión de poeta, que está viendo todavía al pueblo de lejos ó fijándose más en los harapos que en las almas? No olía ciertamente á rosas el pueblo sobre cuyos hombros se apoyaron en Roma los Gracos, ni ignoraban éstos los refinamientos sociales en que se complacen nuestros *dilettanti*. Y en Atenas, descartando la casta esclava, no difería mucho del pueblo actual de París el pueblo que leía la historia de Tucídides, escuchaba las tragedias de Sófocles y aplaudía los discursos de Pericles, Tal vez era más impulsivo y de maneras menos cultas, á juzgar por las comedias de Aristófanes. La diferencia, si la hay, consiste en que hoy, por consecuencia de varios siglos de régimen aristocrático, las llamadas «profesiones liberales» (el autor lo presintió al hablar de la educación de las «clases directoras») conservan aún tintes y costumbres de castas privilegiadas y en que hoy el legislador, el filósofo y el poeta, prefieren, por lo común, el pensamiento á la acción.

Cuanto al populacho ó turba, adviértase que si es verdad que los individuos sienten, piensan y obran de un

modo cuando están aislados, y de otro modo cuando están unidos ó ligados por una pasión (la cual puede ser, ó preexistente, como sucede en la generalidad de las revoluciones, ó provocada *sur place*, como acontece en el teatro y en los *meetings*); que si en los motines y sediciones vese á menudo á personas honradas cometiendo actos criminales, que si el delirio común, ó la sugestión provocada por un tribuno, por un hombre prestigioso, por un grito por un simple accidente, puede transformar instantánea y radicalmente á la turba convirtiéndola en masa inconsciente, sus movimientos son en ocasiones el factor más enérgico del progreso y condición determinante del triunfo del ideal. Cierto que en momentos de exaltación, el alma de la turba no es igual ni idéntica á la suma de las almas individuales que la componen; pero sería ilógico deducir de aquí que la resultante sea siempre destructora ni bestial. El eminente crítico danés Jorge Brandes plantea una fórmula en que se mezclan la observación exacta y la ideología arbitraria. «La turba—escribe—no es $1 + 1 + 1$ hasta la suma total de las unidades, sino $1 + 1 + 1 + x$; x , es decir, la *bestialidad* que se desarrolla en los individuos cuando se convierten en turba». Olvida, sin embargo, que x suele ser también la suma de los instintos generosos ó de los apasionamientos más nobles. Todos los ideales, aunque los inicien los pensadores aislados, triunfan al fin por el entusiasmo, el delirio ó la locura de las turbas, y si por lo mismo triunfa á veces la barbarie, aquello vale más que esto.

El día de la revolución futura—inevitable, dentro de cincuenta años ó de ciento, ¿qué importa?—los que no hayan comprendido todavía el alma de la masa popular, tendrán que bajar á inspirarse en ella ó perderán todo influjo social é intelectual. La esclavitud, el feudalismo, el régimen radicado en el derecho divino, pasaron merced á los esfuerzos de los que supieron vivir y sentir con el pueblo. Así pasará también la iniquidad que mantiene aún el sistema industrialista ó capitalista, donde el obrero tiende á ser esclavo no menos miserable que el de Grecia

y Roma... Del mal olor del harapo no es casi nunca responsable el pobre paria que con él se viste (¡bien quisiera vestirse con flamante brocado!), y el corazón que late en su pecho es la misma entraña del poeta y del filósofo, de la reina fastuosa y de la beldad idolatrada... Además, el arte que perdura es el arte popular, quiero decir el que se inspira en la masa social y que ésta comprende. El pueblo ateniense comprendió—por eso admiró—los monumentos de la Acrópolis y los diálogos de Platón; el de Roma los templos del Foro y los poemas de Virgilio. Los modernos *estetas* se equivocan: su arte sutil, alambicado y desdeñoso no es el arte que pasa de siglo á siglo consagrado por la admiración de las generaciones. Y por último, el arte que se fija en una sola clase social es incompleto, y por consecuencia, inferior al que abarca al hombre en todas sus condiciones y estados sociales.

Mas al llegar aquí, reparo que he ido demasiado lejos. No suelen los poetas respetar mucho la lógica, y acaso nuestro poeta quiso solamente escribir una *boutade*. O pensemos que se le fué la pluma, en un movimiento involuntario, cuando estampó las frases apuntadas arriba, olvidando otras no menos categóricas. En Blanco Fombona se compenetran dos almas, la del artista y la del paladín. Durante la revolución futura, el alma del paladín bajará á lo más recio de la batalla popular, porque él es, á pesar de todo—lo dice él mismo, pág. 120—de «los revolucionarios, libertarios, que aman al pueblo, que lo defienden que le consagran su pluma, su lira, su entusiasmo». El enfado que experimentara ante el populacho «inmundo», fué sin duda crisis pasajera. Léase sino el tierno episodio de la pág. 110. En París, una rapaza y dos granujas vendedores de periódicos, le hacen mil monerías para que les compre sus papeles. Nuestro poeta se fija en aquélla y le dice: «Dame tú un beso y te regalo un *sou*». La rapaza, que tal vez no se había bañado en ocho días, le dió el beso... y al poeta le olió sin duda á cosas divinas la boquita por donde no pasaron nunca elixires perfumados. Porque se acercó al alma popular volvió á ser verdadero artista.

Más que filósofo, Blanco Fombona, es artista nervioso, delicado é impulsivo. Hojeando su libro se descubren ciertas preferencias interesantes. Al pasar por una aduana tiránica, dice que llevaba en los bolsillos del gabán un Nietzsche, *Il Fuoco* de D'Annunzio, un volumen de Stendhal, las *Stances* de Juan Moreas y el *Morsamor* de Valera. Los tres primeros libros los oculta cuidadosamente, pero los de Moreas y Valera los deja en la maleta y exclama: «¡Que se los roben! ¡Ojalá que se los roben!» Hubiéramos querido saber si era «un Nietzsche» completo ó algún tomo especial. Nietzsche, á pesar de su genio ó quizá porque su genio se apagó al fin en la locura, es á veces tan contradictorio y en ocasiones tan magistralmente complicado! Nuestro autor debe de hallar en su lectura motivos frecuentes para soñar con ruidosas batallas intelectuales. Con D'Annunzio supongo que se complace en el sensualismo refinado, cubierto de suntuosas galas retóricas, y con Stendhal en el análisis, punzante hasta la crueldad, de los sentimientos íntimos. Sospecho que las *Stances* de Moreas le parecieron—aunque injustamente—buen pasto para los empleados de aduanas, por ser Moreas un apóstata á la manera del emperador Juliano, que abandonó el credo «modernista» para volver á la belleza clásica del Atica,—apostasía, empero, de que no está tampoco completamente limpio nuestro autor de *Trovadores y Trovas*, comparado con el de *Más allá*. Y en cuanto á *Morsamor*, Blanco Fombona mira de reojo, con razón ó sin ella (creo que ciertas veces sin razón) á los modernos escritores españoles, aun á aquellos que como Valera han sabido poner cosas nuevas en los moldes de los viejos clásicos... bien que, ¡oh, poetas volubles!, le tribute merecido elogio cuando le llama (pág. 125) «¡el griego y delicioso D. Juan Valera!»

Entre los rusos prefiere á María Bashkirtsff, «la atormentada, la delirante, la neurasténica, la artista...» «Yo me lastimo de ella—añade—y la comprendo y la amo porque su corona de espinas y su copa de cicuta han pasado alguna vez por mi frente y por mis labios; y su

noble y martizada alma de artista se refleja sobre mi alma como se refleja el cielo maravilloso en la humildísima gota de rocío.»

Por otra parte, Blanco Fombona suele mostrarse crítico perspicaz. Viajando por Polonia habla, claro está, de Sienkiewicz, y observa con razón que el éxito mundial de *Quo Vadis* se explica, antes que por el discutible mérito literario de la obra, por la moda actual de evocar «edades idas.» Sienkiewicz, en efecto, debiera atraer más la atención por sus novelas puramente polacas, bien que sea escaso fuera de Polonia el número de lectores capaces de comprender el original. Sin detenernos en el *Quo Vadis*, obra circunstancial y efímera, fijémonos en algo más sugestivo, á saber: la tendencia cosmopolita que se nota en las grandes literaturas europeas permite hoy á un escritor de tierra poco conocida y de lengua casi ignorada abrirse campo en los pueblos más cultos, cuando responde á un sentimiento ó idea, á una moda siquiera de sus contemporáneos. Acaso le suceda cosa parecida, el día menos pensado, á algún escritor de las jóvenes nacionalidades americanas, de lo que se aprovecharían nuestras nacientes literaturas para darse á conocer en Europa.

Bloemenwelden es uno de los capítulos más primorosamente escritos. El autor volvía de Inglaterra á Holanda y se quedó deslumbrado ante los «campos de flores.» «Los colores me embriagaron—dice—como un vino generoso; dentro de mi alma cantó la luz... Las flores, sin un arbutto, sin tallo casi, parece que brotan de la tierra como las espumas brotan de la onda.» Frases así, sobrias, límpidas y lucientes, abundan en estas páginas. Creo que el autor romperá pronto y para siempre con sus antiguas amistades decadentes. Si todavía le embriagan los colores, tal vez esté en camino de dominarlos disponiéndolos en sentido invariablemente artístico.

Su pintor holandés predilecto es Frans Hals. «Yo soy—escribe—un entusiasta admirador de Frans Hals. Yo reconocería (la repetición del yo es superfluidad galicana)

un Frans Hals entre mil cuadros: sin ir más lejos, eso me acaba de suceder en Londres». De que doy fe. Vagueábamos juntos por la *Wallace Gallery*, y como hiciese yo pausa ante un Van Dyck que me pareció admirable, y á Fombona no tanto, volví á otra parte la mirada y le señalé de lejos un retrato diferente. Nuestro autor, aunque miope, no vaciló dos instantes en exclamar gozoso: ¡Un Frans Hals! De él dice: «En ese pintor es altísimo el poeta... Tiene adivinaciones de almas. Nimba sus cabezas de yo no sé qué halo de poesía, reflejo de la vida mental del sujeto á quien pinta».

Si lo que llevo escrito no bastase para adivinar el alma de poeta de *Más allá*, fíjese el lector en una confesión y un episodio, ambos característicos. Aquella es: «Amo lo que fulgura, lo que aroma, lo que embriaga: como las joyas, como las flores, como los besos; amo todo lo que seduce.» Ama—dicho está—á las muchachas hermosas. Con muchachas iba él por las calles de Haarlem manejando los caballos de un faetón que por poco vuelca, gracias á la nerviosidad del auriga. Y como le advirtiese una señora que no sabía guiar, replicó soberbiamente: «Señora, yo soy capaz de conducir los caballos del sol». ¡Que si lo es! Podrá á las veces embarrancarse con sol y todo; pero no hay duda que volverá á subir al carro y seguirá corriendo, suelta la cabellera al viento, bravo el corazón y la frente alta...

Arrebato impulsivo de los conquistadores españoles del siglo xvi; sensualismo artístico de los italianos del Renacimiento; flujo de vida exuberante de las regiones tropicales; influencia, al principio, del medio social sudamericano, donde la tragedia de la guerra civil es espectáculo diario que mantiene en perpetua tensión el sistema nervioso; influencia, después, de los centros más civilizados de Europa,—de todo eso hay en el corazón y en el cerebro de Blanco Fombona. Poeta, su alma de poeta no se duerme en la contemplación apacible: es impaciente é impetuosa. Acaso más que el arte, ama la propaganda del arte. Gusta de mover la pluma cual si esgrimiese una

espada. Será siempre adalid de las causas que cree justas ó bellas, y si la suerte le fuere amiga, sobre su frente lloverán más laureles que rosas... Estas últimas frases son las mejores que yo encuentro para saludarle y aplaudirle.

GIL FORTOUL



LETRAS DE FRANCIA

EL POETA MAURICIO ROLLINAT

EL poeta Rollinat, que desde el éxito ruidoso de su primer libro, *Les Névroses*, hace veinte años, habíase retirado á su pueblo natal, Fresseline, donde hacía vida de pescador y agricultor, acaba de morir en un Sanatorio de Ivry. En otra ocasión estudiaremos la personalidad del autor de *Brandes*, *Abime*, *Nature*, *Apparitions*, *Paysages et Paysans*. Hoy ofrecemos á los lectores de HELIOS estos sus versos, extraños y vibradores, reflejo palpitante de su espíritu atormentado:

LES PLAINTES

*Venus des quatre coins de l'horizon farouche,
De la cime des pics et du fond des remous,
Les aquilons rageurs sont d'invisibles fous
Qui fouettent sans laníere et qui hurlent sans bouche.*

*Les ruisseaux n'ont jamais que des bruits susurreurs
Dans leur tout petit lit qui serpente et qui vague,
Et l'on n'entend sortir qu'un murmure très vague
Des étangs recueillis sous les saules pleureurs.*

*Mais la mer qui gémit comme une âme qui souffre,
Tord sous les cieus muets ses éternels sanglots,
Où viennent se mêler, dans l'écume des flots,
Les suffoca ions des noyés qu'elle engouffre.*

*Quand s'exhalent, après que l'orage a cessé,
Les souffles de la nuit plus légers que des bulles,
La plainte en la mineur des crapauds noctambules
Fait gémir le sillon, l'ornière et le fossé.*

*Jérémie aux cent bras sur qui le vent halète,
L'arbre a tous les sanglots dans ses bruissements,
Et l'écho des forêts redit les grincements
Du loup, trotteur affreux que la faim rend squelette.*

*Quand je passe, le soir, dans un val écarté,
Je frissonne au cri rauque et strident de l'orfraie,
Car, pour moi, cette plainte errante qui m'effraie,
C'est le gémissement de la fatalité.*

*Sous l'archet sensitif où passent nos alarmes
L'âme des violons sanglote, et sous nos doigts
La harpe, avec un bruit de source dans les bois,
Egrène, à sons muillés, la musique des larmes.*

*Le soupir clandestin des vierges de beauté
Semble remercier l'amour qui les effleure,
Mais la plainte amoureuse est un regret qui pleure
Le plaisir déjà mort avant d'avoir été.*

*En vain l'on se défend, en vain l'on fait mystère
Des maux que la clarté du jour semble assoupir,
Tout l'homme intérieur, dans un affreux soupir,
Raconte son angoisse à la nuit solitaire.*

*Et le tas vagabond des parias craintifs,
Noirs pèlerins, geigneurs, sans gourde, ni sandales,
Partout, sur les planchers, les cailloux et les dalles,
Passent comme un troupeau de fantômes plaintifs.*

*Dans la forêt des croix, tombes vieilles et neuves,
Combien vous entendez de femmes à genoux
Gémir avec des sons plus tristes et plus doux
Que les roucoulements des tourterelles veuves!*

*Tandis que, dans un cri forcené qui le tord,
L'enfant paraît déjà se plaindre de la vie,
L'aïeul qui le regarde avec un œil d'envie
Grommelle d'épouvante en songeant à la mort.*

*L'agonisant croasse un lamento qui navre;
Et quand les morts sont clos dans leur coffre obsédant,
Le hoquet gazouilleur qu'ils ont en se vidant
Filtre comme la plainte infecte du cadavre.*

*—Elles ont des échos vibrant comme des glas
Et s'enfonçant avec une horrible vitesse
Dans mon funèbre cœur plein d'ombre et de vitesse
Où se sont installés les hiboux des Hélas;*

*Oui! dans le grondement formidable des nues
Mon âme entend parfois l'infini sangloter,
Mon âme! où vont s'unir et se répercuter
Tous les frissons épars des douleurs inconnues!...*

MAURICIO ROLLINAT.

LOS LAMENTOS.

LEGANDO de los cuatro puntos del horizonte hosco, de la cima de los montes y del fondo de los torbellinos, los aquilones enfurecidos son locos invisibles que azotan sin látigo y que aullan sin boca.

Los arroyos no tienen jamás sino ruidos susurrantes en el fondo de su cauce exiguo, que serpentea y vaga, y sólo se oye surgir un murmullo impreciso de los estanques recogidos bajo los sauces lloradores.

Pero el mar, que gime como un alma que sufre, contorsiona bajo los cielos mudos sus sollozos eternos, donde vienen á mezclarse, en la espuma de las olas, las agonías de los ahogados.

Cuando se exhalan, luego que pasó la tormenta, los hálitos de la noche, más ligeros que pompas de jabón, la queja en la menor de los sapos noctámbulos hace gemir el surco, la cuneta y el foso.

El árbol, Jeremías de cien brazos, sobre el cual jadea el viento, tiene todos los sollozos en sus susurros, y el eco de los bosques dice y dice el rechinar del lobo, trotador espantoso que el hambre convierte en esqueleto.

Cuando paso al atardecer por un valle apartado, me

estremezco al eco ronco y estridente del oxífrago, porque para mí esta queja errante que me espanta es el gemido de la fatalidad.

Bajo el arco sensitivo por donde pasan nuestras alarmas, el alma de los violines solloza, y bajo nuestros dedos el arpa, con ruido de fuente en los bosques, desgrana en sonos húmedos la música de las lágrimas.

El suspiro clandestino de las vírgenes de belleza parece dar gracias al amor que las roza; pero la queja enamorada, es una añoranza, que llora el placer ya muerto antes de haber sido.

En vano es defenderse, en vano hacer misterio de los males que la claridad del día parece adormecer; todo el hombre interior en un espantoso suspiro cuenta su angustia á la noche solitaria.

Y el montón vagabundo de parias temerosos, negros peregrinos, gemidores, sin calabaza ni sandalias, por todas partes, sobre los pisos, sobre los guijarros, sobre las losas, pasa como un rebaño de fantasmas quejumbrosos.

En el bosque de las cruces, tumbas viejas y nuevas, ¡a cuántas mujeres de rodillas oís gemir con sonidos más tristes y más dulces que los arrullos de las tórtolas viudas!

Mientras que en un grito desesperado que le contorsiona, el niño parece ya quejarse de la vida, el abuelo que le mira con ojos envidiosos refunfuña de espanto pensando en la muerte.

El agonizante grazna un lamento que destroza; y cuando los muertos están encerrados en la caja obsesiva, el hipo de la descomposición se filtra—queja infecta del cadáver.

Las quejas tienen ecos que vibran como campanadas de entierro y hundiéndose con horrible premura en mi fúnebre corazón, lleno de sombra y de apresuramiento donde se han acogido los buhos de los Ayes; sí; en el estruendo formidable de las nubes, mi alma oye á veces sollozar al Infinito, ¡mi alma!, donde van á unirse y á repercutir todos los estremecimientos esparcidos de los dolores ignorados.

Traducción de G. M. S.

LOS LIBROS

«VALLE DE LAGRIMAS» •• SU AUTOR:

RAFAEL LEYDA. •• MADRID, 1903. ••

UN nuevo cuentista joven. Joven con la primavera de su alma y con la primavera de su libro. Un alma vibrante y franca. Aunque entre sus grandes rosas hay la promesa de una lira, esta alma vibra como un látigo; y aunque en su corazón caerá pronto una tarde de sueños y de estrellas—la tarde de los versos,—aún quema en él el sol. Es lástima que vayan al comienzo de esta colección de cuentos los dos que van; cualquier otro del libro—los hay muy bellos—abriría esta vida de poeta de una manera más galana. ¿Es que el autor ha querido dar á sus cuentos orden de antigüedad? ¿Es que no ha querido cortar de su jardín ninguna rama seca? Yo soy partidario de que se publique todo cuanto se escriba, porque es más noble y es menos hipócrita dar todo el corazón; entre lo débil va lo fuerte, y á veces la hojarasca lleva rosas nuevas. Pero ¿por qué Rafael Leyda ha puesto «Valle de lágrimas» y «Principesco» al frente de su libro?

Confieso con mi sinceridad de siempre que cuando empecé á leer este libro sentí cansancio y desilusión. Yo había visto versos de Leyda, y estos versos tenían brisa de alma y perfume de otros mundos. Además, yo conocía su espíritu. Así es que viendo esos primeros renglones tan precipitados, tan secos, con que nos saluda, pensé con verdadera extrañeza: Estos cuentos... Pero luego seguí. «El bautizo» era ya otra cosa; ya las páginas eran calientes, ya la pluma traía del alma su tesoro de sombra y su tesoro de emoción. Y después de leer otros cuentos y otros cuentos, dije: Este es un cuentista. Y lo dije sonriendo, por el triunfo de mis primeras ilusiones.

Tienen estas páginas una gran sinceridad y mucha valentía. Estamos en otoño, y yo que amo tanto el otoño y sus palideces, paseo mi tristeza bajo el cielo gris—ó azul de equívoca alegría,—y sobre las hojas secas; llevo mi corazón al olvido de los jardines y al musgo de las fuentes; finjo mi quimera doliente á la luna amarilla—con nimbo rosado—de estas noches friolentas. Yo, que vivo de cosas rosas, celestes y grises, de preludios de ruiseñores en los parques abandonados, de sonatas melancólicas, he sentido, en el reino del otoño, la realidad intensa y amarga de este libro de vida y de ironía. Anoche, cuando leía las últimas páginas, viví la batalla de la vida y la vida de la aldea de la montaña—con toda

la melancolla de su vaca-madre y de los mozos que ya no rondarían más á sus novias,—y dejé por un momento que se durmieran en el fondo de mi alma las estrellas.

Como siempre que se publica un libro lleno de promesas, hoy he desenterrado este viejo pensamiento: Es incomprendible la frialdad, la indiferencia de nuestros amados contemporáneos. Hoy, más que nunca, tenemos una juventud que quiere trabajar, y que trabaja, y que va hacia adelante, y que empieza á imponerse en todas partes. Tenemos más que nunca poetas y cuentistas que saben el sentido del ritmo, de la frase, del color, de la gracia. Se hace el paisaje; se renuevan viejos decires, se traen de la sombra bellezas nacientes; se labora, en fin, con entusiasmo, con cariño, con paciencia. Y nadie se entera de nada. Novelistas y poetas tienen hoy veinte años, veintidos años, veinticinco años; y estos novelistas y estos poetas llevan ya á la espalda una carga de libros que nadie lee y que nadie compra. Y se publica un libro, y otro, y otro...

El autor de «Valle de lágrimas» es uno de estos escritores que aparecen, que publican un libro, que publicarán varios libros, y que continúan mucho tiempo en el mismo estado, inmóviles, árboles que florecen todas las primaveras entre el pasar apresurado de los pobres hombres. Existen, indudablemente, unos rincones de penumbra, donde las almas de los poetas se van quedando sin rosas cada otoño, después de un llanto largo y de una lenta sonoridad de lira. Y allí están los bardos, como los ciegos en las calles sombrías, mirándose el corazón y cantando al aire de la ciudad no vista y alegre para todos, esa música sagrada que nace dentro y que es sólo del alma. Aquel poeta del Guadalquivir pensó esto antes, esperando la mano de nieve.

A mí se me ha ocurrido citar en estas notas los aciertos de los poetas y de los novelistas; y de los críticos... cuando los haya. Creo que de esta manera se puede dar una idea del alma del escritor. Yo mostraré las rosas. Y hoy empiezo. Dice Rafael Leyda: en *Coquetería*: «Con risas que sonaban de un modo extraño en la noche negra y silenciosa». En *La inclinación*: «sembrando por el suelo el paisaje de sus plumas».—se trata de un jilguero que aletea asustado dentro de una jaula. En *los jardines*: «prendíase el viento en las apretadas copas de los árboles». En *Amor*: «con esa simpatía que es una eflorescencia del alma». En *Barrio apacible*: «por el verdor perfumado de la madreselva» y «las frases suben y bajan floridas». En *El hijo*: «gozosa de haber concebido en su miseria un niño Jesus». En *Caída*: «y luego hundirme en esas montañas y guardar ganados, viendo con el alma pura salir y ocultarse el sol». En *La vaca*, al hablar de un ternerillo: «toda la noche estuvo quejándose como un niño, llamando á su madre». Cuando leáis el libro

veréis cómo os hieren estas frases. Yo creo que en dos palabras bien unidas—por el sentimiento ó por el ritmo,—cabe toda un alma mejor que en un largo libro. Generalmente la gloria de los poetas está en la belleza de sus frases sentimentales. No quiero hablar de frases pulidas, de frases trabajadas; me refiero á estas cadenas de palabras hermanas, agua pura del manantial del corazón.

Si por vuestros bosques de ensueño no halláis el grito lejano, lo mejor es dormir junto al arroyo. Porque el sueño tiene apariciones de jardines y de estrellas, y todos somos poetas cuando dormimos; la muerte hace poetas á todos los hombres, y el sueño es el hijo menor de la muerte.

JUAN R. JIMÉNEZ.

•••• LITERATOS EXTRANJEROS ••••

IMPRESIONES CRÍTICAS, POR ANGEL

GUERRA •••••

DICE un libro viejo:

«Es notoria liviandad regar la huerta lloviendo. Cosa es que no lo puede hacer eso, sino siendo loco el hortelano; y así vi yo uno en Sevilla hartos año ha, que en la casa donde servía le vi, lloviendo, sacar cubos de agua á gran priesa, é regar los naranjos é cidros que en un jardín desa casa estaban, cerca de la iglesia de San Bartolomé. E preguntando que para qué regaba é trabajaba en balde, pues que el cielo se tenía ese cuidado; é él respondía que porque el agua llovediza aprovechase á los árboles é al jardín, era menester mezclarla con el agua del pozo, porque sin ella la que caía no valía nada: ni era posible que su amo le quitase de su propósito, antes él é otros se reían dello mucho; é como era verano sufríase, pero en invierno íbanle á la mano, é atábanle como loco, en lloviendo, é así lo era el que esto hacía, é por tal era tratado, é se decía Aparicio».

Los discretos murmullos que en llamamiento de un crítico se alzan, llevan el pensamiento á la singular ocurrencia del bueno de Aparicio. Creía yo que con ese espíritu independiente y vigoroso de *Fray Candil*, y con esa pluma fácil y siempre gallarda de Manuel Bueno, habría bastante para dar cuenta, en el buen sentido de la palabra, de la escasa producción literaria española. Mas regocíjense vuesa mercedes, que aquí aparece un crítico más, que es al propio tiempo, escritor de alto mérito y de extensísima cultura.

El índice de *Literatos Extranjeros* da idea de una lec-

tura constante, paciente, de una labor recia. Yo he sentido verdadera tristeza; he visto clara y patente mi ignorancia ante el índice del libro ese. ¡Cuántos escritores hay en el mundo que uno desconoce, á pesar de haber puesto la mejor voluntad en ir sabiendo de algunos y por sacar provecho de su lectura! ¿Serán todos esos escritores de que *Angel Guerra* nos habla, autores de primera fila, de mérito indudable? Me inclino modestamente á creer que no. Con esto queda un tanto disculpada mi ignorancia.

El tono que *Angel Guerra* emplea en su crítica es un noble tono de narrador, de peregrino que tras un largo viaje refriese aventuras. Para él los libros son como paisajes; los describe, cuenta su historia, y dice la impresión que le dejaron. ¡Cuántos paisajes habrá recorrido, yermos, desolados, sin una flor, sin un árbol amigo á cuya sombra descansar; y cuánto libro árido y falto de poesía habrá hojeado vanamente! Porque esos cuadernos impresos son unas veces fruto de la inspiración y del buen gusto; otras son hijos de la vanidad. A *Angel Guerra* sólo la belleza le impresiona y le deja un recuerdo venturoso; y como sabe hallar la felicidad en la lectura, en la multiplicidad de imágenes y de reproducciones de vida que la lectura proporciona, busca su felicidad en ese hermoso empeño de comprensión y creación constantes. Luego refleja cuidadosamente sus impresiones en un estilo correcto, flexible, variado, personal, alejando su crítica de todo dogma, y dice: aquí tuve una impresión de tristeza, y más allá una sensación de alegría; y las obras artísticas influyen en él á la manera que una tarde luminosa, ó un crepúsculo lluvioso y gris...

...Y pasa, melancólica y soñadora, Ada Negri, como una Ofelia; luego Stechetti, triste como un Becquer, con la ironía de un Heine; y más allá resuena la gran cargada de Mark Twain, ese estupendo humorista de la tierra del amable maestro Ralf Wald Emerson y de Edgard Allan Pöe, que también es la tierra de Andrew Carnegie.

Aun no conociendo á todos los escritores que en ese libro se estudian, adviértese que están fielmente retratados, y que el espíritu de *Angel Guerra* los ha comprendido y admirado á todos, y es la admiración lo que pone en esos estudios un encanto indefinible: el de suscitar por la adoración y la simpatía obra artística y de suma elevación espiritual.

Esa *manera* de escribir la crítica es la que profesan Anatole France y Jules Lemaitre, y es una forma literaria que acabará por absorber á todas las demás. «Conviene admirablemente á una sociedad muy civilizada, rica en recuerdos y en tradiciones. Para prosperar supo-

ne más cultura que todas las otras formas literarias. Procede á la vez de la teología y de la historia». Así dice el autor del *Jardin d'Epicure*.

¿Es esa la verdadera crítica? ¡Quién sabe! Empero es la que escritores como Bueno, Icaza y ese talento excepcional de Navarro Ledesma, ejercen entre nosotros. Lo que equivale á decir que nuestra crítica tiene méritos sobrados para ser triunfadora.

...Y «es notoria liviandad regar la huerta lloviendo».

BERNARDO G. DE CANDAMO

ARTURO JIMÉNEZ PASTOR: «LA RENDICIÓN» •• NOVELA PREMIADA EN EL CONCURSO DE «EL PAÍS», DE BUENOS AIRES •• 1903 •• •• •• •• •• •• •• ••

LA obra total de Jiménez Pastor es un espejo donde se refleja fielmente su temperamento. Huérfana de unidad, de armonía, del rasgo peculiar que marca las creaciones fuertes y originales, tan pronto parece el lamento de un espíritu angustiado por el más melancólico romanticismo, como el estallido entusiasta del más ardiente apóstol de la escuela realista. Todas las doctrinas desfilan, en cabrilleos luminosos, por las páginas de su producción, que hace el efecto de una gran tela por donde corrieran, animando figuras caprichosas, los colores de una paleta deslumbrante. Idealista bien definido en *Arabescos*, salta al naturalismo en *La Rendición*, y se convierte de pronto en místico á ratos en *Lucas de prisma*. Y no se presume que proclame una contradicción al ser una cosa y otra, sin decidirse por ninguna; obedece á su carácter indeciso, y se afirma en él. Preguntadle á qué cenáculo, manera ó agrupación le inclinan sus gustos literarios y filosóficos, y os responderá con las mismas ó parecidas palabras con que respondería al que pretendiese investigar sus preferencias en las modas del vestir: «Todas me agradan, y ninguna me conquista; de todas escojo lo que mejor me sienta, y con retazos combino el patrón á que ajusto mi indumentaria...» Esto sería, en una forma más dilatada, el culto del discutido arte por el arte, sin fin tendencioso alguno, sin la empalagosa moral aristotélica por objeto, sin otra aspiración que la del dominio absolutamente posible de la Belleza. Las fórmulas, como las sectas, ofrecen, entre sus muchos inconvenientes, el inconveniente del exclusivismo que imponen. Ninguna obra de arte forjada al calor de ideas estrechas, dura una eternidad; como la vida, quiere amplitud de espacio y esplendores de luz para crecer y des-

arrollarse. ¿Se excluyen, por ventura, los procedimientos en literatura? El realismo, que encierra grandes verdades—como que se levanta sobre un sólido cimiento, la naturaleza—no ha tenido fuerza suficiente hasta ahora para rechazar ó destruir, como tendencia estética, las que en su bandera de guerra ostenta el simbolismo, v. gr., como tampoco la tiene éste, ó el que venga mañana, para impedir el avance lógico de las que constantemente germinan ó andan desparramadas en el mundo. Son energías que no se estorban, que no se esterilizan separadamente, pero que unidas constituirían una fuerza enorme, un Todo perfecto. Semejante concepto del destino y fin de las letras exige, desde luego, una mayor suma de facultades en quien pretenda adoptarlo como divisa de trabajo. En las capillas pequeñas, accesibles sólo á los iniciados en sus misteriosos ritos, las figuras de los creyentes se destacan con nitidez, y la oración repercute sonoramente en la concavidad de las bóvedas; no se pierde ningún eco ni se malogra ningún esfuerzo. En los templos augustos, abiertos á todas las religiones, la acción, en cambio, tiene que ser más resuelta y la plegaria más sentida, para que una y otra alcancen una ligera resonancia, cuando menos, en el alma agitada de las multitudes que en ellos se congrega en una aspiración de perfeccionamiento y felicidad supremos. En uno de estos templos es donde Jiménez persigue la inspiración necesaria á la solidez de la obra futura que acaricia en su mente, y de la que hasta ahora sólo se han transparentado balbuceos y destellos más ó menos poderosos. *La Rendición*—poema cruel y exacto de un trozo de vida vulgar señala la sacudida más violenta de su espíritu torturado por la angustia de una orientación definitiva. Tiene sobre los demás libros del autor un mérito indiscutible; la imaginación, libre de ciertas trabas, vuela en ella con más libertad, y la frase, reflejo exacto de aquélla, brota más espontánea y diáfana. A menor confusión de ideas, menor obscuridad de estilo, como diría Macaulay. La página citada representa, por otra parte, algo así como un día de plena fiesta en la existencia tranquila del escritor; representa el triunfo del artista sobre el hombre, al agitar francamente sus ideas por arriba de sus preocupaciones, y el del hombre de letras al conquistar, con su esfuerzo, la más alta recompensa ofrecida en el certamen literario á que la novela fué destinada.

EDUARDO FERREIRA

LIBROS RECIBIDOS

ANGEL GUERRA: **Literatura extranjera.** F. Sempere y C.^a, editores. Valencia, 1903. 1 peseta.

ARTURO JIMÉNEZ PASTOR: **La Rendición.** (Novela premiada en el concurso de *El País*, de Buenos Aires.) Prólogo de Eduardo Ferreiro. Ilustraciones de Aurelio Jiménez. Imprenta artística. Montevideo, 1903.

APELÉS MESTRES: **La Barca.** Idilio dramático. Música de Enrique Mønera. A. López, editor. Barcelona, 1903. 1 peseta.

B. PÉREZ GALDÓS: **La batalla de los Arapiles.** Séptima edición. 36.000. Obras de Pérez Galdós. Madrid, 1903. 2 pesetas.

ALVARO DE ALBORNOZ: **No tiras, lanzas.** Librería de Victoriano Suárez. Madrid, 1903.

LEOGARDO MIGUEL TORTEROLO: **Vida de Melchor Pacheco y Obes.** Prólogo de Daniel Martínez Vígil. Biblioteca del Club «Vida Nueva». Montevideo, 1903.

DR. MAX NORDAU: **El mal del siglo.** Novela. Traducción de Nicolás Salmerón y García. F. Sempere y C.^a, editores. Valencia, 1903. Dos tomos, 2 pesetas.

FEDORO DOSTOYEWski: **Los presidios de Siberia.** Traducción de Augusto Riera. Casa editorial Maucci. Barcelona, 1903, 1 peseta.

❖ NOTAS DE ALGUNAS

REVISTAS ❖ ❖ ❖ ❖ ❖

CON motivo del centenario de Próspero Merimée, escribe Gustavo Kahn en la *Nouvelle Revue* un bello artículo acerca de la ironía en la novela francesa. El amable poeta, que es á la vez un excelente crítico, examina rápidamente el procedimiento de novelar que dos grandes escritores, que se llamaron Enrique Beyle y Próspero Merimée, emplearon en sus obras.

A Stendhal se le tuvo siempre por un gran fabricante de paradojas; entre ellas se puso su afirmación de que no sería comprendido hasta ochenta años después de su muerte. El tiempo, que es gran cumplidero, ha comprobado ese presentimiento suyo.

Hay entre Stendhal y Merimée más de un punto de semejanza. Hay también grandes diferencias. Merimée no llega nunca al minucioso análisis del autor de *Rojo y Negro*. Merimée es un Stendhal disminuído. El campo común es la ironía.

Víctor Hugo ha dicho de Stendhal que le parecía al propio tiempo un hombre de talento y un imbécil. También dijo que la ironía era el arma de los débiles. Empero la ironía de Stendhal y de Merimée no estribaba en llenar de frases espirituales y sutiles las páginas de sus novelas, sino en la manera peculiar de ver la vida.

El novelador ironista no quiere seducir, quiere hacer comprender. En vez de apuntar las bellezas del carácter de sus héroes, apuntará las singularidades de las almas que estudia; se cuidará, sobre todo, de señalar los puntos de contacto que entre el carácter de sus modelos y el normal de sus contemporáneos exista, y acusará minuciosamente las diferencias. Es cierto que no es este el procedimiento más apropiado para realizar obras deslumbrantes (como las románticas y aun naturalistas); pero será más compacta y resistente la trama. La gloria de Stendhal no será tan extensa y popular como la de un Balzac y un Hugo.

Y estas diferencias esenciales están en la manera de considerar el arte moderno. ¿Es el único fin de la novela entretener al lector y procurarle honesto ó *deshonesto* solaz, ó ha de ser además una rama de la historia y de la economía social?

Escasos son los novelistas que se deciden á ser verdaderos, ante todo, aun á costa de ser menos agradables.

Fuera de Stendhal, Merimée, Flaubert y los Goncourt veces, pocos han sido capaces de tamaño heroísmo.

ENRIQUE Cortés, distinguido escritor colombiano, publica en *El Nuevo Tiempo Literario* de aquel país, un interesante artículo, en que, contra la creencia vulgar de que los Estados Unidos no tienen más culto que el del *dollar*, ni otro empeño que el de la prosecución del bienestar material, sostiene y demuestra que, desde los primeros albores de la vida nacional, el cultivo interior—intelectual y espiritual—ha venido siendo elemento poderoso en la sociedad americana.

Los peregrinos de Plymouth con sus costumbres ascéticas, al desembarcar y establecerse en Nueva Inglaterra, sembraron la semilla espiritual, infundiendo en la vida mental y social de aquel pueblo el fervor religioso y su aspiración á la perfección interior, cosas ambas que, en la atmósfera reinante de libertad, de prosperidad y bienestar se tradujeron bien pronto en sentimientos optimistas y benévolos respecto de todo lo existente y en una muy «robusta fe en el predominio de lo bello, de lo grande y de lo bueno». «Tal, dice Enrique Cortés, es el carácter de la poesía popular, representada por Longfellow, J. G. Whithier, el poeta cuáquero, y James Russell Lowell; de la tribuna sagrada, representada por Theodore Parker, O. B. Frothingham, Phillips Brooks y Henry Ward Beecher, y del periodismo y la tribuna, representados por William Lloyd Garrison, Wendell Phillips, Charles Sumner y toda esa pléyade de heroicos lidiadores que acabaron con la esclavitud del país, hombres austeros, desinteresados, creyentes en el amor y la justicia, olvidados de sí mismos, hombres como William Lloyd Garrison, el más ardiente propagandista del abolicionismo, que al ser conducido por las calles de Boston con un dogal al cuello, á la prisión municipal, dijo á sus amigos, que pretendieron resistir por la fuerza:—Prefiero morir á levantar mi mano contra otro hombre, aun en defensa propia. Si soy asesinado, no por eso dejará de triunfar la causa de la emancipación».

Luego, entre otros varios y poderosos elementos «el Teosofismo oriental y el Espiritualismo, ó Espiritismo como se llama en Francia», sustituyeron «al hervor de la guerra de secesión, depurando la creencia popular, apartándola de las manifestaciones materiales y llevándola á la contemplación y preocupación de superiores concepciones».

Las doctrinas espiritualistas tuvieron su principal mantenedor en el Dr. Andrew Jackson Davis, cuya historia cuenta Enrique Cortés.

Las obras del Dr. Davis, que forman una verdadera biblioteca, pueden dividirse en dos partes: «la una trata sobre la vida ulterior y sus lazos con la presente; la otra sobre la constitución humana, sus problemas y sus perturbaciones. Las *Revelaciones divinas de la Naturaleza* son un tratado notabilísimo respecto al método del Uni-

verso. La biblioteca llamada *La Filosofía Armónica* comprende numerosos volúmenes sobre los más intrincados problemas físicos, psíquicos y morales». Durante muchos años el Dr. Davis dictó, bajo lo que él llamaba «revelaciones inspiradas por espíritus superiores. Después él mismo pasaba voluntariamente al estado cataléptico ó de éxtasis y escribía ó dictaba en él». La aparición de A. J. Davis y su labor en la prensa y la tribuna duraron hasta 1884. Desde esta fecha abandonó su tarea, y se consagró á la modestísima de médico popular. «En una calle de Boston, escribe Cortés, hay una botica, en el interior de la cual destaca un letrero que dice: *Consulta de 11 á 4.—Precio: 2 pesos.* Es del Dr. Davis, que hoy es un anciano de cerca de ochenta años, de jovial y animada fisonomía, que examina á sus enfermos por la hipnótica ó de segunda vista y que receta sencillas preparaciones de yerbas y raíces. El Dr. Davis no es hombre de muchas palabras, pero sí de extrema bondad, gran sagacidad de juicio y notable distinción de modales».

A la considerable labor intelectual que hacia sí atrajeron estas doctrinas espiritualistas, añádense, según la cuenta de Cortés, las que aportó el Teosofismo, predicado y popularizado por Madame Blavatsky, el coronel Olford y Annie Bessant.

«Tres, dice Cortés, son, pues, los grandes elementos que se mezclaron en el intelecto americano; el cristianismo severo y puro de los puritanos; el espiritualismo ardiente y flexible de los modernos ocultistas, y el espíritu vasto, soñador, místico, de transcendentales alcances del Teosofismo, especie de Budismo, ó Bramanismo con ropaje occidental.» Como representante de este triple movimiento apareció Ralph Wald Emerson.

El juicio de Enrique Cortés sobre Emerson, es como sigue:—«Emerson, es abstruso, obscuro en muchas partes: carece de sistema. Sus ideas se hallan esparcidas en mil ensayos sobre los más importantes problemas de la vida, y es muy significativo, en cuanto á la profundidad de pensamiento de Nueva Inglaterra, que ellas hayan llegado á calar tanto en la mente popular. En Mayo último se celebró su centenario, inaugurándose un edificio en la Universidad de Harvard á un costo de 150.000 pesos, para establecer una cátedra de Filosofía. Se convino por los principales ministros religiosos de todas las denominaciones protestantes que en ese día se llamaría la atención en todos los púlpitos hacia la vida y doctrinas del ilustre filósofo. Emerson es el sacerdote del optimismo. Según él, sólo los principios edificadores prevalecen: el amor, la luz, la inteligencia, la sabiduría y el progreso. Los principios contrarios, ó demoledores, el odio, la ignorancia y el retroceso, son mala aplicación de aquéllos y está en el poder del hombre el eliminarlos de su órbita». La razón es porque, como dice Maeterlink:

«Todo hombre lleva escondido un Dios dentro de sí. Emerson no ha formulado, como el Dr. Andrew Jackson Davis, un sistema de filosofía: sus ideas, como granos de oro, aparecen diseminadas en sus numerosos *ensayos*, entre los cuales se distinguen *El Alma Universal*, *Las leyes espirituales*, *Compensación*, *El Heroísmo* y otras. Emerson fué un adivino de la ley divina, que no vé en toda la creación sino el ejercicio de la ley del amor. Con todo, no es un rústico: es, á veces, socrático en la práctica aplicación de sus ideas á los deberes de cada día. Saturado de la teoría brahamínica, fija el mérito del deber cumplido, no en la calidad ni la importancia de él, sino en el espíritu que preside á su cumplimiento, por humilde y á veces hasta cuestionable que aquél sea.»

Cortés reproduce diversas máximas de Emerson. La extensión que por todo el mundo civilizado han conseguido sus principales obras, nos releva de reproducirlas.

Pero hay algo en que, aunque sea brevemente, hemos de detenernos, y es que ellas han sido origen de una serie de singulares ideas muy popularizadas ya, no sólo en Nueva Inglaterra, sino en toda la nación y aun en Europa, especialmente entre la raza anglosajona, y «cuyo resumen es la adopción del optimismo como elemento director en la vida ordinaria». --«Los males físicos y mentales tienen su asiento en la vida interior, ó sea en la vida del pensamiento, que es la verdadera vida del individuo. Si esta vida responde á las intuiciones ó á las revelaciones de los principios divinos ó edificadores, su resultado natural será para el cuerpo la salud, para la mente el contento, para nuestros semejantes el amor. Si nuestros pensamientos son perennemente puros, elevadores, desinteresados y justos, aquella operación de la fuerza divina interna obrará implacablemente *sobre la vestidura material que la envuelve como un ropaje* y el resultado será un cuerpo sano, una conciencia tranquila, la paz del alma y la justicia social. El modo, pues, de acabar con los males morales y con las enfermedades físicas, que son un error de la mente, es poner en ejercicio la mente divina».

«Es enorme, asegura Cortés, la influencia que estos principios han alcanzado en Nueva Inglaterra. Por todas partes tiene partidarios la nueva idea consoladora y optimista, y hay templos levantados á su culto y abundante literatura en su defensa y propaganda: y hoy las doctrinas de Emerson aparecen y florecen en un país, donde imperan la justicia y la libertad política y religiosa, donde los hombres ven eficazmente protegidas sus personas, sus creencias y sus bienes. Su aparición y su influencia vienen, pues, á ser como una evolución natural en el ejercicio de la ley moral; la entrada de la sociedad á un sendero florido, donde el optimismo aparece como etapa natural y sencilla.»

LA librería francesa atraviesa actualmente—estudia **La Revue**—una verdadera crisis; hay una baja manifiesta en la venta del libro francés. Esto, además de la importancia que desde el punto de vista económico tiene, es un hecho de indudable interés en lo que al poderío intelectual de la Francia de hoy sobre las demás naciones se refiere. Y esto se comprueba fácilmente; no hay sino consultar á los editores, á los directores de las grandes publicaciones. Es lo que ha hecho *La Revue*. Casi todos los editores aducen razones semejantes. Se venden pocos libros, porque la producción es excesiva, y no toda ella excelente; confúndese lo bueno con lo malo y lo mediano, y el lector, cansado ya de sufrir decepciones, abandona la lectura de las novelas por el *sport*, cosa de más provecho y utilidad. Este exceso de producción impide que los críticos de los periódicos puedan leer cuantos libros se publican y hablar de ellos razonadamente; y se da el caso lamentable de que la literatura del libro esté menos atendida por la crítica que la literatura teatral. De esto se lamenta precisamente Gastón Calmette, el director de *Le Figaro*. «Serían—dice—menguadas las columnas de *Le Figaro* para dar cuenta de las publicaciones que diariamente hacen los editores». Y he aquí cómo en Francia no se lee, precisamente porque se escribe demasiado.

QUÉ hermoso artículo el que en **Nuestro Tiempo** publica Manuel Machado, y qué bellamente escrito! Son unas breves páginas en que se narra lo que él llama la *Última balada de Oscar Wilde*; y esta balada no es la trágica y funeral de la Cárcel de Reading—esa canción de tragedia,—sino una balada más ligera, más frívola y más bella también. El Sr. Machado ha puesto en esa prosa su espíritu de poeta, y ha conseguido, en un tono medio, que no peca de vulgar ni de sobrado sutil, contar un episodio de una pobre alma de artista *hantée*, por el oculto poder de maléfico anillo. «Y haciendo girar la piedra en la montura, nos mostró que por un lado figuraba un escarabajo verde, y por el otro el retrato del desventurado radjah, obra de artífice primitivo». El buen poeta vivía rodeado de misterio y sentía cómo en torno suyo revolaban los geniecillos del mal.—¡El, que había jugado con lo maravilloso, y que había tramado las más bellas historias de misterio y de ensueño!—Acordaos del pobre *Dorian Gray*.

Es encantadora esta última balada, y la prosa—de prosista-poeta—de Machado, le da un altísimo valor.